



3210

ANNO

DOMINI



rafaelsalcedo



safe creative



1 402190 185342
INFO ABOUT RIGHTS

3210 ANNO DOMINI

Una obra original de

Rafael Salcedo Ramírez

“No he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento”

Jesús de Nazaret

PRÓLOGO

La carga explotó y la puerta de aquella vivienda quedó arrancada de cuajo, desprendida en su totalidad del marco de acero que la sujetaba, ahora convertida en trozos minúsculos esparcidos en derredor.

Simultáneamente, el gas de los botes lanzados en el ataque se expandía denso por la estancia y en la oscuridad se oían los gritos y llantos de sus ocupantes apretados entre sí dentro de una de las habitaciones.

-¡Policía! gritaron al encañonar a éstos los miembros de la patrulla a quienes, parapetados en sus trajes especiales de asalto, no les afectaba aquella atmósfera infernal que dejaba fuera de combate a quien quedara expuesto a ella. De la habitación opuesta surgió corriendo una mujer que llevaba un bebé en sus brazos intentando alcanzar la salida; en un intento inútil puesto que el agente George Bancroft la apuntó con su arma y le descerrajó un disparo tan certero que convirtió ambos cuerpos en una amalgama sanguinolenta que aparecía esparcida por suelos y techos.

-Perfecto Bancroft gritó el comandante de la patrulla mientras se acercaba a éste para felicitarle. El joven agente, de más de dos metros de estatura y de complexión hercúlea, causaba impresión a cuantos se enfrentaba en los ejercicios de la Escuela de Policía de la Tierra, cuyo curso precisamente finalizaba con aquel simulacro que él mismo había coronado con matrícula de honor al reaccionar tal como le habían enseñado: implacable; claro que las víctimas eran sólo holografías y que todo estaba rodeado de tecnología virtual.

Habían sido meses y meses de esfuerzo, de fatigas a veces, de momentos de duda, de momentos de desesperación para tomar sus pertenencias y salir huyendo, de momentos alegres con los compañeros, de momentos tristes, rodeado de rudos e insensibles instructores que procuraban anular el libre albedrío de sus subordinados; aprendices bisoños de ejecutores de la ley más terrible jamás ideada por el hombre.

Habían sido días de furia y de júbilo a la vez. Días de viento y de fuego, de agua y humo, de fuerza y honor, de orgullo y temor; ese temor que atenaza y que hace perder el sentido de la justicia, de la verdad, de la bondad, de la piedad que, día tras día, George fue arrinconando en su mente ahora fría, metálica, en la que los rasgos de humanidad habían sido borrados con meticulosidad por el entrenamiento más feroz que pudiera imaginar.

Habían sido días terribles porque quedó aterrorizado al comprobar que era incapaz de sentir lástima cuando compañeros, que no habían mostrado la suficiente capacidad para resistir el entrenamiento, eran aniquilados delante de sus narices, despedazados sin remilgos por armas poderosas que serían pronto su medio para imponer la ley, bajo la mirada atónita y de hielo de todos sin comprender que aquello era parte de su entrenamiento; cuyo fin no era otro que romper sus esquemas, para dotarles de una pantalla contra cualquier tipo de conmiseración con las potenciales víctimas de sus letales acciones de combate.

Habían sido días en los que el amanecer se fundía con el anochecer, el alba y el ocaso se sucedían

sin descanso y su existencia se limitaba a momentos de lucidez con otros de deseo irrefrenable de aniquilación de cuantos objetivos le fueran marcados, en una furia ciega e irrefrenable, para la cual el único bálsamo reparador era la sangre de aquellos enemigos de La Tierra y un grito de victoria saliendo furioso de su boca, confundándose con el lamento de las víctimas que alimentaba su sinrazón.

Pasaron raudos los días y, ya con su placa de oficial luciendo en el estrenado uniforme, aquella mañana gélida de invierno la lluvia fina caía sin descanso desde el amanecer a las afueras de la población, cuya limpieza había sido decretada.

El comandante aún no había dado la orden de ataque y los nervios permanecían tensos ante la inminente señal de inicio de la operación, que para George Bancroft sería la primera de su carrera tras meses de duro adiestramiento.

Pertrechado con todo el equipo y prestas las armas para fuego real, el joven agente -conocido entre sus compañeros de filas por su seriedad-mantenía en tensión toda su musculatura, si bien su mente, inaccesible para los que le rodeaban, regía en pensamientos que le llevaban a su vida hacía tan sólo un año cuando vagaba sin rumbo por las calles de la gran ciudad, recién llegado de su pequeña aldea para buscar un trabajo con el que subsistir en tiempos tan crudos.

No había sido una decisión precipitada y sí alimentada por el deseo durante mucho tiempo atrás para George. La falta de recursos de sus padres, la escasez de oportunidades para acceder a una educación que diera la oportunidad para centros universitarios, vedados para gente de su clase y sólo disponible para las élites del Régimen Planetario, y por supuesto la falta de trabajo donde ganarse la vida en sitio tan apartado, hicieron que pensara en emigrar hacia la tierra de promisión que fantaseaba era aquella ciudad por la que deambuló sin rumbo fijo, donde le llamaba la atención la tecnología que era común por cada uno de sus rincones y para él sorpresiva puesto que su uso tampoco estaba al alcance de individuos como él, otro simple mortal campesino.

Con unos cuantos centavos en su bolsillo, y cansado de andar de aquí para allá sin resultado, observó en las pantallas que cubrían todas las esquinas de la ciudad el anuncio de la Policía de La Tierra. Pensó que sería como último recurso. No le gustaba la policía y menos esa que tenía un nombre tan rimbombante. Aunque él sabía por comentarios de la gente cómo se las gastaba aquel cuerpo de élite, creado para acabar con la plaga de las razas inferiores, con aquellos ciudadanos del propio Régimen Planetario que infringían las leyes de natalidad y los ancianos insurrectos.

Él mismo no se veía atacando a gente inocente, disparando a mujeres indefensas con bebés en brazos, a los ancianos que protegían a niños no censados, a familias que daban asilo a transgresores de las leyes taxativas que regían el nuevo orden para el control de la población.

Pero a fin de cuentas era un trabajo y eso es lo que él había ido a conseguir y parecía que bien remunerado. No sabía si tendría estómago para esa forma de ganarse el sustento, pero era algo que tendría que guardar para el final del camino, ya que aún quedaban opciones de conseguir un empleo con menos cargos de conciencia.

De esta forma, pasaron otras dos semanas en los que George no dejó de intentarlo aunque sin éxito como desde el primer día. Ya sólo quedaban dos caminos: o bien regresar con la cabeza gacha a su aldea y con todos sus ahorros liquidados, o convertirse en miembro de la Policía de La Tierra.

Pensó que probaría y, si era capaz de aguantar, se quedaría para ser uno más de aquellos sicarios que ahora veía como simples asesinos. Y a los que pronto pertenecería.

Su llegada a la escuela estuvo marcada por el recibimiento afectuoso de sus superiores, en atención a su portentoso físico y la fortaleza mostrada en cada prueba de carácter extremo a la que le sometían. Nada era difícil para él y destacaba sobremanera con respecto a sus compañeros que ya le respetaban.

A todo ello sumaba su capacidad para superar con las más altas calificaciones los ejercicios en las que la fuerza de su mente se ponía a prueba y, curiosamente, desdeñando todo el adoctrinamiento al que cada día era sometido ya que George sólo pensaba en hacer su trabajo lo mejor posible, abstrayéndose de su moralidad, de su ética, de su bondad o maldad, de su opinión, que quedaba relegada por la responsabilidad que había asumido y la consecución de las órdenes recibidas en cada momento.

Ni siquiera fueron impedimentos los acontecimientos que -en sus propias carnes- había vivido en su infancia, cuando presenció la esterilización forzosa de su propia madre junto con la detención de su padre durante tres largos años, en un episodio en el que terminó con un ojo morado y un culatazo que le dejó un buen chichón y la impotencia ante aquellos agentes a los que ahora iba a emular.

No era cuestión de hacerse daño con aquellos recuerdos ahora recurrentes, pensó George mientras se acomodaba el equipo. Tenía que pensar en positivo y celebrar que su futuro era envidiable, con un trabajo seguro y una carrera en aquel cuerpo que sus superiores le habían augurado brillante a poco que cumpliera, con el celo mostrado durante el período lectivo, las órdenes en acciones reales como la que comenzaría dentro de unos momentos.

Estaba en juego ese futuro prometedor y no estaba dispuesto a arruinarlo con remilgos. Actuaría con rigor y no permitiría manchar el buen nombre que ya tenía mostrándose débil ante los enemigos de La Tierra, de aquellos que procrean sin control y que son una plaga que hay que exterminar. Sí, se decía a sí mismo, exterminar era la palabra adecuada y también la estrategia final, como le había sido enseñado durante los largos meses de entrenamiento en la academia del cuerpo de élite al que ya pertenecía orgulloso.

Recordaba George, sin dejar de estar alerta sus sentidos de las inminentes órdenes de ataque, lo aprendido en la academia referente al camino de la humanidad hasta aquellos momentos, donde los dirigentes del Régimen Planetario habían decidido pasar a la acción de una forma radical para salvar a La Tierra, amenazada por la superpoblación que no se había visto controlada tras años de esfuerzos y campañas para conseguirlo con distintas tácticas y estrategias que no dieron el resultado apetecido, para conseguir estabilizar el número de habitantes y pasar de los nueve mil a mil millones.

Lejanos eran los días en el que el Régimen Planetario inició el camino para ese objetivo, que se inició hacía siglos tras el fin de la Guerra de los Hemisferios y la declaración de razas inferiores para los habitantes de los pueblos vencidos, con el intento de esterilización de toda la población procedente de aquéllos, mediante la contaminación encubierta con productos tóxicos diseñados para provocar la infertilidad: primero en el agua y, cuando los resultados de ésta resultaron

pírricos conforme a lo esperado, después con todos los alimentos.

Sin embargo, ambos procedimientos no consiguieron atajar la plaga que suponía aquella superpoblación que asfixiaba al planeta y los dirigentes comprendieron que habrían de complementarlo con políticas de más rigor. De esta forma, se inició un ambicioso proyecto para impulsar los abortos obligatorios, mediante los cuales se forzaban éstos ya en contra de las mujeres embarazadas, fueran de razas inferiores o ciudadanas del Régimen, secuestrándolas allá donde estuviesen y realizándolos con el consentimiento del gobierno, y en el que la Policía de La Tierra era su brazo ejecutor.

Posteriormente se instauró la licencia para la procreación con la que, de forma obligatoria, tenían que contar todas las mujeres bajo estricta observancia. Para su fiscalización, igualmente el cuerpo represor en el que George ahora militaba se extremo de hacer cumplir encargaba con un celo la ley, que marcaba la

aniquilación de todos aquellos hijos de mujeres sin licencia, los nacidos fuera el matrimonio y los de las adolescentes.

Se comprobó el éxito de la medida y la implacabilidad de los agentes entrenados física y mentalmente para abordar el trabajo de eliminación de bebés y, en la mayoría de los casos, de las madres que querían impedir la aplicación de la ley.

Esto animó a los dirigentes a crear un sistema tanto de control como de vigilancia que sería ejercida con su habitual eficacia por el temible cuerpo de élite; de tal forma que se impuso por ley que todas las mujeres y hombres al llegar a la pubertad se les implantaría en el cuerpo un inhibidor de fertilidad y que, sólo al llegar a la edad adulta y bajo la supervisión del gobierno, podría ser retirado previa autorización para la procreación planificada. Una vez realizada ésta, tanto hombres como mujeres serían esterilizados de por vida o, en el caso de no someterse voluntariamente, aniquilados. Algo que George dentro de unos momentos pondría en práctica.

En paralelo, se encomendó a la Policía de la Tierra perseguir a todas aquellas contribuido al deterioro de familias que habían

la sociedad con la concepción indiscriminada de niños, cuyo plan tuvo un gran éxito al aniquilarse tanto a los padres y madres como sus hijos que, por herencia genética, estaban predispuestos a continuar en su madurez al engendro de una inasumible descendencia que ponía en riesgo la salud del planeta.

Pero llegó el momento en aquellos días de las medidas que harían reducir de una forma rápida y fulminante la plaga de las razas inferiores. Y éstas fueron mermadas cuando los dirigentes tomaron la decisión de suprimir todo tipo de vacunas y, en especial, las que protegían a la infancia.

Fue calificado de espectacular por todos los medios de comunicación el descenso de habitantes en la Tierra, que comenzó a perder cien millones de personas por día con el júbilo de las clases dirigentes que vieron la solución final. Sin embargo, aquellas cifras con el tiempo se estabilizaron y hubo que recurrir a nuevas vías que contuvieran con idéntica eficacia la plaga.

De tal forma que, viendo lo inútil de las acciones hasta entonces llevadas a cabo, se impulsó un plan controlado de envenenamiento masivo en los núcleos donde subsistían las razas inferiores tanto del agua como los alimentos con un producto altamente tóxico y de efecto inmediato que,

aunque en los primeros años dio un gran resultado, sin embargo pronto se mostró ineficaz al desarrollar anticuerpos los integrantes de aquellas razas inferiores que les hacían inmunes.

Gracias a éstas y otras acciones pudo mantenerse bajo el control el desaforado crecimiento de las razas inferiores, sumidos en la mayor de las miserias, y cuyos habitantes ahora sólo mantenían procreación. formaban pequeños grupúsculos que se

controlados no permitiéndoles la

En paralelo y para los ciudadanos del Régimen, tras la declaración de ilegalidad de todos los tipos y formas de religión o creencia en mundos no terrenales así como la total aniquilación de sus líderes y confiscación de todos sus bienes, los dirigentes concluyeron que sería útil acabar con el influjo de las familias y de esta forma impulsó reformas para lograr su disgregación por diferentes vías y, aparte de acabar mediante adoctrinamiento de cualquier tipo de valor ético o moral, ejecutó un ambicioso plan para la procreación planificada mediante bancos de semen y óvulos, cuyos donantes tras su dación eran esterilizados de por vida, y la creación de instituciones donde nacían niños ya preclasificados y educados en una estricta observancia de las leyes de La Tierra, tal como eran los compañeros de armas de George, siendo él mismo el único que procedía de una familia tradicional; lo que provocaba suspicacias en aquéllos.

Ni que decir tiene que todos los ciudadanos del propio Régimen que presentaban una anomalía física, psíquica o genética, fueron aniquilados sin contemplaciones, antes de afrontar otro de los grandes desafíos para mantener a raya la superpoblación como era acabar con la longevidad de los ancianos que cada vez se extendía más, con las consecuencias negativas para el planeta y máxime teniendo en cuenta que eran seres improductivos con unas cargas de supervivencia altísimas y ya inasumibles para la sociedad.

Para atajar este problema se inició un proceso para reducir la expectativa de vida de los ancianos. En el caso de los procedentes de las razas inferiores se inició la exterminación al cumplir sesenta años, sin contemplaciones y en el acto. En el de los ciudadanos del Régimen, en primer lugar se les suprimieron todos los subsidios de los que disfrutaban, después se limitó a sesenta y cinco años la edad para recibir asistencia médica a cargo del régimen, después se les exigió el pago de cada fármaco que consumían y finalmente se limitó su vida a setenta y cinco años, cumplidos los cuales la Policía de la Tierra les detendría para ser conducidos a campos de descanso donde dispondrían de todo tipo de productos para el suicidio y así dar por finalizado su ciclo vital en el planeta. Estas medidas podían ser evitadas con el pago de una fuerte suma para las arcas del Régimen, con lo que las clases acomodadas y dirigentes quedaron exentas.

Aquellas acciones tuvieron un éxito grandioso y dio confianza al gobierno para aplicarlas con la mayor rigurosidad. La aniquilación del segmento de la tercera edad llegó a su máximo apogeo, con un millón de aniquilaciones de ancianos de razas inferiores y cien mil bajas entre los ciudadanos del Régimen cada día en los centros de descanso, llamados así con eufemismo, hasta que se produjo un corte debido a la resistencia que se formó con voluntarios que les ayudaban a escapar y los escondían en granjas y aldeas; como la que ahora iba a ser asaltada.

George, que permanecía ansioso con su arma entre los brazos, tuvo un recuerdo para sus abuelos a los que vio cómo eran aniquilados en el granero de su casa, donde escondidos intentaban librarse

de la orden de detención al haber cumplido la edad reglamentaria.

No era un buen recuerdo y se reconfortó con que su destino estaba marcado para finalizar el ciclo vital que, de una forma u otra, sería ejecutado y aquella forma violenta era sólo una anticipación del fin que, de forma irremediable, les aguardaba.

“Todo por La Tierra”, rezaba el lema del cuerpo que llevaba inscrito George en la pechera de su uniforme metálico que le daba un aspecto robótico. El planeta sobre las personas, sobre sus sentimientos, sobre su vida; esa era la base de su trabajo, el alma, el cuerpo, el alimento de su fuerza psicológica frente a momentos de duda cuando tenía que apretar el gatillo y descargar esa descomunal fuerza aniquiladora y, según le habían enseñado, purificadora.

Las razas inferiores y sus descendientes son una plaga y debemos controlarla, nosotros somos la última barrera y nuestro fin es acabar con ella. De esta forma recordaba de nuevo George, mientras el sol ya brillaba en el cielo y la temperatura se hacía más agradable, el adoctrinamiento incansable al que fue sometido junto a sus compañeros de promoción, que ahora compartían acecho en aquella aldea perdida en la que sin demora recibirían el plázet para aniquilar.

Mujeres, hombres, ancianos y, sobre todo, niños quedarían reducidos a carne chamuscada y el planeta respiraría tranquilo, sabiendo su triunfo sobre aquella plaga en la que ellos eran exterminadores de excepción. Todo por La Tierra, se repetía a sí mismo. Todo porque subsista y la plaga quede reducida a cenizas, farfullaba para sí George mirando de nuevo a su superior esperando que éste diera la tan esperada orden de asalto.

Y llegó por fin la hora. La voz del comandante sonó como un trueno rompiendo el tenso silencio en el que se encontraba toda la patrulla, haciendo que saltaran como un resorte y lanzándose en tropel sobre las escasas viviendas que componían aquel núcleo perdido entre las montañas y que, un informador al que se había pagado generosamente, había delatado estar ocupado por gente refugiada perteneciente a un grupúsculo de resistencia contra el Régimen Planetario, cuyos éxitos habían ido creciendo con el tiempo y abierto un camino de incertidumbre a sus líderes.

Diversas escaramuzas habían tenido lugar y los defensores de estos grupos de niños, madres y ancianos presentaban cierta resistencia a la que, por norma, se aplastaba con facilidad. No obstante, se rumoreaba que habían tenido la suerte de repelar un par de ataques y que cada vez se hacían más y más fuertes; con la lógica preocupación del gobierno en que se extendiera la rebelión, aunque no su propaganda que era boca a boca al tener bajo sus dictados a todos los medios de comunicación, los cuales sólo alababan la acción de la Policía de La Tierra y jamás ponía en duda su honorabilidad; disfrazando sus masacres con imágenes falsas donde ayudaban a las personas.

Sin embargo, ese boca a boca se hacía ya peligroso y por esto las acciones de castigo se habían incrementado así como el reclutamiento de jóvenes para dotar de una fuerza descomunal a aquel cuerpo de élite, que ahora recibía sus primeros reveses aunque alejados de cualquier tipo de victoria sobre ellos, fuertemente pertrechados, armados hasta los dientes y mucho más numerosos que sus desorganizados contrincantes que, además, carecían de líderes que pudieran conducirles a la victoria sobre aquéllos.

George avanzaba con su potente zancada, el corazón palpitándole y el arma lista para expulsar esa

carga letal de plomo ardiente que pulverizaría cuanto se pusiera a su alcance. Concentrado en el ataque, ni veía a su alrededor a sus compañeros que ahora lanzaban ese grito que habían aprendido en el período de instrucción y que constituía el símbolo del cuerpo: “*Por La tierra*”, “*Por La tierra*”, gritaban desaforados mientras disparaban ya sus armas y una lengua de fuego redujo a cenizas en un instante la primera de las viviendas, en las que comprobaron que no había nadie.

Sin embargo, de entre los escombros apareció una mano y detrás de ésta un anciano de rostro congestionado y sangrante que sujetaba a un pequeño niño que a simple vista permanecía sin vida. El anciano no tuvo tiempo de abrir la boca, de hacer una petición, o rezar si era el caso, o al menos gritar, o solicitar clemencia, porque su cuerpo y el de aquel niño saltaron en pedazos tras recibir la descarga adoctrinados para la aniquilación sin integrantes de aquella plaga inmunda. de los agentes;

piedad de los

George quedó fijo mirando la escena. No reaccionó. Sólo aspiró el olor a carne quemada en un holocausto de fuego y sangre, que hizo se trasladara a su niñez y reviviera por un instante momentos idénticos en el granero de su casa.

George se sorprendió a sí mismo cuando comprobó que no había disparado. permanecía en su sitio sin

Observó que su dedo apretar el gatillo. Sus compañeros de patrulla, en el fragor del ataque, no se percataron de su actitud tan alejada de su estilo, y continuaron el avance a través de la aldea que ahora iba quedando reducida a cenizas.

George caminaba junto a ellos y permanecía ajeno a todo, sintiendo una sensación de vacío en el que su mente había quedado bloqueada sin poder reaccionar. La voz del comandante resonaba a lo lejos lanzándoles órdenes para aplastar cuanto encontraran a su paso que ejecutaban al pie de la letra sin descanso, hasta borrar del mapa aquel núcleo indefenso de pequeñas casas.

Sin resistencia, llegaron al centro de la población y comprobaron que había una vivienda de mayor tamaño y dirigieron sus pasos con decisión hasta llegar a su puerta que permanecía cerrada. Colocaron una carga y al momento ésta saltó por los aires, tras lo que arrojaron varios botes de gases que anularían cualquier resistencia en su interior.

Tras los estruendos de las detonaciones, penetraron en la casa y la única amenaza que encontraron fue el llanto de varios niños y las súplicas tanto de sus madres como de ancianos que les protegían con sus débiles cuerpos. George observó cómo todos llevaban colgado al cuello aquel símbolo prohibido por el Régimen Planetario y cuya posesión y exhibición era suficiente causa para ser aniquilado sin más dilación, al ser considerada una ofensa a La Tierra.

Era el símbolo que sus abuelos conservaban escondido y que nunca le fue revelado, por el temor a que cualquier indiscreción les costara la vida y la de sus descendientes. Ese era el símbolo que ambos ancianos besaron antes de ser inmolados en aquel granero de su infancia ante su mirada atónita.

George mantenía el dedo en el gatillo mientras estos pensamientos se agolpaban en su mente, de nuevo abstraída y lejos del lugar donde ahora se desarrollaban aquellos dramáticos

acontecimientos cuya resolución sangrienta estaba cerca, cuando toda la patrulla rodeó aquel grupo de víctimas propiciatorias riéndose a carcajadas de su vulnerabilidad y gozando de su pavor ante la pronta desaparición bajo el fuego aterrador de sus armas.

Pero George no reía. George tenía la mirada ausente y sus compañeros de patrulla lo advirtieron esta vez. Tras ellos, apareció el comandante vociferando y los demás integrantes de la patrulla delataron la actitud del joven agente en su primera misión, incapaz de cumplir las órdenes recibidas y liquidar aquellos miserables miembros de la plaga, que ahora suplicaban con más ahínco su perdón.

El comandante, que en tan gran estima tenía a George, se dirigió a éste con airados comentarios y voz en grito le ordenó que procediera a cumplir las órdenes y aniquilara de ancianos que una vez a aquellos niños, mujeres y

eran los enemigos del Planeta; amenazándole con acabar como ellos si no lo hacía de inmediato.

George permaneció ausente y en silencio. Cada uno de los siete integrantes de la patrulla le observaban como lobos con una media sonrisa en los labios, deseando freírle allí mismo como si fuera ya miembro de la plaga, burlándose de su debilidad, enseñándole todos la boca de sus armas ya preparadas para fulminarle y esparcir sus entrañas.

Pero George volvió de sus recuerdos, de aquel granero y con el símbolo prohibido dándole vueltas en la cabeza, sintiendo su fuerza, sintiendo su misterio no revelado que ahora se abría paso como una luz cegadora que le mostraba el camino que no dudó en seguir.

George miró a toda la patrulla, deteniendo su mirada en cada uno de ellos, y avanzó después hacia el grupo de mujeres, niños y ancianos. Delante ya de ellos y arrodillados esperando su aniquilación, George cargó su arma y apuntó hacia aquel grupo y apretó decidido el gatillo; si bien el destino de aquella cortina de balas explosivas letales, en un rápido movimiento, fueron sus propios compañeros que ahora, uno a uno, se convertían en trozos amorfos de carne humeante sin tiempo para reaccionar ante la infalibilidad de George que, al llegar al comandante, se detuvo para comprobar cómo huía cobarde hacia la puerta que logró alcanzar, aunque sólo por partes después de que un disparo certero hiciera añicos su cuerpo.

George se despojó de su traje, de sus insignias, arrojó con desdén su arma y uno de los ancianos, con emoción en su rostro, le abrazó para después colgar de su cuello aquel símbolo prohibido, declarado mil veces proscrito, vilipendiado por el Régimen, perseguidos sus portadores. Bajo la mirada de gratitud de aquéllos a los que había protegido y salvado de tan trágico destino, George observó el símbolo en forma de cruz que ahora colgaba sobre su pecho. Lo tomó en sus manos y pudo leer la palabra que en su reverso llevaba escrita; aquélla que no consiguió ver cuando uno igual se lo arrebataron de las manos a sus abuelos. Aquélla palabra era: “sígueme”.

George la cogió en sus manos, la apretó con fuerza y lágrimas de emoción surcaron su rostro, en la seguridad de que había encontrado el camino.

CAPÍTULO I

-Inadmisibile, intolerable, inasumible, queridos camaradas, es la situación en la que nos encontramos en estos momentos como ya conocéis

Con estas palabras, pronunciadas con vehemencia y no sin cierta violencia tanto en su declamación como en los gestos que las acompañaban, inició su intervención Erik Fleetwood ante los restantes miembros del Consejo Supremo del Régimen Planetario, quienes no dejaron de coincidir en un gesto de preocupación en sus respectivos rostros, máxime cuando conocían de sobra su carácter así como sus recetas radicales para afrontar cualquier crisis que se presentara. Por otra parte no siempre, pero sí a menudo satisfactorias para atajar las sobrevenidas que más de una ocasión les tocó sortear con dureza extrema.

-Nuestra sagrada Tierra se muere. Lenta e inexorablemente se nos va por culpa de esos depredadores que la zahieren cada día con su sola existencia. Sí, camaradas, son ellos los que la llevan a sus últimas horas, exhausta, agotada, sin capacidad para rebelarse contra su ignominia, contra sus ataques silenciosos y sibilinos, aparentando inocencia cuando son lobos con piel de cordero, maltratándola sin que pueda defenderse

Continuó Fleetwood, ahora gesticulando y mostrando su lado más enérgico al pronunciar aquellas palabras.

-Reconoceréis conmigo que cuantas medidas hemos adoptado para frenar esta afrenta han sido inútiles, hasta el punto de sentirnos derrotados por esa ingente ralea de razas subhumanas, de esos desharrapados malolientes que cada mañana transitan con su hedor putrefacto las calles, avenidas, caminos, prados, montes de nuestra bella madre Tierra, y contaminan sin remisión cuanto tocan.

Una plaga, camaradas. Una plaga soez que recorre reptando nuestro más preciado tesoro y que, de no mediar una acción contundente y directa, terminará tan corrupta como sus cuerpos carcomidos por la inmundicia. Es hora de tomar decisiones y os animo a que apoyéis mi idea de aplicar la solución final y acabar de una vez con este suplicio que pone en riesgo el futuro de este bendito Régimen Planetario, que mil años dure.

Y os estaréis preguntando a qué solución final me refiero. Permitidme ironizar sin ánimo de ofenderos, para lo cual os recordaré las medidas para paliar esta plaga que habéis promovido con inocente magnanimidad, si me aceptáis el término. No es mi intención cargar las tintas sobre vuestras opciones para buscar salidas a este problema, pero todo cuanto habéis llevado a cabo han sido meros atajos que no conducían a lugar alguno; al menos no al correcto que es el de la aniquilación. Siento recordaros también que cuanto se ha intentado no ha pasado de vanas acciones que, lejos de solucionar el problema, lo han agravado.

Si no fijaros en que, con la imposición de controles de natalidad o de esperanza de vida en los ancianos, sólo se han obtenido pobres resultados que, además, han alentado grupúsculos de resistencia en las masas, con el consiguiente peligro de subversión que se está cerniendo sobre

nuestro glorioso Régimen, que mil años dure.

Por todo ello, es momento de la verdad definitiva, de la solución final, en el más amplio sentido de la palabra y que os quiero proponer. Antes de someterlo a vuestro criterio, quiero abogar por la bondad de este proyecto que su consecución supondrá la erradicación de estas razas inferiores en su totalidad, y cuyos efectos no sólo serán flor de un día, como ya ocurrió en otros intentos, sino que su latencia será perenne con tal de que sea letal ahora, mañana y siempre.

Os preguntaréis, queridos camaradas, a qué me refiero. Siento no poder revelaros sus extremos por una lógica cuestión de seguridad, pero sí hablaros de sus bondades. En primer lugar, se trata de un producto que ha sido desarrollado en el más avanzado laboratorio por un grupo escogido de científicos que, durante siete largos años, ha trabajado a destajo para alumbrarlo para que sea capaz de cumplir las expectativas más exigentes; que pasan por contener no sólo una dosis extrema letal sino también una persistencia tan poderosa que le permita eliminar durante siglos cualquier tipo de vida de estas odiosas razas inferiores.

Sí, camaradas, por fin tenemos esa solución final que propiciará que nuestros compatriotas, todos aquellos portadores de nuestra sagrada sangre, extiendan su dominio no sólo en nuestra santa morada, la bendita y amada Tierra, sino en todo el universo conocido.

Deciros también que vuestra decisión en favor de mi propuesta desencadenará la operación de limpieza étnica jamás llevada a cabo en este mundo y sus efectos os garantizo serán tan inmediatos como seguros, dado que el agente tóxico sólo afectará a todos aquellos que pertenezcan a ese submundo pestilente que nos rodea y amenaza, aislando a nuestros compatriotas de las consecuencias de aquél suministrándole una vacuna preventiva y cuya latencia no tiene caducidad, que anulará el efecto mortífero de la sustancia que borraré de una vez por todas a los enemigos de la Tierra y este Régimen Planetario, que mil años dure

Erik Fleetwood, ceremonioso y alzando la vista hacia arriba con la mano firme sobre su corazón, concluyó su intervención un tanto azorado, teniendo en cuenta que se jugaba su prestigio como miembro de aquel consejo. Era el más joven, pero sin duda el más capaz y activo. Podrían reprocharle su vehemencia, su altivez propia de su orgullo por pertenecer a la raza elegida, sus salidas de tono en cuanto se mencionaba cualquier medida blanda y conciliadora para sus acérrimos enemigos, pero nunca su forma de trabajar por la causa, de estar volcado en sus quehaceres para la patria como único argumento vital.

No se le conocían vicios, ni menores ni mayores, ni debilidades sexuales, ni tan siquiera algún escaqueo amoroso en su juventud. Era un hombre de estado con todas las letras, un estratega en el juego político y cuyas virtudes le habían permitido hacerse con el puesto que ahora ostentaba con orgullo y que le hacía redoblar su entusiasmo por el trabajo en pro del Régimen Planetario, que mil años dure.

Desde el otro lado de la mesa, inició su intervención Franz Jonas, uno de los miembros que lideraba el ala moderada del consejo, al que Erik no tardó en lanzar una mirada de soslayo ya previendo su oposición a cuanto supusiera drásticas medidas contra aquella gente que se multiplicaba día tras día sin control, sumados a la ingente cantidad de ancianos que pululaban por doquier, infectando donde moraban y cuanto asían con sus rugosas y malolientes manos.

-Mi queridos camaradas, escucho alarmado las diatribas de nuestro colega Fleetwood y sus llamadas a la simple exterminación de seres, aunque de razas inferiores, con derecho a vivir. Estoy de acuerdo en su espantosa actitud, deploro el daño que hacen a nuestra bendita madre, La Tierra, apoyo todo aquello que permita ponerles difícil su procreación incontrolada, pero me opongo firme a su eliminación. Y es algo que denuncio ante este Consejo y solicito su rechazo colegiado a esta medida, que hablaría mal de nuestro criterio y buen gobierno

Como un resorte, saltó Fleetwood con el rostro encendido de cólera y se dirigió señalando con el dedo índice a su oponente en el Consejo.

-Si tanto reparo tiene en dar su plácet a la única solución para librarnos de esta plaga que impide nuestro desarrollo y felicidad, explique ante el Consejo su propuesta

Soliviantado por la firmeza del tono de Fleetwood, Franz adoptó esta vez una expresión más severa y contundente, a la vez que imitaba a su retante oponente al levantarse de su asiento y dirigir la mirada hacia éste.

-Querido camarada, he de recordarle que los principios de este Régimen no acogen ninguna disposición que nos obligue a la exterminación de otras razas, y sí su control y aislamiento, y esa es mi propuesta. Reforzar nuestras gloriosas fuerzas armadas, dotarlas de medios suficientes para cumplir lo escrito en la ley y perseverar en soluciones que eviten una bochornosa exhibición de inhumanidad impropia de nuestra raza eterna

Si las primeras palabras encendieron el ánimo de Erik Fleetwood, la segunda intervención había sacudido sus cimientos existenciales y su ira pareció desbordada por su boca, cuando tronó su voz con inusitada fuerza.

-¿Leyes? ¿Inhumanidad? Pero de qué habla, camarada. No es consciente del peligro que nos acecha por momentos y la fuerza de esta masa ingente que inunda sin rumbo las calles de nuestras pulcras ciudades, ensuciando sólo con su presencia el orden estricto en el que vivimos.

¿Cómo puede ser capaz de dar carácter de humanos a esta raza podrida, promiscua y traicionera? ¿Cómo puede invocar las sagradas leyes de nuestros antepasados en pro de esta plaga? Nuestro futuro y el de nuestra sociedad está en peligro y las leyes no pueden convertirse en un freno para impedir que nos corra el mal que nos rodea, impulsado por estas gentes que sólo merecen pudrirse en los bordes de los caminos. Son ellos o nosotros, camarada. No hay término medio. Es nuestra sociedad, perfecta, equilibrada, limpia, o el caos de esa marea de seres apestados, horrendos, de pieles oscuras y sucias, de rasgos facinerosos, de costumbres parasitarias, dispuestos a arrebatarnos cuando poseemos; pero sobre todo nuestro futuro.

Por eso, camaradas, os insto a que mostréis vuestra decisión. Si, por una parte, estáis dispuestos a permitir esta agonía lenta y obscena o, por el contrario, apoyáis mi propuesta para aplicar de una vez por todas la solución final y, de este forma, iniciar una etapa que hará aún más glorioso este Régimen Planetario, que mil años dure

El secretario del Consejo, Gustav Steinbeck de nombre, tomó la palabra y con falsa voz conciliadora se dirigió a los demás, mientras tomaba en sus manos un ejemplar de la Ley del

Régimen.

-Queridos camaradas, hacía años que en el seno de este Consejo no se producía esta disyuntiva, sin lugar a dudas difícil de dilucidar para todos los que asistimos sin tomar aún parte por ninguna de las dos propuestas que se han puesto sobre la mesa.

Si bien es cierto que nuestros antepasados redactaron las leyes, no lo es menos que las circunstancias entonces no eran de la gravedad en la que hoy nos encontramos. Sólo hace falta salir a la calle para contemplar en el caos que andamos sumidos, y todo por esas razas que, de forma silenciosa nos invaden y aunque ponemos todos los medios hasta el momento ha resultado vano el esfuerzo por pararles los pies.

Esa masa de pedigüños que invade aceras de calles y avenidas, esos individuos repugnantes que traen el hedor de la podredumbre, han hecho de nuestras pulcras comunidades un nido de promiscuidad exacerbada. Incluso nuestros hijos pueden ver cómo copulan a sus ojos, cómo defecan en la calle, en un espectáculo tan deprimente como insano. Es lógico que nuestro camarada Fleetwood lidere una corriente furibunda contra esta plaga, que promueve esa solución final para su definitiva erradicación de la faz de nuestra bendita morada, La Tierra.

El más anciano del Consejo y también el de más prestigio e influencia sobre él, de nombre Günther Ullman, intervino en tono sereno aunque firme mientras también imitaba el gesto de su antecesor acariciando con suavidad un ejemplar de la Ley del Régimen, a la vez que dirigía una mirada llena de suspicacia a Fleetwood, quien le correspondía de la misma forma.

-Es comprensible que el ánimo conciliador de nuestro camarada Franz Jonas, nos haga reflexionar sobre esta medida que, de aplicarse, sería tan drástica que podría conducir a una escisión en nuestro pueblo; teniendo en cuenta que no toda nuestra raza es proclive al exterminio sin más y definitivo de esta gente, aunque sí a un control más riguroso y, por qué no decirlo, seguir dando pasos para su erradicación con medidas sanitarias conducentes a impedirles su reproducción.

Ya sé que esto no ha dado sus frutos, pero nuestros científicos avanzan en sus investigaciones y pudieran dar con la clave para ello. También comprendo que el tiempo se agota y que estamos al borde del colapso. Por ello, camaradas, es una decisión difícil y quisiera recordaros que sólo la unanimidad del voto del consejo decantará la balanza

Fue un momento de perplejidad para todos los miembros, cuyas miradas fueron cruzándose una tras otra hasta que aquel momento de desconfianza fue roto por la intervención de Hans Zimmerman, a la sazón responsable del aparato represivo.

-Queridos camaradas, he asistido sin pronunciar palabra mientras se exponían las dos propuestas tan divergentes pensando que no había color en la decisión a tomar. La situación por la que atravesamos es crítica y sólo con actos conciliadores no atajaremos el problema que ya nos desborda. Es más, puedo asegurar que pone en peligro los cimientos de nuestro Régimen Planetario, que mil años dure, y os advierto de los síntomas de relajación en nuestros compatriotas, incapaces de reaccionar ante el avance de esta plaga que lamina feroz nuestra existencia y que, de no mediar una contundente y rápida respuesta, acabará por aplastarnos.

Como responsable de la Policía de la Tierra, tengo acceso a informes que hablan de la cada vez más organizada resistencia de esta gentuza que se fortalece en una de las antiguas religiones proscritas hace milenios, cuyas majaderías calan en sus mentes primitivas, haciéndoles menos vulnerables a nuestros métodos y, por ende, a nuestro control.

Por todo ello, me uno a nuestro camarada Fleetwood en su propuesta para abandonar cualquier atisbo de temporización y someter a esta sucia ralea a esa solución final que nos hará seguir nuestro camino glorioso como raza elegida

Las miradas volvieron a sucederse, aunque bien es cierto que crecía la confianza en la propuesta de Fleetwood. Sin embargo no era unánime y eso se palpaba en el ambiente que rompió con su voz atiplada Peter Langstrom, poderoso jefe del aparato de propaganda del Régimen.

-Queridos camaradas, qué puedo decir, qué puedo argumentar ante las propuestas que hoy hemos escuchado. Qué puedo trasladar a los indecisos para que se decanten por la única forma de librarnos de esta pesadilla que, desde los primeros días de nuestra bendita Tierra, nos persigue y pone en riesgo nuestra propia civilización.

Camaradas, yo os pregunto qué podemos hacer ante el avance de esta plaga de seres embrutecidos, pestilentes, malignos infrahumanos que desafían nuestra existencia y a cuyo control hemos sometido sin éxito. Me permito recordaros la inutilidad de las medidas que adoptaron nuestros antepasados, que sólo consiguieron mermar en un pequeño porcentaje a esta suerte de engendros más cercanos a las aves de rapiña que a los humanos. Por todo ello, me uno a nuestro camarada Fleetwood y os animo a refrendar con vuestro voto la solución final que nos librará por siempre de esta gangrena que amenaza con eclipsar el progreso de nuestra gloriosa raza y el Régimen Planetario del que nos orgullecemos, y que mil años dure

Sin tiempo para recapacitar en aquellas palabras que bendecían el proyecto de Fleetwood, tomó la palabra Sigfrid Jung, responsable del aparato logístico del Régimen.

-Queridos camaradas, no sé si estaréis conmigo de acuerdo en que, antes de tomar una decisión de este calado, sería conveniente conocer algunos detalles que pusieran de manifiesto las bondades o, por el contrario, vicios ocultos de esta propuesta que, si bien es atractiva a simple vista, puede resultar –llamémosle- incómoda de no resultar su ejecución perfecta, sin resquicios que puedan poner en peligro nuestra gloriosa raza eterna.

Por eso, mi querido Fleetwood, te pediría y me arrogo también la opinión de todo el Consejo, nos alumbres hasta donde puedas de este proyecto y podamos valorar -en términos coloquiales- si no es peor el remedio que la enfermedad que padecemos indolentes desde el inicio de los tiempos

Sin excepción, los miembros del Consejo dieron su plácet ante aquella demanda de información, expresada no sin cierta carga de ironía por el veterano consejero. Frente a ésta, Fleetwood tomó de nuevo la palabra con semblante risueño, demostrando así su encaje de aquella sorna sobre su propuesta.

-Mis queridos camaradas y, en especial, mi queridísimo Sigfrid, debo disculparme por mi vehemencia a la que comprendo no os acostumbráis. Con humildad ruego vuestra indulgencia para este inexperto miembro, el más joven como es notorio, y me concedáis el beneficio de la

duda ante mis continuas salidas de tono para cuanto os propongo.

Sin embargo, en esta ocasión debo aseguráros que este nuevo y definitivo proyecto constituirá un antes y un después de la historia de nuestra gloriosa y eterna raza superior. Abogo por ella y, atendiendo el sutil consejo disfrazado de petición de nuestro apreciado Jung, os revelaré que han sido siete largos años de investigación llevados a cabo en el laboratorio de nuestra base Lunar y con medidas de seguridad extremas como ya imaginaréis.

El profesor Heidelberg a la sazón padre de esta solución final y descubridor de su agente patógeno- ha realizado un trabajo excepcional dirigiendo un grupo de más de un centenar de científicos volcados sin descanso en la consecución del hallazgo del remedio definitivo a nuestros males, provocados por la extensión de la plaga de razas inferiores que venimos padeciendo. Permittedme ahora transgredir la lógica línea roja de la seguridad de este proyecto y mostráros algo que pueda daros una idea de su perfección.

Un simple gesto de la mano de Fleetwood bastó para que el proyector holográfico, situado en el centro de la mesa del Consejo, mostrara la imagen tridimensional que aquél acompañó con sus palabras.

-Camaradas, aquí tenéis una prueba de los que os digo. Lo que vais a presenciar constituye una grabación realizada en un ensayo en la más absoluta de las cautelas llevado a cabo en la isla de Argotten; por otro parte territorio que era propicio para ponerla en práctica al tratarse de una extensión en medio del océano con una población que la cubría en su totalidad y donde sólo se encontraba un destacamento de nuestra Policía de La Tierra

Fleetwood finalizó su introducción y guardando silencio, al igual que los demás miembros del Consejo, observó con una media sonrisa lo que la proyección mostraba. Todos los presentes pudieron contemplar en primer lugar un plano general de la isla en medio de la inmensidad del mar. Posteriormente, pudo verse el aspecto de las aldeas putrefactas que ocupaban toda la isla, atestadas de inmundos seres hacinados, sucios y manteniendo disputas entre ellos por conseguir un sitio donde echarse.

De igual forma, mostraban las imágenes la devastación producida por aquella marea de seres, cuando apenas quedaban zonas verdes donde fijar la vista. Su voracidad había acabado con la totalidad de los árboles del territorio, incluso los pequeños arbustos que luchaban por nacer en los bordes de los caminos atestados de gente.

De pronto, aquellos planos deprimentes cesaron y la proyección ofreció una vista general de la isla mientras una nave de combate la sobrevolaba. Tras una maniobra de aproximación, ésta hizo estacionaria sobre el centro de aquélla y de su parte inferior se desprendió un objeto ovalado que, tras descender unas decenas de metros, quedó suspendido. Mientras la nave maniobra de aceleración extrema y se realizaba una

alejaba a la máxima velocidad, aquel objeto comenzó a girar sobre sí y, tras alcanzar una oscilación de vértigo, explotó con tal violencia que su contenido se esparció formando vientos huracanados sobre aquella isla, que aparecía tras esto sumida en una persistente y densa niebla rojiza.

La proyección continuó ofreciendo un espectáculo dantesco, cuando podían observarse las

miríadas de cadáveres, muchos agonizando con estertores y otros vomitando ríos de sangre que cubrían las calles; otrora repletas del gentío caminando de aquí para allá en busca de su subsistencia.

Hombres, mujeres, ancianos, niños, sin distinción aparecían amontonados en derredor de la isla, sin casi un resquicio donde no hubiera cadáveres. Finalmente, un vehículo de la Policía de La Tierra se hizo evidente y sus miembros bajaron para aniquilación y, volviendo sus inspeccionar aquella

rostros a la cámara, dejaron entrever una sonrisa cómplice. De esta forma, cesó la proyección holográfica y, antes de cualquier comentario de sus acompañantes en el Consejo, Fleetwood retomó con seguridad la palabra.

-Como habréis comprobado, queridos camaradas, las imágenes no ofrecen duda. No hay trampa ni cartón y son fiel reflejo de la prueba llevada a cabo hace ya un año en esa isla, que ahora os puedo asegurar recupera su aspecto paradisiaco, y donde el verde de nuevo se enseñoa en el paisaje y los árboles vuelven a buscar el tibio abrazo del sol.

Tal fue el éxito de la prueba que, como habéis podido corroborar por las imágenes, el exterminio alcanzó ese nivel soñado durante tantos años por nuestros científicos: cien por cien de mortalidad, ni uno menos, queridos camaradas, no hubo ni tan siquiera un superviviente. Y como habéis también contemplado, la vacuna administrada a nuestros hombres de la Policía de la Tierra resultó exitosa, aislando del gen patógeno a toda la patrulla, que pudo incinerar aquella masa inmundada de cadáveres y librar a la isla de su purulenta presencia.

Por otra parte, y anticipándome a vuestras preguntas sobre la latencia del patógeno, os diré que en esta ocasión nuestros científicos dotaron a éste de una supervivencia de seis horas; con lo que estaba anulada la posibilidad de que pudiera afectar al continente y de esta forma no sólo acabar con la plaga sino también con nuestra gloriosa raza.

Por lo tanto, éxito rotundo tanto en la potencia del efecto letal como en el caso de la vacuna que nos protegerá de éste. Qué más os puedo ofrecer para que comprendáis la bondad de este proyecto, camaradas; qué más os puedo mostrar para que comprendáis que no hay ya otra solución, salvo la final que de nuevo os propongo apoyéis

Fleetwood acompañó con un gesto severo aquella petición, que pareció más una advertencia para algunos consejeros y, sentándose, tomó de nuevo la palabra.

-Camaradas, comprendo que es una decisión difícil y dada la necesaria mayoría, propongo hagamos un receso para reflexionar con la necesaria quietud y volver después para que realicemos la votación

El Consejo en pleno apoyó aquella moción y salieron de la estancia hacia los salones que la rodeaban. Fleetwood no tardó en revolotear por los corrillos que se formaron, en los que estuvo atento a los comentarios que cada uno de los consejeros hacían.

Reparó finalmente en el que se encontraba su más feroz oponente y comprendió que su lengua viperina estaba haciendo mella en quienes le oían con gesto grave y su proyecto quedaría, de seguir así, en simple utopía irrealizable. Fleetwood comprendió que Jonas zancadilleaba de manera inmoral su propuesta.

Pareció arder de improviso inflamado por la ira que desde los pies fluía hacia su cabeza, donde su rostro era reflejo de cuanto acontecía en su interior. Pero con prudencia, guardó respetuoso silencio y se dejó llevar al paio de los acontecimientos, fiando su proyecto al azar; o tal vez no tanto a éste.

Mientras debatían animadamente unos y otros, se sirvió un refrigerio que fue recibido con caras de satisfacción por todos. Fue tan solo un aperitivo sobre bandejas decoradas con un gusto exquisito y las bebidas en copas de cristal ambarino, donde poder apreciar el exótico sabor cercano a la ambrosía reservado a tan altas instancias del Régimen Planetario, que mil años dure.

Treinta minutos bastaron para que fueran llamados de nuevo a pasar a la sala del Consejo, cuyos miembros se acomodaron en sus respectivos asientos para reanudar la sesión, que se había convertido en crucial. Tomó la palabra el más anciano miembro, Gunther Ullman, quien se dirigió a todos en tono solemne.

-Mis queridos camaradas, estimo que ha sido suficiente el tiempo transcurrido en este receso, realizado como excepción de nuestras sesiones, para calibrar la decisión que en breve debemos tomar y que supondrá, de aprobarse, el amanecer de una nueva etapa de nuestro amado Régimen Planetario, que mil años dure. De esta forma, os conmino a exponer vuestros argumentos tanto a favor como en contra antes de que iniciemos la votación

Fue pronunciar estas palabras y tomar el relevo Franz Jonas, presa de la alarma por los comentarios escuchados a los demás miembros del Consejo y quien, levantándose, dijo lo siguiente.

-Queridísimos miembros de este Consejo, amigos camaradas, con gran preocupación he observado la actitud que -con tibios comentarios- tenéis de la propuesta más radical jamás pronunciada en la secular existencia de este Régimen de paz y prosperidad, que mil años dure. Y añadiría a esa preocupación real la falta de escrúpulo ante una propuesta que socava la esencia de nuestros precursores, cuando enumeraron las leyes que habían de seguirse para lograr la armonía y con ella la ausencia de conflictos que pudieran poner en peligro nuestra raza que, si bien es única, elegida y eterna, superior en todos los aspectos, merecedora de parabienes y privilegios, no por ello debe aplastar a las demás inferiores que, como ya he apuntado, han de ser controladas de múltiples formas, incluso violentas si cabe, pero nunca someterlas a un exterminio tan cruel.

Camaradas, apelo a vuestras conciencias, a vuestro patriotismo, a vuestro orgullo de pertenecer a este pueblo, a esta civilización que perdurará más allá del tiempo y del espacio y rechacéis este holocausto, cuyo desencadenamiento pudiera traer consecuencias trágicas no sólo para estos pobres diablos que mendigan en nuestras ciudades, pueblos y aldeas, sino para todo nuestro pueblo. Hago este llamamiento, camaradas, en la seguridad de que...me ayudaréis.....a...frenar...

Todos los miembros del Consejo observaron cómo Franz Jonas hacía esfuerzos ímprobos por concluir la frase, mientras sus pupilas desaparecían y su boca mostraba una mueca de espanto para después caer hacia atrás y quedar tendido en el suelo de la sala.

Acudieron en tropel todos sus compañeros que, tan solo observando su aspecto, convinieron que era ya historia. Muchos de ellos contemplaron en los ojos de Erik Fleetwood, su encarnizado oponente, un brillo especial que llevó a sus respectivos ánimos una sombra en forma de duda de aquella repentina desaparición. Más de uno recordó el aperitivo servido y la sospecha de que fuera envenenado con habilidad y sin que nadie se percatara de la maniobra.

Avisados los guardias que se encargaban de la custodia del Consejo, evacuaron el cuerpo del desgraciado miembro y la reunión se reanudó. Tomó la palabra de nuevo Gunther Ullman y, tras hacer un pequeño panegírico del miembro desaparecido de forma tan repentina, llamó a todos a iniciar la votación de la propuesta de Erik Fleetwood, quien ahora veía despejado el camino.

Por supuesto, éste miró uno a uno a todos los miembros del Consejo, y un escalofrío les recorrió el cuerpo cuando vieron el fulgor en el interior de sus pupilas y la ira descarnada, lista para urdir cualquier tipo de plan que allanara el camino hacia la aprobación de su propuesta y, con ésta, la aniquilación que tantas veces soñó. Pero Erik sabía que había vencido aún antes de conocer el resultado de la votación, ya inminente.

Se regodeó en su éxito, y en su capacidad de respuesta frente al enemigo interpuesto que fue eliminado con astucia y sin levantar sospechas, al menos en la forma de hacerlo, al lograr que llevara a sus labios aquella bebida que enmascaró la ponzoña que corroyó sus entrañas en pocos minutos sin dejar huella alguna. Un viejo truco para un viejo tahúr que hubiera puesto en riesgo su plan, y eso era algo que había previsto con suficiente antelación.

Se consolaba Erick de su vesania argumentándose que le había dado una oportunidad a su oponente pero que éste, insistiendo en rechazado. Ahora el sus tesis conciliadoras, la había

camino estaba libre y pronto saborearía las mieles del triunfo. Pero para ello aún quedaba aquella votación que pareció iniciarse, al tomar la palabra de nuevo Gunther Ullman.

-Queridos camaradas, ha llegado el momento. Como siempre, habéis de tener claro que sólo la unanimidad dará la conformidad a la propuesta que está sobre la mesa. Sólo un voto en contra dará al traste con éste y, a partir de ese momento, se estudiarán las propuestas que tengáis a bien someter de nuevo al criterio del Consejo. Todo sea por nuestro Régimen Planetario, que mil años dure

-Que mil años dure respondieron todos al unísono, mientras la luz de la estancia se atenuó y sólo se atisbaban las siluetas de los miembros sobre cuyas cabezas apareció una proyección holográfica en la que se advertían tanto sus nombres como sus respectivas fotografías tridimensionales.

Cada uno de ellos disponía en la mesa de una bandeja metálica de la que surgieron dos pequeñas protuberancias orladas con sendos colores, la izquierda en azul para afirmación, y la derecha en rojo para negación. Sonó un leve zumbido y todos los miembros pulsaron sus respectivos votos.

Erick Fleetwood aguantó el tipo como pudo. Permaneció impertérrito en su asiento, sin hacer ademán alguno, conteniendo su entusiasmo para no saltar de alegría cuando contempló un pleno de color azul en las respectivas proyecciones holográficas sobre las cabezas de los miembros del Consejo que significaba su triunfo y, por ende, el advenimiento de una nueva era para el Régimen

Planetario, que mil años dure.

Las luces volvieron a la normalidad y el Consejo en pleno dirigió un aplauso de felicitación a Erick que, por un momento, pensó que no cabía más satisfacción que aquel momento; aunque en realidad en su fuero interno ansiaba nuevas y más altas metas, las cuales aquellos inocentes ancianos no debían descubrirlo puesto que en sus planes no contaban para nada y, tal vez, tuvieran que correr la misma suerte que el pobre de Franz Jonas hacía un rato, allí tirado, despatarrado, con una grotesca mueca en la cara, con los ojos en blanco y su oronda humanidad camino del crematorio.

Pero eso era algo en lo que tendría que meditar más adelante, y este momento debía saborearlo, libarlo poco a poco, disfrutando del enemigo abatido y sabiéndose vencedor y, por qué no, nuevo hombre fuerte del glorioso Régimen Planetario, que mil años dure.

CAPÍTULO II

El día había amanecido brumoso, ceniciento y un tanto gélido, pero habían bastado unos tempraneros y tímidos rayos del poderoso Sol para que los colores tomaran su viveza acostumbrada y la temperatura resultara agradable para gozar de aquel paraje ignoto para muchos, por su distancia de la civilización, cercano al Valle del Yukon.

La nave que llevaba en su seno al selecto equipo de combate de la Policía de La Tierra cruzó aquellos parajes con su tradicional silencio, tan sólo roto por un ligero siseo de su estructura móvil circular y el aire que penetraba por sus miríadas de orificios que, conducidos hacia sus entrañas, producían la suficiente fuerza para escapar al campo gravitatorio terrestre, haciéndola grácil en sus movimientos, ligera en su traslado y apenas perceptible su llegada sorpresiva. Era el arma perfecta para aquel grupo de élite, entrenado a conciencia física y psíquicamente para realizar un trabajo con precisión, eficacia y rapidez en su consecución. Formaban el equipo veinticinco agentes pertrechados de pies a cabeza, con los más avanzados sistemas de rastreo, identificación y armamento corto con una potencia de fuego letal. De tal forma que tan sólo uno podía arrasarse sin despeinarse comunidades enteras de individuos

La más avanzada tecnología, unida a la fuerza de aquellos cuerpos preparados para el combate y sus mentes entrenadas para reaccionar sin sentimientos, estaba al servicio de la causa de la protección de La Tierra, liberándola de aquellos excedentes de razas inferiores que la castigaban sin piedad agotando sus recursos.

Las gentes que allí moraban, desterradas en su día por las autoridades en virtud de las leyes de control demográfico, subsistían a duras penas dada la latitud de aquellas tierras heladas la mayor parte del tiempo, sin posibilidad de cultivar algo que fuera comestible o al menos medianamente tolerado por sus estómagos; cansados de triturar bazofia y productos variopintos sin valor energético y no digamos proteínico o vitamínico.

Aun así, aquella gente daba por satisfactoria su suerte, sabiendo las vicisitudes por las que pasaban los que sobrevivían a duras penas en los aldeaños de pueblos y ciudades habitadas por los ciudadanos del Régimen, en los que vivían éstos en la mayor de las opulencias.

No obstante, una sombra siniestra se cernía sobre ellos desde la noche anterior, cuando una patrulla de reconocimiento de la Policía de La Tierra había irrumpido de manera sorpresiva en la población y había arremetido contra todos aquéllos que opusieron resistencia y, aun así, hasta con los desvalidos, ancianos, mujeres y niños, a los que tenían especial inquina.

No tardaron en su extemporánea visita comprobar el número de gentes que allí moraban y, para su desgracia y por muchas tretas que ingeniaron, los escáneres de alta precisión que contaban las naves delataron la cifra de habitantes real que convivían en aquel lugar, donde tan sólo la natural procreación había inflado el número de aquéllos.

Los más veteranos habían advertido esa circunstancia pero la necesidad impidió que nadie reaccionara a tiempo. Pero ya era demasiado tarde, puesto que aquella patrulla había facilitado el oportuno informe cuyas consecuencias serían ya inminentes.

Y es que la gravedad era manifiesta por la transgresión deliberada y quebrantamiento de las leyes de control demográfico y reproductivo, de tal forma que se encargarían de aplicar el castigo previsto que consistía en la fría aniquilación estipulada del doble de habitantes del exceso constatado, según marcaba la ley. Tal vez justos por pecadores pagarían aquella afrenta al Régimen, pero era algo que importaba una higa a los integrantes de la Policía de la Policía de La Tierra que sólo hacían su trabajo y además con eficacia probada.

-Preparado equipo de combate escucharon ya tensos los miembros con sus armas prestas.

-Quiero un despliegue rápido por toda la población Continuó aquella voz tan femenina como enérgica perteneciente a la comandante Helga Krupps, y a la que sus hombres respetaban por su implicación en el combate cuerpo a cuerpo, y cuyo ascenso había sido consecuencia de su esfuerzo en el centenar de acciones que, desde su juventud, había participado.

Su admiración por ella se aquilataba por las heridas que cubrían su cuerpo, tras ser víctima de emboscadas de grupúsculos de resistencia de aquellas razas inferiores, hasta el punto de perder un brazo y una pierna que le tuvieron que restituir con miembros biónicos que le daban un aspecto feroz, que sin embargo no eran capaces de enmascarar la perfección de sus facciones y su portentoso cuerpo moldeado por el esfuerzo físico diario.

Pero si algo sobresalía en aquella belleza de carne y acero era su carácter adusto y una mezcla de rigor y liderazgo, que le acompañaba como un aura percibida por cuantos la conocían y admiraban. No permitía a sus hombres flaquezas ante el enemigo y sabía compensarles de sus esfuerzos, aunque castigaba con fiereza cualquier desliz que mostraran en el combate.

Helga Krupps, no era Helga Krupps, o bien ella quería serlo puesto que su verdadero nombre era Helga 2468013579. En efecto, ese era su número de serie, tratándose de alguien que había nacido en un tanque del departamento de Planificación, adscrito al Ministerio de Control Demográfico y Natalidad, así llamado eufemísticamente puesto que -en realidad- se dedicaba a impedirlo y sólo permitirlo en los casos excepcionales previstos por la Ley del Régimen Planetario, que mil años dure.

Y ese era el caso de Helga, que ya una jovencita, deseó apellidarse Krupps, tal como su licenciatura en la academia de la Policía de La Tierra le permitía. Fue una niña tímida y llena de infantilismo en boca de sus instructores, que crecía sana y fuerte aunque con una inocencia que tuvieron que pulir desde que cumplió cuatro años.

Y ésta se le arrebató con la eficacia que aquella escuela para niños planificados sólo sabía acometer, sometiéndoles a las torturas más sofisticadas que puedan imaginarse, en las que perdían esa candidez natural y a los pocos años llegaban a mostrar una fiereza y un nivel de competitividad tan salvaje que tenían que poner mecanismos psíquicos correctores, con tal de frenar el ansia de satisfacer sus instintos más violentos.

Helga, autollamada Krupps, como todos sus compañeros de escuela, jamás conoció madre, ni padre, ni hermanos, ni abuelos y, todo lo más, tres instructores que abusaron de su cuerpo llegada la pubertad y sus curvas comenzaron a dibujarse, sin que nadie lo impidiera y hasta a ella misma le pareció que aquello formaba parte de su instrucción y así lo tomó.

Tal vez alguna lágrima furtiva se le escapó en aquellos momentos, pero ella escondió ese momento

de debilidad en lo más profundo de su consciencia y jamás ningún mortal o sofisticada máquina podría arrancarle aquel recuerdo y aflorarlo para su pesar.

Helga se convirtió, también como sus compañeros, en alguien más cercano a una máquina que a un humano y esto era precisamente el objeto de su instrucción diaria y su educación espartana en la que -sin cesar desde la infancia- tenía a diario que cumplir su clase de combate cuerpo a cuerpo, en el que siempre destacó por su fiereza e inteligencia para interpretar las debilidades del enemigo.

Esa era Helga, llamada Krupps por un capricho suyo, una mezcla de soldado cibernético y una escultural Venus griega ataviada con un traje metálico y un arma en la mano, presta para aniquilar todo cuanto se le ordenara sin rechistar, tal como le habían enseñado a sangre y fuego, cuando al cumplir siete años tanto ella como a sus compañeros recibieron unos adorables cachorritos de perros que cuidaban con mimo cada día al volver de la instrucción, curiosamente había bautizado el suyo como Krupps, un apelativo que había visto en una de las holografías que proyectaban los fines de semana y que le llamó la atención.

Y con aquel animalito indefenso les dieron la lección capital de su período de aprendizaje para convertirse en un agente de la Policía de la Tierra, cuando a los seis meses y antes de viajar a un campamento de verano, recibieron la orden taxativa de aniquilar a sus respectivas mascotas. Para Helga fue lo más doloroso de su corta existencia, cuando aquel inocente animalito suponía lo único que le había provocado un sentimiento hasta entonces no experimentado, que no sabía cómo calificarlo, pero que sólo imaginar su desaparición llevaba a su ánimo una profunda tristeza.

Aguantó las lágrimas al saber el destino que les tenían reservado, pero el terror se adueñó de ella cuando supo que tendría que darle muerte con sus propias manos, viendo en aquellos ojos inocentes cómo el hilo de la vida se rompía. Fue la única vez que desfalleció Helga y sus instructores estuvieron a punto de expulsarla a las colonias de subhumanos, al comprobar que era incapaz de cumplir la orden recibida.

Cuando todo estaba perdido para ella, el rector de la institución insinuó que había que darle un motivo suficiente para que valorase su vida frente a la de aquel inútil perro. Para ello, ordenó celda de aislamiento. Claro que no era lo peor la soledad de ésta, sino la oscuridad absoluta, la ausencia de vestido y calzado, el menú que consistía en un caldo ácido y pestilente una vez al día y dormir rodeada de sus propios excrementos.

Tal como aseguró el rector, a los siete días Helga pidió le llevaran al animalito y sin mediar palabra, le rompió el cuello con tal fiereza que, desde entonces, fue incluida en la lista de futuros oficiales de la Policía de La Tierra.

Desde aquel incidente, Helga no desobedeció orden alguna y siempre destacó por su integridad para cumplirlas por encima de sus sentimientos que, por supuesto, dejó de tener o al menos de mostrarlos y lo volvió a poner de manifiesto de la forma más contundente en la prueba final que debía superar para acceder a la élite del cuerpo.

Era el último día en la escuela y, uno a uno, los alumnos eran llamados por separado y los distintos miembros del profesorado les hacían entrega de su arma que les acreditaba como Policías de La Tierra, consistente en una afilada daga de doble filo.

Con ésta, le daban también la primera orden como miembro del cuerpo de élite: matar al alumno que desde su niñez había compartido habitación y amistad durante su estancia en la escuela. Era el acto final para comprobar el grado de lealtad y ausencia de escrúpulos, en el que la mitad de los alumnos acabarían con sus huesos en el crematorio.

Para Helga aquella vez no hubo dilema cuando, sin mostrar sorpresa, escuchó la orden. Tomó con fuerza aquella daga reluciente con el símbolo del cuerpo que le acogía, dio media vuelta y salió a la habitación contigua donde al momento la puerta que daba al despacho contiguo se abrió y apareció, Brenda, su compañera, amiga y confidente desde su nacimiento.

Juntas habían compartido habitación, penas y alegrías y les unía una amistad profunda. Incluso habían hecho planes para cuando salieran de aquellos muros y enfrentarse juntas a los retos venideros como Policías de La Tierra.

Helga vio cómo Brenda también llevaba la daga en su mano agarrada con fuerza y apuntando a su corazón. Pero también observó cómo el rostro de su mejor amiga era un río de lágrimas que sus ojos no daban abasto para contener.

Helga se mantuvo firme y, apretando con todas sus fuerzas aquella daga, saltó con felina rapidez y la hundió hasta el mango en el pecho de Brenda, mientras esta dejaba caer la suya al suelo, ya cubierto de la tibia sangre que manaba con fuerza llevándose cercenando su futuro. Helga, con sus ilusiones y

frialdad, sin que aflorara en su rostro cualquier señal de sentimiento, cerró los ojos de su amiga y la recostó en el suelo frío de la estancia, el cual resultó ser su última morada.

Sacó la daga de su pecho y limpió con cuidado la sangre con los pliegues de su traje. Escuchó el resorte de la puerta y supo que había llegado a la meta, la cual había cruzado victoriosa pisando la sangre de la única persona por la que sentía algo que no sabía qué era. Pero ahora aquello no le importaba cuando, sobre su pecho, el rector le impuso aquella placa reluciente del color del oro con la leyenda “Todo por La Tierra”.

Si esto hablaba de su carácter de hierro y frialdad, no menos daban una idea de su integridad en el servicio para la causa de La Tierra las dos acciones de combate que le supusieron la pérdida de miembros. Donde nadie le vio quejarse o derramar una sola lágrima. Era tal su dureza de espíritu y su arrojo que, ya conseguidos los galones de oficial, prefería ir al combate en primera línea sin mover un sólo músculo de su rostro cuando el enemigo cargaba en tropel.

Su nombre comenzó a ir de boca en boca, y su fama le precedía hasta que recibió por fin el nombramiento de comandante, en el que ahora volvía a brillar. Esa era Helga, llamada por ella misma Krupps, alguien a quien convenía tener al lado y nunca enfrente, alguien en quien se podía confiar aunque sin mediar órdenes de por medio porque las cumpliría sobre tu cadáver si fuera el caso. Para sus hombres, era una diosa de cabello rubio y cuerpo fibroso rayano en la perfección que parecía esculpido a cincel, de labios carnosos y ojos del color del topacio, pero antes era su líder y como tal la seguían y confiaban en su criterio.

-Camaradas, quiero una acción rápida y limpia. No admitiré titubeos y, de haberlos, quien los tenga recibirá igual medicina que esa plagacomenzó su arenga con rostro serio y haciendo gala de su pose más severa la comandante Krupps.

-La Ley de nuestro Régimen Planetario, que mil años dure, castiga con la aniquilación a quien ose desafiarla con la procreación incontrolada y con ello atacando a nuestra bendita madre, La Tierra, y para eso estamos aquí, camaradas, para ser sus protectores, arrancando de raíz el mal de su purulenta presencia. Todo por La Tierra

-Todo por la Tierra gritaron al unísono y con fuerza los miembros del equipo de combate, sintiendo que era un honor participar en aquella acción y cuya recompensa sería la admiración de su pueblo elegido, que les recibiría como guerreros de la paz y el bienestar, héroes a cuyo paso las muchachas arrojarían pétalos de rosas.

-Adelante, camaradas dijo de forma marcial la comandante alzando su poderoso brazo biónico, que fue correspondido por las voces enfervorizadas de los miembros a su mando gritando juntos *¡Exterminio!*

La silenciosa nave alcanzó el centro de la población y descendió hasta posarse. Armas en mano, fueron bajando y situándose en derredor de ésta todo el equipo de combate y fue la comandante la última en unirse al grupo, quien observó la quietud de las calles desiertas y, por experiencia, supo que el peligro acechaba disfrazado de silencio.

-Precaución, camaradas les advirtió a sus hombres a través del intercomunicador del casco que protegía su cabeza.

Sin embargo, no logró terminar la frase cuando de las casas más cercanas comenzaron a salir cientos de personas hasta convertirse en una barahúnda de seres de aspecto enfermizo, donde tullidos, mujeres y niños descalzos y con ojos llorosos. se mezclaban ancianos,

mocosos, churretosos,

La comandante y su grupo de combate pudieron contemplar aquella escena acercaban lenta pero sin patética, mientras se

pausa hasta donde se encontraban con caras que suplicaban clemencia ante algo que adivinaban era su terrible destino.

De pronto, uno de los ancianos, apoyado sobre una suerte de muletas fabricadas de manera torpe y que le daba un aspecto grotesco, se adelantó con valentía mientras los demás quedaban parados. El anciano también lo hizo cuando estaba a escasos metros de la línea del grupo de combate, mientras el puntero láser de la comandante se le podía ver en plena frente. Apenas balbuceaba para decir estas palabras en tono de súplica.

-Señora, disculpad mi atrevimiento y permitid os hable con el corazón abierto. Miradnos, observad en el estado en el que nos encontramos, comprobad que somos inocentes de cualquier culpa, sólo vivimos, señora, sólo intentamos cada día ganar otro día. No delinquimos a conciencia, sólo hemos actuado con humanidad al acoger a otras humildes gentes que tienen en común la pobreza, el abandono de todos, vagando de un lado a otro sin tener un techo y algo de alimento. Os suplico, señora, tengáis piedad de nosotros, de estos pequeños sin culpa, de sus

madres que dan la vida cada día por ellos, de los ancianos que sólo pedimos conservar la vida para acompañar a nuestros hijos y nietos y ayudarles en la dura existencia que padecemos, enseñándoles y corrigiéndoles, incluso en la observancia de la Ley, que no hemos quebrantado, señora, sino tal vez mal interpretado. Piense que no somos animales sin conciencia, y ésta nos ha obligado a no traicionar el deber de ser solidarios con nuestros semejantes, con repartir lo poco que teníamos. Os suplico, señora, comprendáis nuestros argumentos y os solicito el perdón apelando a vuestra magnanimidad y...

Aquellas fueron las últimas palabras en este mundo de aquel osado anciano, cuya cabeza explotó en mil pedazos cuando la bala explosiva disparada por el arma de la comandante Krupps la traspasó y -en su posterior recorrido- tuvo tiempo y potencia para hacer añicos dos cabezas más, cuyos sesos quedaron pegados a los harapos de aquellas gentes.

Tras esta súbita acción, una sonora estampida hizo retumbar la tierra mientras los gritos se mezclaban con los llantos de los niños aterrorizados llevados en volandas por sus madres mientras tropezaban y caían unas encima de otras, arrastrándose con desesperación, asiendo a sus bebés, arañando el suelo con tal de salir de aquella amalgama de cuerpos que luchaban por burlar la lluvia de proyectiles ardientes que cercenaban brazos, piernas, cabezas, o hacían estallar los cuerpos en mil pedazos; que se esparcían en una mezcla sanguinolenta y pegajosa.

El grupo de combate, con la comandante en cabeza, avanzó sin misericordia aniquilando con eficacia a todas aquellas gentes que se refugiaban inocentes en una suerte de chozas malolientes, ennegrecidas con el humo de perennes fuegos donde cocinaban lo poco que tenían, y allí mismo eran desmembradas por las balas implacables de los agentes de la Policía de La Tierra, donde sus armas iban anotando las piezas abatidas y un sonido metálico era emitido cada vez que se alcanzaba un objetivo.

Todos los miembros quedaron absortos ante la eficacia de la propia comandante, cuya puntería era la más precisa y su contador ascendía de diez en diez a cada segundo que pasaba, y el sonido de las piezas abatidas era recibido con algarabía por el grupo en pleno, cuando de vez en cuando se oían desaforados gritos de *¡Exterminio! ¡Exterminio!*

Aquello era adrenalina pura para todos ellos, que ascendía por sus venas y les proporcionaba un plus en sus capacidades ya excelentes para el combate. Aquella sensación tonificante se acercaba al efecto de las drogas que consumían en sus ratos libres, dotándoles de una concentración intensiva en aquella misión de limpieza.

La comandante Krupps, mientras apretaba con fruición el gatillo de su arma y abatía de tres en tres las piezas, hablaba por el intercomunicador con sus hombres.

-Camaradas, permaneced alerta y manteneos a la vista unos de otros. Estas razas subhumanas se caracterizan tanto por su cobardía como por su astucia. Fijaos, si no, en cómo han abandonado a su suerte a los más desvalidos. Puedo aseguraros que algo siniestro esconde esta maniobra

Helga Krupps hablaba con conocimiento de causa si se tenía en cuenta que su juventud en la Policía de La Tierra había estado jalonada de acciones de combate de alto riesgo, hasta tal punto de que tenía sendos recuerdos en su cuerpo reconstruido por los cirujanos y, sobre todo, en sus

miembros biónicos. Emboscadas de grupúsculos de terroristas de razas inmundas habían sido los causantes y siempre permanecía ojo avizor ante cualquier detalle que les delatara en sus sucias tretas.

Pareció relajarse de avanzando junto a todas formas, mientras seguía su grupo de hombres que, continuaba con su trabajo de exterminio arrasando la población. Se sintió de verdad en forma cuando encontró un grupo de madres con sus hijos en brazos, observándola con gesto de terror y no tuvo reparos en descerrar una ráfaga de que hizo añicos aquellos cuerpos a los que literalmente odiaba, en especial a los de los niños que quedaron desmembrados y su sangre salpicada en la pared de aquel lugar. Helga se miró las botas y comprobó cómo estaban teñidas de rojo. Una mueca de satisfacción se dibujó en su rostro, aunque fue sólo por un instante al escuchar por el intercomunicador una fuerte explosión que le puso en alerta.

-Comandante, aquí control de la misión. Se ha producido un ataque al este de su posición.

Posibles bajas

-Recibido, control. Me dirijo con mi grupo hacia allí. Inicien cobertura aérea

Helga Krupps comprendió que sus sospechas eran fundadas y de nuevo se enfrentaba a un desafío de esa suerte de parias jugando a la guerra. Era el momento de darles su merecido y fantaseó con la nueva acción de castigo, mientras corría en ayuda de sus compañeros en apuros.

Al llegar a donde se había producido el ataque, pudo observar cómo dos camaradas habían quedado reducidos a cenizas tras caer en una de las trampas que habían colocado ante una de las chozas. Helga hizo ademán de ordenar retirar lo que quedaba de los cuerpos cuando una flecha le penetró por el hombro derecho. Sus hombres quedaron petrificados y, antes de que pudieran socorrerla, ella misma tomó con fuerza la punta que sobresalía y tiró hasta sacarla en su totalidad sin mover un músculo de su rostro.

No hubo tiempo para más, puesto que aquella flecha era sólo el anticipo de lo que sucedió a continuación y que no era otra cosa que una lluvia de aquéllas, en una acometida de centenares de individuos que portaban armas primitivas pero punzantes y que habían surgido de la espesura población.

del bosque que circundaba aquella

Con las armas listas vieron cómo se acercaba

vociferante aquella jauría que se encontraba ya a escasos metros. No dudaron en apretar los gatillos para que miles de proyectiles hicieran trizas aquellos cuerpos, aunque no la furia de los que iban tomando el sitio de los caídos. Por un momento, los proyectiles fueron insuficientes para repeler aquel furioso ataque y la comandante Krupps ordenó a la nave realizara fuego de cobertura para replegarse.

Mientras el grupo de combate formaba dos hileras, una arrodillada y otra en pie disparando sin cesar sobre las oleadas de individuos dispuestos a morir en el ataque, la nave apareció sobre sus cabezas y una lengua de fuego abrasó a todo aquel ejército improvisado de desharrapados que quedó hecho una amalgama chamuscada de cuerpos calcinados.

-A punto, control de misión y bravo por la intervención, felicidades camaradas Gritó Helga por el intercomunicador, mientras a sus espaldas los miembros del equipo de combate también lo hacían con su estandarte para la batalla *¡Exterminio! ¡Exterminio!*

Mientras se producían estos acontecimientos no cayeron en la cuenta de que, en el centro de aquella turbamulta calcinada, alguien se movía y balbuceaba algo ininteligible. Uno de los miembros del equipo se volvió y al verlo advirtió a la comandante. Helga no tardó en acercarse con la precaución necesaria y observó cómo aquel individuo de fuerte complexión lograba arrodillarse primero y después erguirse, dejando ver las heridas de dos proyectiles en su costado y el torso en carne viva, del que salía aún ese hedor de la carne quemada.

Aquel individuo sacó fuerzas de flaqueza y alzó su mano, en la que aún conservaba un rústico hacha y lo lanzó contra la comandante, quien detuvo con su brazo aquel vano intento de herirle y, mirándose fijo a los ojos, utilizando su brazo biónico le agarró por el cuello y lo apretó tal si fuera de mantequilla, hasta que los miembros del equipo de combate se estremecieron escuchando como crujía, a la vez que el desgraciado combatiente primitivo caía exangüe de nuevo a la pira en que habían convertido aquella población.

Todo el grupo de combate, al ver la acción de su comandante, alzó las armas y, al unísono, la aclamaron gritando de nuevo *¡Exterminio! ¡Exterminio!* Y una feliz Helga Krupps alzaba aquel brazo y justifico y lo exhibía como prueba del poder de su firmeza y convencimiento en el trabajo que hacía en pro de la bendita Tierra, liberándola de aquellos inmundos parásitos que la poblaban. *¡Exterminio!* Gritó también ella desahogada, mientras la adrenalina le subía por las venas y salía por sus órbitas, pidiéndole más sangre y fuego.

La nave tomó tierra y la comandante ordenó el regreso del grupo de combate a éste para abandonar aquella población, ya borrada del mapa. En silencio, tal como llegó, la nave ascendió vertiginosa para desaparecer de repente rumbo al cuartel occidental de la Policía de La Tierra. En el propio vuelo, la comandante realizó una llamada al oficial al mando del destacamento, que aparecía en su despacho en la proyección holográfica que inundó la cabina de la nave.

-Camarada, la misión ha sido finiquitada con éxito y todos los objetivos cubiertos. Sin embargo he de informarle de algunos incidentes ocurridos en su desarrollo Pronunció con tono marcial y gesto serio Helga Krupps.

-Aguardo su informe completo, comandante, aunque nuestra telemetría nos advierte que ha tenido éxito en la acción de castigo de esa población

Helga, impaciente y sin querer interrumpirle, aguardó que concluyesen las palabras de su superior, que ofrecía un rostro relajado y en apariencia amable; y precisamente eso le inquietaba.

-Camarada, en el transcurso de esta acción de combate para corregir el exceso de población, tras la constatación por la patrulla local de la transgresión de la Ley sobre control demográfico y natalidad, se han producido en mi unidad dos bajas. Dos valientes agentes de nuestra gloriosa Policía de La Tierra, a pesar de tomar todas las medidas de seguridad previstas en nuestros reglamentos. Una sucia y cobarde trampa incendiaria de los habitantes del poblado ha provocado su desaparición. Ante este ataque, y conforme a las directrices que marcan igualmente las normas de nuestro cuerpo, he ordenado una aniquilación total de la población sin someterla a su criterio motivado porque nos encontrábamos en una delicada

situación y rodeados por seres llevados por su instinto animal. Como consecuencia de mi decisión, no ha quedado ningún superviviente entre sus habitantes. Espero sus instrucciones, y en su caso, acataré cualquier decisión que tenga a bien tomar si estima me he arrogado funciones que no me correspondían en la resolución de esta misión

La comandante bajó la mirada y esperó nerviosa el veredicto de su superior, quien había asistido en silencio al relato fidedigno de lo acontecido en aquel paraje aislado y ahora librado de la escoria de aquella gente inmunda.

-Camarada Krupps, no me esperaba verla amilanada como está ahora. Por favor, querida amiga, levante esa mirada y relájese. Ha hecho su trabajo con eficacia y dos bajas en un sitio tan hostil no es una deshonra. Por otra parte, tengo que felicitarla por su correcta interpretación de la Ley y esa orden taxativa de exterminio absoluto sin vacilar un instante, estimando innecesaria que elevases a mi autoridad la decisión

La comandante alzó la mirada y -con una sonrisa en los labios- se apresuró a responder a su superior

-Gracias, camarada, me honra servir a sus órdenes y tanto mi equipo como yo mismo aguardamos ansiosos la próxima misión, ofreciendo nuestra vida por La Tierra y nuestro sagrado Régimen Planetario, que mil años dure

-Que mil años dure, camarada le respondió no sin cierta ironía su superior. -Precisamente quería advertirle de que, tal como deseaba, hay una nueva misión para usted

Krupps sintió la emoción tras escuchar aquellas palabras que le hizo perder cierta compostura y comportarse como niño con zapatos nuevos; lo que se reflejó en su forma de dirigirse a su superior.

-Estoy ansiosa por iniciarla, camarada, ¿De qué se trata?

-Pues en esta ocasión no sabría decirle, ya que es el alto mando el que la reclama. Su misión debe considerarla de máximo secreto y se le ordena presentarse en la capital de nuestro Régimen en el plazo de veinticuatro horas al delegado del Consejo, Erik Fleetwood

-Entendido, camaradasoltó Helga Krupps con una comezón en el estómago del nerviosismo que aquella noticia le había causado.

-Muy bien, Helga, su fama parece que ha viajado por toda la nación y ahora son los altos jefes los que quieren contar con sus servicios. Le deseo mucha suerte y espero poder verla a su vuelta

-Gracias, camarada, intentaré dejar el pabellón de nuestro destacamento en todo lo alto
Respondió Helga, sabedora de que aquellas palabras de su superior escondían en su interior alguna carga de profundidad y cierto resquemor bien disimulado. Aunque es verdad que ella también usaba aquella táctica con la misma pericia; y eso es algo que le provocó una sonrisa imperceptible para los miembros de su equipo de combate, quienes volvieron a vitorearla alzando sus armas y gritando ¡Exterminio!

¡Exterminio!

CAPÍTULO III

Erik Fleetwood permanecía de pie observando la ciudad desde el ventanal de su despacho, en la septuagésima planta de aquel mastodóntico edificio que era el símbolo del glorioso Régimen Planetario, que mil años dure.

Rubicundo y de dos metros de altura, frisaba los cuarenta años aunque no aparentaba más de veinte, con un cuerpo atlético y exento de cualquier tipo de grasa y todo gracias a los tratamientos a los que se sometía gustoso cada semana. Tenía planificada ya una sesión de reposición de órganos y, aunque le incomodaba, era algo que era necesario se sometiera para armonizar sus vísceras a la edad que su piel y músculos delataban.

Precisamente gracias a su iniciativa, el programa de pastoreo de razas inferiores, una vez seleccionados los especímenes con mejores rangos genéticos y salud contrastada, conseguido con cruces e hibridaciones durante años, había permitido contar con un banco ilimitado de órganos y sangre purificada de la mejor calidad para reposiciones.

Recordaba que aquel impulso de la tecnología al servicio de la eterna juventud de su raza elegida, le había supuesto política, el primer escalón de su fructífera carrera

cuando sólo era ayudante de uno de los próceres de la patria y le servía poco más que para conseguirle mujeres y cócteles de afrodisíacos con los que gozar de ellas.

Una sonrisa cruzó su rostro cuando hacía balance de aquel tiempo; por otra parte divertido hasta cierto punto y humillante en ocasiones, aunque sin llegar a ese límite que le hubiera hecho reaccionar con toda seguridad. Sin embargo, con sus luces y sus sombras -a veces siniestraslogró hacerse un nombre en la élite y conseguir lazos con los jerarcas que, poco a poco, vieron en él un futuro compañero para el gobierno.

Tanto es así que fueron ellos iniciativa cuando le llamaron quienes tomaron la

a capítulo sin el conocimiento de su mentor, que permanecía distraído con sus debilidades carnales obsesivas, para proponerle un sutil intercambio.

No cabe duda de que aquellos gerifaltes, camaradas en el gobierno de su protector y jefe, querían ajustar cuentas con él por sus veleidades y connivencias con sectores que proponían una relajación en la tradicional mano dura con las razas subhumanas y que, a la postre, selló su destino. Tanto era así que aquella propuesta no contaba con matices intermedios; era sólo una palabra para hacerla realidad: asesinato.

Erik recordaba, mientras observaba a lo lejos el paso de naves rastreadoras cruzando los suburbios de la ciudad en busca de elementos subhumanos, de qué forma recibió aquella propuesta que llevaba para su futuro un envés halagüeño. La verdad es que no confiaba mucho en aquella gente, por lo demás tan viciosos y corruptos como su mentor, pero la oportunidad que había estado

esperando se apresuraba en forma de ofrecimiento siniestro, aunque debía reconocer que fácil de ejecutar.

La confianza depositada en él por su mentor y protector, quien le trataba con instinto paternal, era absoluta hasta el punto de que se fiaba más en su lealtad que la que podía dar el equipo de guardaespaldas, formado por tres fornidos ex Policías de La Tierra, que tenía asignados como miembro de la jerarquía del Régimen.

Erik hizo memoria de aquellos instantes, cuando la propuesta ya esperaba una respuesta de los hombres dispuestos a la aniquilación de su mentor, y se jactó de sus dotes para negociar cuando les dio un sí condicionado a una serie de prebendas, a las que creía tenía derecho si cumplía la desagradable tarea de quitarle la vida.

Erik, que ya tenía en su mano un futuro cerca del poder, se aseguró con aquella jugada que el Consejo le permitiera formar parte de su órgano asesor, y con el rango de primer secretario. Fue una jugada maestra, máxime cuando conocía los entresijos del poder y aquel cargo, aunque no remunerado en exceso, concedía a quien lo ostentase la mayor probabilidad para acceder a un sillón del propio Consejo.

Y esa era su ambición; su meta que -con el tiempo- cruzó para llegar a aquellos momentos en los que estaba a un paso de la cúspide de su meteórica carrera, que se inició al día siguiente de su visita a aquellos próceres de la patria y con frialdad facilitándole a su mentor dos cápsulas que, en apariencia, constituían aquel cóctel vigorizante para satisfacer sus ansias de sexo diario, y que en realidad contenían una mezcla letal que a los pocos minutos, cuando disfrutaba de una de sus mujeres, su corazón explotara en mil pedazos.

Ya era historia y la de Erik se iniciaba con buenos augurios que le conducirían hacia aquel momento de plenitud, cuando el poder era suyo y, de momento, compartido con los propios hombres que tan a punto le propusieron aquello tan poco higiénico como es matar; aunque bien es verdad que provechoso para sus intereses.

Si bien aquella jugada que le abrió las puertas del Consejo había sido maestra, no menos lo era la que acababa de protagonizar con el cobarde de Franz Jonás, un individuo de conducta deleznable y que había tenido el fin que se merece gente como él; aunque Erik pensaba que una forma más violenta de acabar con él hubiera sido lo justo, pero se daba por satisfecho tan sólo con su desaparición y se regodeó de haberle visto allí tirado en el suelo, como un cochino despanzurrado a punto de que el carnicero le hendiera el afilado cuchillo en la garganta y drenar aquella sangre ardiente con lentitud.

Erik hizo memoria de cómo había urdido aquella jugada que desembocó en el envenenamiento de Jonas. Tuvo que reconocer que pudo haberlo hecho antes, pero esto hubiera levantado más sospechas que si ocurriera en la propia sala, como así fue y nadie promovió indagaciones. De tal forma que acordó con uno de los servidores del Consejo que le administrara en la bebida el tóxico que él mismo le facilitó antes de iniciarse la sesión.

Le advirtió que, si Jonas abjuraba de sus intenciones de oponerse a su propuesta para la solución final, él mismo tomaría aquella copa envenenada y la tiraría al suelo. Sin embargo, el envenenamiento del veterano consejero en su posición contraria desencadenó su destino con un

cóctel letal en su estómago que le corroyó todas sus entrañas y paró su corazón en seco.

Erick pensó que tarde o temprano tendría que haberlo liquidado y qué mejor momento que aquél, a la vista de todos, y para que de paso tomaran éstos nota de su resolución y que cualquier enfrentamiento con él sería su sentencia de muerte.

Pero Erik odiaba los cabos sueltos y aquel servidor del Consejo, a la sazón su mano ejecutora de Franz Jonas, era uno de ellos y no pudo dejar que en un futuro pudiera obstaculizar sus planes delatando la connivencia para su frío asesinato.

Mientras observaba el destello de las naves en la lejanía cómo freían a subhumanos rebeldes en los suburbios, Erik recordó cómo se había librado del servidor en otra hábil y sibilina jugada al conocer, por confidencias de sus propios compañeros, la debilidad que tenía con las hembras subhumanas que ofrecían su mercancía en los arrabales más putrefactos de la ciudad.

Sabía que la pequeña fortuna que le había dado en pago por su leal servicio, no tardaría en tirarla en aquel vicio inmundo, y tan sólo una llamada anónima a la Policía de La Tierra hizo que fuera localizado de inmediato y se le aplicara el castigo previsto, que no era otro que la aniquilación, que le fue administrada sin opción a una simple palabra en descargo. Sólo quedó de él, y la hembra a la que penetraba en aquel aciago momento, unos trozos calcinados y humeantes. Erick salió de su ensimismamiento al oír la voz aterciopelada de su secretaria, anunciándole la petición de audiencia del General Jefe de la Policía de La Tierra. Abandonó su pose en el ventanal, se alisó el pelo con cuidado y, volviéndose, se sentó en el sillón para después responder con un frío *“Hágale pasar”*.

Al momento escuchó un ligero zumbido y la puerta que daba acceso a su despacho se deslizó con suavidad, dejando acceder a este al General Vorwerk, el cual pasaba por ser el máximo mandatario del cuerpo de élite que velaba por la seguridad de la raza elegida y su sagrado planeta, La Tierra.

Su poder contrastaba con su estatura, que no pasaba del metro ochenta, y que a Erick siempre le pareció ridícula si sumaba aquella barba incipiente que hacía pensar en su virilidad. Sin embargo, su porte era marcial y su gesto adusto y frío como el hielo.

-¡Todo por La Tierra, camarada! dijo Vorwerk con fuerza y levantando vigoroso el brazo derecho en ángulo recto hasta su cabeza.

-¡Todo por La Tierra, camarada! le respondió Erick en tono más relajado pero imitando al levantarse el gesto del general con su brazo.

-Bienvenido Vorwerk, es un placer recibirle. Pero, siéntese tenga la bondad Le rogó Erick, con estudiada amabilidad.

-Gracias, camarada Fleetwood. El placer es mío y un honor servirle. Pero, dígame qué se le ofrece y en qué pueda ponerme a su disposición Le respondió el General ya sentado, aunque manteniendo esa pose marcial que no abandonaba un instante.

-Bien, camarada. No se me escapa su dilatada carrera al frente de nuestro glorioso cuerpo y

sus victorias alabadas por toda nuestra raza. Pero por lo que hoy le recibo -permítame confesarle que es sin duda por su probada lealtad inquebrantable

-Me honran sus palabras, camarada, y no sabría cómo corresponder a esos halagos nada más que poniendo mi vida a su servicio Respondió Vorwerk emocionado.

-Bien, Vorwerk, no espero que lleguemos a tanto. Pero sí tengo que desvelarle que necesito de su discreción, en un asunto que el Consejo ha delegado su dirección en mí para llevarlo a buen puerto

-Ardo en deseos de conocerlo, guardarlo con mi propia vida y ejecutar sus órdenes por encima de cualquier cosa respondió Vorwerk, dando aún más aire marcial a sus palabras y cuadrando su figura incluso estando sentado.

-Agradezco su sincera muestra de lealtad y por ello, y por la confianza que tengo en su criterio, voy a darle conocimiento de la decisión tomada por el Consejo, siguiendo mi propuesta de exterminar de una vez por todas a las razas inferiores que infestan nuestra bendita Tierra. De esta forma, aplicaremos una solución final que borrará cualquier vestigio de estos subhumanos impidiendo así su procreación. Se acabaron las medias tintas llevando a cabo controles demográficos o con medidas de represión de la natalidad. Es el único camino a seguir para impedir que, tarde o temprano, esta pestilente ralea contamine nuestra gloriosa raza

Vorwerk asistió con una mueca de incredulidad a lo que oía y no tardó en asietear a preguntas a Fleetwood *-Pero, camarada, cómo aniquilaremos a millones de individuos sin hacer daño a nuestros propios compatriotas, y cómo justificaremos esa matanza ante éstos*

-Tranquilo, Vorwerk- le replicó Fleetwood seguro de sí mismo *-para ambas cuestiones hay solución y esta pasa por un elemento tóxico que nuestros científicos han desarrollado y probado con éxito a la vez que su antídoto. Llegado el momento, bastará administrar éste a todos los de nuestra raza y liberar la ponzoña y, de esta forma, acabar con este problema que durante generaciones ha sido la losa que nos impide alcanzar las metas que como raza elegida debemos cruzar. En cuanto a su segunda duda, ni que decir tiene que su papel como responsable del aparato represor será clave. Para conseguir nuestros objetivos, es imprescindible crear un ambiente no ya hostil sino bélico contra esas razas putrefactas y sus costumbres malsanas que están penetrando de forma lenta y paulatina a nuestro pueblo y, en especial, a los jóvenes. Debemos incendiar las calles, prender la mecha del odio de nuestro pueblo, hurgar en sus instintos más bajos, darles un motivo para que esa chispa se convierta en poco tiempo en el incendio purificador que ansiamos*

El militar no cambió de expresión ante aquellas palabras y, antes de que pudiera hacer más preguntas, Fleetwood le silenció con más palabras sobre su plan maestro.

-Por eso, Vorwerk, necesito de su colaboración entusiasta, como me acaba de confesar, con la causa que abandero. Por supuesto, no le negaré que tendrá que renunciar a ciertos principios, pero todo será por la consecución de este definitivo plan de limpieza étnica que ponga fin a milenios de relación contra natura con estas gentes desalmadas, que no merecen respirar el aire limpio de nuestra bendita Tierra que, una vez completemos la solución final, quedará liberada por siempre de este cáncer que la zahiere cada amanecer

Vorwerk, con expresión turbada, casi no quiso preguntar a qué se refería con la renuncia de principios pero no tuvo más remedio que hacerlo.

-Camarada, camaradale tranquilizó Fleetwood contemporizador y bajando el tono de voz pero qué son los principios sino para abjurar de ellos cuando el futuro de nuestra raza, de nuestro futuro como pueblo elegido, está en juego, cuando la amenaza que se cierne sobre nosotros es tan poderosa, cuando los días corren y las opciones de vencer a esta gentuza cada vez son menores, cuando vemos que se infiltran en nuestra sociedad, cuando imponen sus sucias costumbres, cuando vemos cómo procrean sin control, cuando desobedecen las normas, cuando se ríen de nuestras leyes, cuando no acatan las mínimas normas de higiene, cuando sus pedigüeñas crías infestan nuestras calles. Sí, Vorwerk, no hay principios y sí derechos para obviarlos. Y eso es precisamente lo que quiero de usted, camarada Concluyó Fleetwood, ahora elevando el tono y mostrando su faceta más enérgica.

-Pero cualquier acto ilegítimo iría contra el espíritu... respondió el General, con voz un tanto temblorosa.

-Déjese de espíritus y zarandajas, Vorwerk le gritó enojado Fleetwood, ya fuera de sí al ver que la marcialidad de su interlocutor quedaba en agua de borrajas.

-Le repito que no hay principios y cualquier acto está legitimado por el fin y éste no es otro que el exterminio absoluto de estas razas abominables Siguió diciendo Fleetwood, esta vez bajando el tono de voz y buscando de nuevo la complicidad del atribulado militar.

-Mi querido amigo Vorwerk, necesito de su ayuda para llevar adelante este plan que propiciará el caldo de cultivo necesario para, llegado el momento, justificar la solución final. Por lo tanto, le propongo sacrificar, en pro de la causa, algunos peones de su cuerpo de élite

Con la sangre huida de su rostro, Vorwerk preguntó algo titubeante *-¿A qué se refiere con peones?*

-Bastará con un par de agentes de la Policía de La Tierrareplicó taxativo Fleetwood cuyo atroz y execrable asesinato atribuiremos a uno de los grupúsculos terroristas que actúan en la periferia de la ciudad. Una vez enterados nuestros compatriotas y convenientemente jaleados por nuestro servicio de inteligencia, algunos de cuyos elementos infiltraremos, provocaremos la ira que se extenderá como la pólvora hasta conseguir que aflore de nuevo ese odio ancestral a esos seres taimados, de rasgos primitivos, piel sucia y costumbres más propias de animales. Sí, Vorwerk, ésta acción será la antesala de la solución final, a la que todos nuestros camaradas bendecirán como rigurosa respuesta a la vesania de los subhumanos.

-Pero, camarada... Vorwerk pareció aún más titubeante esta vez.

-No esperaba de usted esta reacción, camarada, puesto que jamás le he considerado un paniaguado y sí un hombre íntegro y comprometido con nuestra inmortal raza... Le soltó Fleetwood con rostro severo.

-Camarada, disculpe mi reticencia, pero lo que me pide va en contra... Esta vez Vorwerk añadió una pose de firmeza y gesto severo.

-Vorwerk, me defrauda usted. Veo que tal vez no sea la persona indicada para acompañarme en esta misión histórica para nuestra raza elegida Fleetwood le respondió con mirada despreciativa.

-Señor, no podría ordenar el frío asesinato de compatriotas...casi suplicó el General.

-Vorwerk, veo que no ha entendido nada de lo que le he revelado. No ha sabido captar la esencia ni la transcendencia de lo que vamos a poner en marcha, camarada. Pero, en fin, si es esa su última y definitiva decisión, tal vez sea conveniente dejar aquí esta entrevista que, por momentos, me resulta desagradable

-Camarada, entienda que... dijo el General ya a la defensiva.

-Está bien, está bien Vorwerk, no se esfuerce. Le agradezco su visita y ahora déjeme, por favor Le respondió Fleetwood señalándole la salida del despacho.

Vorwerk, sin perder su porte marcial y levantando la cabeza de forma altiva, se dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta cuando observó que los ventanales del despacho se volvían opacos y la luz de la estancia desapareció. A la vez que esto ocurría, escuchó a sus espaldas un rumor de voces que cada vez se hacían más perceptibles. Se volvió y comprobó como el proyector holográfico -del que disponía la mesa de Fleetwoodpropiciaba que sobre ella contemplara una escena que, por momentos, le heló la sangre.

Con tristeza mezclada con asistió ya impávido cómo Escuadras de la Pureza de el temor más profundo

dos miembros de las Sangre, por otra parte siniestro cuerpo de la inteligencia del Régimen, con sus uniformes de color negro mate, cubiertos sus rostros y con aviesas intenciones, realizaban un interrogatorio a una anciana, a la que despojaron de sus ropas y dejaron desnuda sin sentirse consternados por su llanto desconsolado. Mientras una de ellos la sujetaba manteniéndole ambas manos a la espalda, el otro le propinaba repetidos golpes en el estómago hasta conseguir que de su boca manara un violento vómito sanguinolento.

-Tal vez necesites otra ración de reconstituyentes para tu memoriale gritaba el que la tenía maniatada, al mismo tiempo que el otro ahora le pateaba el vientre repetidas veces y, esta vez, la sangre chorreaba por entre sus muslos hasta alcanzar rauda el suelo.

-¿Aún no recuerdas quién te pagó para que falsificaras su pureza de sangre? Es inútil que te resistas, vieja, te despellejaremos lentamente hasta que nos digas quien fue Volvió a gritarle aquel individuo que le apresaba ambas manos y que con su fuerza le había partido varios dedos y el dolor indescriptible le impedía pensar con claridad. Mientras, el otro se empleaba a fondo seccionándole un pezón con el afilado estilete que portaba.

-Vorwerk, Vorwerk liberada por sus gritaba aquella anciana que fue

dos captores y caía de forma estrepitosa al suelo, donde quedó en posición fetal llorando desconsolada, mientras las risas de sus torturadores acallaban los lamentos.

La proyección cesó de repente y con ella la luz volvió a la estancia, donde las ventanas dejaron su

opacidad para ofrecer de nuevo aquellas impresionantes vistas de la ciudad, ahora con el sol en todo lo alto.

Vorwerk comprendió que había llegado el fin. Sus temores más recurrentes se habían hecho realidad y su secreto mejor guardado había quedado al descubierto. No acertaba a comprender cómo había podido suceder, si por una traidora delación, por la casualidad o el buen hacer de aquellos dos esbirros de Fleetwood, quienes hurgaban ansiosos hasta poner en evidencia a todos cuantos no cumplieran las exigencias de la pureza de sangre de la raza elegida y eterna.

Vorwerk había escapado de aquella sospecha por dos motivos aspecto, esenciales: el primero que no distaba en relacionado con su

nada del más puro espécimen, tan fuerte y de piel blanca hasta la extenuación. Y el segundo, y tal vez más concluyente, aquel documento que conservaba como un tesoro y que certificaba su ascendencia limpia de trazas de sangre de razas inferiores.

Durante un instante, también recordó cómo se las agenció para convencer con un buen fajo de billetes a la anciana que hacía un momento había visto torturar y confesar su apellido, entonces una mujer joven y miembro de la oficina central de la Pureza de Sangre. Bastó aquella fortuna, ahorrada durante años de duro esfuerzo, para obtener el salvoconducto que le abrió las puertas de la élite del Régimen y de ahí a la cúpula de la Policía de la Tierra.

Vorwerk volvió a la realidad y comprendió que estaba todo perdido y no sólo su puesto como máximo exponente de uno de los pilares del Régimen, sino que también su vida podía darla por finiquitada, máxime cuando tenía al más severo guardián a unos pocos metros y con pruebas de su engaño.

Sus piernas flaquearon por momentos visualizando lo que le esperaba, sabiendo cómo era el final reservado para los reos de traición al Régimen; porque ese era su delito, un engaño flagrante castigado con una muerte lenta y, sobre todo, dolorosa.

Con las imágenes que su mente fantaseaba, balbuceó con voz atiplada algunas palabras ininteligibles, presa del espanto que le hacía sudar por todos los poros de su cuerpo, convirtiendo su uniforme en un grotesco trozo de tela púrpura ribeteado de manchas oscuras oliendo a miedo.

-Vamos, vamos, Vorwerk, cálmese y vuelva a tomar asiento le soltó Fleetwood haciendo gala de su rasgo más sobresaliente, como era esa capacidad de pasar de la ira a la bondad, del desprecio y la violencia, a la humildad y la adulación. Era un ser bipolar en esencia, dicotómico y complejo, que unía su capacidad e inteligencia en un cóctel siniestro para sus enemigos. Aunque Vorwerk no lo era ya, una vez encontrado su punto débil; ese que todos tenían y Fleetwood tarde o temprano hallaba.

-Camarada, puedo explicarlo... dijo Vorwerk mientras las gotas de sudor cubrían su rostro blanco de espanto.

-Pero bueno, amigo Vorwerk, déjese de justificaciones peregrinas que sólo harían empeorar algo que por mi parte ya está olvidado. Y ahora sigamos con nuestro plan, al que de nuevo le doy la bienvenida. ¿O no, querido amigo? replicó Fleetwood con una sonrisa de hiena.

-Claro, camarada, creo que no medité hace un momento las consecuencias tan extraordinarias

para el futuro de nuestro Régimen, que mil años dure, la erradicación absoluta de esos seres que son nuestra pesadilla y la de nuestras tropas Respondió un patético Vorwerk, esta vez con sus manos bañadas en sudor ardiente.

-No esperaba menos de usted, camarada, y ahora ya vuelto al redil, prepararemos la estrategia en la que contaremos con elementos de mi total confianza para el éxito de esta acción, que abrirá la puerta de la solución final y llevará hacia la eternidad a nuestro glorioso Régimen, que mil años dure

-Que mil años dure, camarada respondió Vorwerk mientras aún tembloroso se levantaba y hacía el saludo con su brazo.

Fleetwood le observó ladino con una sonrisa que escondía oscuros deseos, ahora contenidos por la conveniencia de contarle entre sus adeptos, pero que se desatarían en cuanto tuviera la oportunidad de aplastarle como una cucaracha. Y es que para aquel oficial de la Policía de la Tierra su sangre impura le auguraba un futuro incierto.

Vorwerk también leyó en su mirada aquellos pensamientos y comprendió que sus horas estaban contadas, y que concluirían en el momento en el que la operación ideada por Fleetwood se completase con éxito y ya no tuviera excusa para darle su merecido. Su sangre era impura y jamás se lo perdonaría.

CAPÍTULO IV

La nave apenas hizo ruido, salvo el ulular el aire entrando y saliendo de los orificios que la circundaban en derredor de su estructura bronceada, al tocar suave la plataforma sobre el ático del edificio de la terminal aeroportuaria. Al dejarla, la comandante Helga Krupps contempló con cierta sorpresa el gigantismo de aquella superestructura multicéfala que confluía en otro gigantesco edificio de forma triangular que constituía la base, seiscientos metros más abajo.

También le causó gran impresión la vista desde aquella altitud y se congratuló de que el acceso a los mastodónticos ascensores se hiciera a través de una protectora cúpula cristalina que evitaba el vendaval que se percibía se enseñoreaba en el exterior; que tanto era así porque cualquier persona expuesta a su fuerza acabaría siendo llevado en volandas y su final, más de medio kilómetro más abajo, destripado sobre el asfalto.

El ascensor no tardó más de treinta segundos en llegar al hall y Krupps sintió por primera vez aquella sensación de ahogo, motivada por su falta de costumbre de transitar junto a una colosal marea humana que iba de aquí para allá, a un ritmo frenético del que le dieron.

Su bucólico retiro lejos de la gran urbe, su forma básica de vida en torno al trabajo, su ausencia de contacto con gente, provocaron una sensación que le llevó a imaginarse subiendo al ascensor y comprando un billete de vuelta. Sin embargo, poco a poco fue acostumbrándose al brío de la vida urbana y sus incomodidades y se centró en encontrar el tren de alta velocidad que debía tomar para alcanzar el centro de la ciudad y el hotel donde tenía reservada habitación. No fueron pocas las vueltas que tuvo que dar, incluso entrando en sitios donde no debía, hasta alcanzar la zona intermodal de transportes, donde localizó el andén correcto. Una vez acomodada, consultó en la pantalla anexa al asiento las estaciones para planificar su bajada en la más cercana a su hotel.

No le resultó difícil establecer un recordatorio automático que le avisaría con tiempo para salir. El trayecto transcurrió de forma subterránea durante minutos interminables para ella, quien de igual forma no había tenido experiencias similares en su apartado lugar de origen.

Unos minutos más de agobio y por fin la luz se hizo en aquel tren cuya velocidad era casi tan alta como la de las naves aéreas, aunque con la cercanía de la llegada disminuyó por seguridad y un espectáculo dantesco se alzó ante sus ojos, cuando vio el extrarradio de la gran ciudad del Régimen.

Pensó que tendría que restregarse los ojos, o al menos lavárselos con agua tibia y clara para apreciar aquella inmundicia, aquella suerte de mar de casas efímeras, apenas algunos palos y telas corroídas unas encima de otras, y entre ellas, o saliendo y entrando, miríadas de seres con la mirada perdida, caras sucias, niños descalzos, andrajosos, semidesnudos correteando entre basura, chapoteando en aguas corrompidas, grupos de hombres discutiendo y enzarzados en peleas sangrientas.

El estómago pareció rebelarse y le lanzó una advertencia en forma de arcada que a punto estuvo de alcanzar su meta. Prefirió apartar la vista y fijarla en los barrios que ya eran colindantes con la

ciudad, la cual aparecía limpia y reluciente.

Krupps creyó abandonar los arrabales del infierno para cruzar los aledaños del paraíso. El verdor comenzó a predominar en el horizonte y las cascadas de agua cristalina competían con zonas arboladas que hacían un conjunto armónico, al que sólo restaba el eco de una música celestial como complemento a tanta belleza para los sentidos.

Entre este vergel, preñado de flores de mil colores, casas y casas pulcras y construidas con los materiales más nobles que puedan imaginarse, encajando a la perfección en aquella atmósfera idílica tal vez soñada por algún poeta en el momento cumbre de su inspiración. Las calles impolutas eran recorridas por vehículos de superficie elegantes y, se imaginaba, silenciosos y anticontaminantes tal como era la norma del Régimen, conducidos por compatriotas de una belleza incomparable, vestidos con una elegancia que hasta ahora no había disfrutado contemplar. Todo era una maquinaria perfecta, una cadencia sin mácula en la existencia de aquella gente, de rasgos etruscos y que hablaban de su pertenencia a su raza; elegida y eterna, de la que ella se sintió orgullosa de pertenecer.

En su fuero interno intuyó que llegaba a casa, aunque nadie familiar le esperase, aunque el hálito de su vida fuera sólo la combinación aleatoria de un programa informático, que eligió el momento y el lugar para cruzar óvulos y esperma de especímenes elegidos por sus características con el único fin de crear seres rayanos en la perfección étnica.

Un sabor amargo no obstante sentía en la boca cuando meditaba en su nacimiento a la vida, su advenimiento planificado en fecha y hora exacta, con un fin marcado desde aquellos pequeños receptáculos donde el primer llanto era señal de inicio de una existencia calculada.

Pero la dulzura de nuevo retornaba a su paladar cuando Krupps se sentía que ella era una de esos seres perfectos. Alguien puro al cien por cien, nacida sin unión carnal, en un gris y metálico laboratorio, pero sin trazas de sangre de razas inferiores.

Sin embargo, su mente adiestrada con extrema dureza se rebeló por un momento y se dejó arrastrar por una fuerza misteriosa y sobrecogedora, cuando sin querer fantaseó con que alguien le esperaría, tal vez algún familiar, una madre, un padre, un hermano, tal vez alguien amado.

Pero aquello le incomodó y su natural frialdad ganó terreno frente al atisbo de ternura que había asomado, emergido por las circunstancias de la soledad del viaje, de la llegada a sitios inhóspitos para alguien de vida tan sencilla y previsible como la de ella. No volvería a ocurrir, se juramentó Krupps, aunque en su interior sabía que esa sensación iba ganando terreno hacía tiempo y cada vez era más difícil de someter, de arrinconar y llevarla de nuevo a lo profundo, donde las mazmorras de la mente la mantenían a buen recaudo. Si bien aquel témpano que era de nuevo se hacía fuerte en su ánimo, otro impulso irrefrenable se apoderó de sus ojos, que no paraban de observar la elegancia de aquellas féminas que veía ataviadas con modelos sugerentes que jamás había podido imaginar, viviendo tan apartada de aquellos lares, donde no sabría elegir cuál era más hermoso y envidiable de lucir.

Pero al momento comprendió que ella era una guerrera, no una damisela que pudiera cambiarse de modelo a cada momento y esperar a ser admirada, como ella misma hacía en ese momento. No era su mundo; aunque no le importaría que lo fuera, pensó en otro momento de debilidad que se

evaporó en un abrir y cerrar de ojos.

La alarma automática del asiento le advirtió puntual con voz metálica que su estación era la próxima y le apremiaba a situarse en posición para abandonar aquel tren. Krupps dio un respingo y, como novata en el tema, se colocó la primera al lado de la puerta de salida. Más de uno la miró, en la seguridad de que era alguna paleta llegada de lejanas tierras y le dedicó una mirada poco amistosa que ella prefirió no tener en cuenta; y era algo que la fortuna hizo en favor de aquellos que se burlaban en silencio pero con expresiones faciales despreciativas. Obviando éstas, Krupps por fin vio cómo se abrían las puertas y pudo bajar al andén en el que localizó la señal de salida.

Se encaminó con paso firme, hasta que encontró el camino de acceso al exterior para tomar un taxi que le llevara al hotel. Sin embargo, quedó petrificada cuando puso los pies fuera de la estación y contempló el espectáculo deplorable y deprimente de cientos de elementos de razas inferiores tirados por los suelos, con sus hijos llenos de mierda a su lado, ejerciendo una indecente mendicidad.

Eran tantos que los viajeros tenían que andar en zigzag para evitarlos y Helga, puesta en guardia por su instinto, llevó su mano a la cintura, como buscando su arma reglamentaria, aunque de forma inocente puesto que no disponía de ella. Fue un choque para su mente ver aquella turbamulta, percibir su hedor agrio tan característico, oír tan cerca aquella quejumbrosa jerga que tenían por lengua ininteligible, llena de sonidos guturales más cercanos a los animales.

Por un momento, Helga no comprendía qué ocurría. Estaba en la capital del Régimen y ésta se encontraba fagocitada por aquella ralea de gentes por doquier. ¿Para qué tantas leyes de control demográfico, si aquello se había convertido en un vertedero en pleno centro? Se preguntaba a sí misma. Una sensación de derrota se adueñó de ella a la vez que su ira iba creciendo en su interior. Pero tuvo que sobreponerse y consiguió avanzar de izquierda a derecha para ni siquiera rozarse con aquel amasijo de brazos y piernas que, enhiestos, rozaban su cuerpo. Uno de aquellas manos suplicantes de alguna moneda atrapó con fuerza inusitada el muslo de Krupps y ésta reaccionó tomándolo con su poderoso brazo biónico y, tirando de su dueño, lo lanzó a una veintena de metros, donde se estampó con una cristalera que quedó hecho añicos pero no tanto como el individuo, reducido a un grotesco guiñapo.

Tras esta escena, los gritos comenzaron a oírse como en una pesadilla, mezclados los de los pedigüños con los de los viajeros que creyeron se trataba de un asalto en toda regla de aquellos seres inmundos. Krupps no se movió un milímetro, paralizada todavía y ni la estampida la sacó de su estado. En todo aquel caos, por la puerta de acceso al tren apareció una patrulla de agentes de la Policía de La Tierra y, alertados por los gritos de decenas de subhumanos que reptaban en torno suyo, apuntaron con sus armas a Krupps.

-No se mueva e identifíquese le gritó amenazante el jefe de la patrulla, acercando la boca de su arma a la cabeza de Krupps mientras los otros tres agentes le imitaban a un metro a sus espaldas.

En el interior de Helga se produjo algo parecido a un huracán, tal vez a un tsunami, o quizás un tornado bajando desafiante de las rocosas hacia las grandes praderas. Mientras esto ocurría en sus entrañas, sus ojos se inyectaban en sangre y el color azul topacio de sus ojos tomaba una leve tonalidad mate que los inflamaba, apareciendo como si de piedras en realidad se trataran. Aquella ira interior crecía por momentos pero nadie, desafortunadamente para ellos, lo advertía.

El primero en recibir aquella furia desatada fue el vociferante jefe de la patrulla, que en una décima de segundo se encontraba a unos quince metros tirado encima de uno de los mostradores de atención al viajero. En el caso de los tres restantes integrantes de la patrulla, a ninguno le dio tiempo de abrir fuego contra aquella bella joven, alta, de cabello rubio y ahora aspecto feroz que les arrebató sus armas para después patearlos hasta quedar empotrados en uno de los taxis, hundiendo su chapa lo suficiente para dejar la marca de sus cuerpos.

¿Y ustedes son Policías de La Tierra? Más bien lo parecen del infierno, camaradas. Inútiles, cobardes, pendencieros, ¿Cómo osáis permitir que esta inmundicia se enseñoree de este lugar, que roce con sus putrefactas manos a los seres superiores? No merecéis pisar La Tierra, no merecéis el aire que respiráis. Pronunció aquellas palabras Helga Krupps con toda la cólera que le era posible mostrar y mientras se alisaba su cabellera, sus facciones volvían a relajarse y sus ojos de nuevo lanzaban ese brillo hipnotizante.

-Cálmese, camarada Escuchó a sus espaldas sorprendida y agachándose a la vez en una maniobra táctica de defensa preparada para repeler un ataque.

-Tranquila, no se preocupe. Me llamo Franz Schenk y soy ayudante del consejero Fleetwood. Permítame darle la bienvenida comandante Krupps

Aquellas palabras bastaron para que Helga dejara la pose guerrera, se levantara y ofreciera una sonrisa franca al inesperado individuo. Era emocionante, pensó, al menos sabía que era ella a quien tenía que recoger. Se sintió reconfortada, tras tan desagradable incidente, y animada de ser sacada de allí por fin.

-Es un placer encontrarle, camarada, sobre todo en estas circunstancias en las que me encuentro, encañonada por cuatro idiotas que no harían daño a una hormiga y que cualquier subhumano, de esos que reptan en este infesto lugar, haría papilla sin despeinarse Dijo en un tono despreciativo Krupps.

-Siento de veras que este incidente haya llevado a su ánimo una idea equivocada de nuestra hospitalidad. Se trata, por supuesto, de un equívoco y de la impericia de estos reclutas, seguro licenciados con deshonor por su comportamiento, máxime cuando en vez de alabar su gesto con ese pedigüeño la han tomado con usted, camarada. Bien, pero abandonemos este hediondo lugar y pongámonos ya en camino Le rogó Schenk ofreciéndole su mejor sonrisa contemporizadora.

Helga le hizo caso, no sin antes dirigirse al jefe de la patrulla y sus tres torpes agentes y conminarles a limpiar de basura subhumana aquel lugar, a lo que aquellos pobres gesticulando acataron sin dejar de quejarse de sus respectivas palizas, que pensaron merecían.

Helga y Franz entraron en el vehículo de superficie, a cuyo conductor dio instrucciones éste para tomar la ruta hacia el hotel donde tenía hecha la reserva. Helga admiró la exquisita educación de Schenk, un hombre vestido al estilo austero de los miembros del Consejo, donde el negro era predominante, aunque bien es verdad que a más de uno le parecía más siniestro que otra cosa, y esto era motivo de mofas según había oído a sus compañeros más críticos con el sistema, cosa que a ella le incomodaba sobremanera.

Le calculó cincuenta o sesenta años tal vez, pero pensó que algunos menos si le restaba la oronda barriga que portaba, seguro bien alimentada con jarras de cerveza. Mientras Helga permanecía enredada en sus pensamientos y jugando a hacer cábalas sobre su acompañante, él mismo rompió el hielo y tomó la palabra.

-Comandante, su fama le precede. He de decirle que sus gestas son la comidilla de los jefes del Régimen. Su forma de ejecutar las órdenes no tiene parangón y eso le ha servido para estar hoy aquí y ser recibida por el camarada Erik Fleetwood

-Espero que la misión que me encargue no sea contemporizar con esas bestias inmundas que hemos dejado atrás. Es incongruente para mí la relajación de las costumbres en el corazón de nuestro Régimen, que mil años dure, camarada. Es de verdad una sorpresa tener que asimilar que los espacios públicos de la ciudad están tomados por esta suerte de animales traicioneros respondió Krupps.

-Debo darle la razón, camarada comandante, esta situación se agrava por momentos y, aunque no estoy autorizado para ello, puedo adelantarle que es uno de los motivos de su llamada a capítulo por nuestros jefes apostilló Schenk.

-Espero que no sea para lo contrario, puesto que pondré rumbo de nuevo a las montañas y continuaré haciendo mi trabajo como hasta ahora. No he recorrido medio mundo para abrir paso a esas gentes que sólo merecen una buena ración de plomo o, mejor, una bomba incendiaria que les mande de vuelta al averno dijo con tono severo Krupps.

Schenk quedó maravillado por las convicciones de la comandante Krupps y la solidez de sus principios, que contrastaba con la corriente reaccionaria de un buen número de jefes que se apoyaban en la relajación de costumbres de algunas capas de la población para los que la vida era fácil y su única preocupación era acaparar cada día más bienes materiales.

Schenk observó callado la belleza que acompañaba al carácter de acero de Krupps, tan íntegra como sus principios. Sin duda era una líder en la que confiar y pensó que Fleetwood había encontrado el arma perfecta para enderezar a una sociedad adormecida y mustia.

-¿Es ese el hotel donde voy a alojarme, camarada? Preguntó un tanto extrañada Helga.

-En efecto, comandante, espero sea de su agrado Le respondió sonriendo Schenk.

-Y tanto dijo Helga, mientras le imitaba con una sonrisa de satisfacción.

El vehículo de superficie frenó con suavidad y se posó en la puerta del hotel, que Helga pensó no podría pagar ni por diez años de trabajo. Era descomunal, colosal, pero sobre todo espectacular en todos los sentidos.

Ni tan siquiera recordaba alguna vez haber soñado con algo como aquel lugar y esta vez impoluto, sin rastro de subhumanos que le hubieran de nuevo amargado el día. Higiene y olores a jazmín y rosas búlgaras le recibieron en el hall, donde podían correr cuádrigas romanas y aún así dejar sitio para los espectadores morbosos.

Helga miró hacia arriba desde el centro de aquella estancia y un vértigo atacó sus sentidos al perderse en la lejanía el fin de aquella mastodóntica construcción, cuyas barandas infinitas

aparecían cubiertas por millones de plantas y flores silvestres, exhalando perfumes embriagadores, rociadas por microaspersores estratégicamente situados, que dotaban de un clima propio al lugar. Las paredes eran iridiscentes y tornasoladas, cambiantes a capricho de quien las mirara; algo de lo que Helga se percató cuando dirigía su mirada a diferentes sitios.

Por fin se sintió en el corazón del Régimen, en el centro del universo, en el paraíso soñado desde sus primeros años en la escuela de La Tierra. Ese era el edén, pensó decidida, por esto es por lo que luchó cada día, por lo que me sacrifico, por lo que merece la pena entregar la vida. El orden, la belleza en su estado puro, eso era aquel lugar, sólo para iniciados, sólo los puros, sólo para los elegidos, sólo para su raza, eterna y por siempre vencedora.

-Por favor, acérquese para reconocimiento Oyó al llegar a la zona de ascensores Helga, sacándole de su estado de emoción.

-Camarada, he de marcharme ahora, espero que la estancia sea de su pleno agrado. Mañana la recogeré al mediodía para dirigirnos a la sede del Consejo. Ha sido un placer conocerla Se despidió así el amable Schenk mientras le hacía una leve reverencia, algo desusado y trasnochado pero que a Helga le pareció algo exótico y un tanto jocoso, aunque no rechazable, que respondió con un saludo marcial propio de una agente de la Policía de La Tierra.

Una vez en la zona de identificación, la voz susurrante emitida por el ordenador le advirtió del número de su habitación, a la que se dirigió en el ascensor contiguo y, que sin tocar tecla alguna, le llevó en segundos a ésta.

Si asombro y admiración le causó el propio hotel, la habitación le dejó boquiabierta. Por un momento recordó su humilde cuarto de la comandancia, lo que era un privilegio con respecto a sus agentes subordinados y pensó que cualquiera de los tres baños de los que disponía era diez veces mayor que aquélla. De metal frío y gris sus paredes, también la comparó con el aluvión de tonos florales que se combinaban en una sinfonía cuya música casi percibía; de su tétrico mobiliario lo comparó con el diseño atrevido y los materiales más nobles que formaban el de aquella mágica habitación, automatizada hasta el extremo de comportarse como un fiel lacayo dispuesto a arrastrarse por ella.

Y así se sentía, una gran señora en un gran palacio, adulada por todos y cuyos deseos eran órdenes para cuantos la rodeaban. Helga se echó en aquella cama que encontró como una morada de reyes y aspiró fuerte para oler aquel genuino aroma que sus pituitarias jamás habían percibido, tibio y denso, almizclado y sedoso que serenaba su espíritu. Pensó en un nombre para éste y no se le ocurrió otro que victoria.

Una cena frugal pero exquisita le fue servida a su requerimiento con la velocidad del rayo y, tras la muestra de servicio perfecto en aquel hotel de ensueño, sólo restó disfrutar de un baño en una semipiscina a su disposición, donde el agua era controlada con la voz y sus órdenes acatadas con puntual resolución, sintiendo el placer de chorros de agua caliente saliendo raudos de todos los rincones.

El relajante baño y la ropa limpia dieron paso a la contemplación de imágenes tridimensionales en el proyector holográfico de última generación, del que disponía el espléndido y amplio salón. Helga se emocionó cuando -entre las noticias apareció un amplio reportaje de su última acción de

combate y la crudeza de éste cuando ordenó el exterminio sistemático de aquella población rebelde, que ya era historia.

Sin embargo, también observó con preocupación en aquellas noticias que se sucedieron cómo los grupúsculos terroristas aumentaban sus asaltos y robos por toda la ciudad y también le sorprendió la laxitud de los agentes en el propio centro del Régimen.

En esos pensamientos y teniendo en cuenta el día tan largo y tortuoso hasta llegar al confortable hotel, el cansancio le venció cayendo en el hermético mundo de los sueños. En etérea sensación, Helga se encontró de nuevo en aquella habitación espartana, apenas unos metros para ella y su mejor amiga, su compañera desde su concepción el mismo día, a la misma hora, en aquel laboratorio lleno de individuos de ademanes robóticos, silenciosos, laborando sin cesar en miles de probetas conteniendo vida a la que permitir o no su transición a este mundo material y tangible.

Helga se vio peinando aquellos cabellos rubios, tan brillantes y rizados como los suyos, de su alter ego, su única amiga. Observó sus facciones perfectas y su sonrisa de algodón, sus labios estirados hasta el infinito, ofreciendo esa sonrisa de cariño. Helga sintió sobre su mejilla la mano de su amiga, para después ver cómo su rostro henchido de felicidad se diluía, se esfumaba, para después contemplar su cuerpo inerte sobre un mar de sangre, mientras contemplaba sus propias manos asesinas frías manchadas de ésta. La oscuridad se adueñó de ella, donde malos augurios y presagios le atravesaban, llevándole de un lado a otro sin poder controlarlo.

La sensación de peligro se adueñó de su mente y no tardó en hacer patente su miedo más atroz, cuando se estremeció al darse cuenta de que se encontraba ahora sumida en una terrible pesadilla, abandonada en un mar proceloso donde una implacable tempestad la hacía su juguete, llevándole sobre las crestas de olas gigantescas, quedando al páiro de las veleidades de un ser temible escondido en la negrura de la noche aciaga.

Se vio por fin rendida y abandonada a su suerte, sus fuerzas agotadas en la batalla contra el indomable mar, y sintió en sus labios y su garganta cómo el agua penetraba sin lucha por su garganta y un manto de negro presagio cruzó por su mente, hundiéndole en un abismo insalvable.

Helga derramó lágrimas que se mezclaron con el agua salada y formaron estelas gráciles que la tempestad deshizo en un instante. Pero sus ojos se abrieron de nuevo, su corazón volvió a latir al sentir aquella mano vigorosa que tomaba la suya, tirando de ella hasta alcanzar la superficie y con ella el aire que infló de nuevo sus pulmones. Sus ojos quedaron absortos ante el rostro de su inesperado salvador, y Helga sintió conmoverse ante aquel rostro de dulce mirada, tocada su cabeza con un fino paño de algodón, brillante y mecido al viento, enmarcando sus nobles facciones donde sus ojos le hablaron, acallando el sonido de la furia de la tempestad enviada por el propio averno.

Bastó aquella mirada para que su temor desapareciera y su mente se dejara llevar por la visión estremecedora, por su rostro del que ardía en deseos de tocar y posar sobre él sus labios, sentir su tibieza y permanecer allí una eternidad.

Un sonido punzante hizo que Helga abriera los ojos, abandonando el intrincado mundo de los sueños, del que aún conservaba un ligero gusto dulce en sus labios y el recuerdo vago de aquel rostro de naturaleza oculta que, por primera vez en su vida, le había conmovido.

La insistencia de la alarma acústica programada la noche anterior para despertarla hacía su trabajo con frialdad estudiada, machacándole los oídos hasta que bastó que se levantara para que cesara de inmediato. Anduvo descalza por la habitación y en unas cuantas zancadas llegó hasta el proyector holográfico que encendió de inmediato.

Con su voz ordenó que mostrara acceso a la red y una vez abierto dijo con claridad *-busca tempestad en el mar* y al momento sus ojos contemplaron aquella proyección, donde las fuerzas de la naturaleza desatadas se mostraban tal como si fueran realidad. Y Helga, lejos de sentir su ancestral temor, pareció feliz de revivir aquellos momentos soñados y por un momento vino a su mente el rostro de su salvador; y esa extraña sensación jamás vivida se extendió electrizante por todo su cuerpo, que ahora se estremecía sólo con su leve recuerdo.

CAPÍTULO V

Uno de los integrantes del equipo de escolta del laureado miembro del Consejo, Sigfrid Jung, sacó de su bolsillo un artefacto esférico del tamaño de una pelota de golf el cual, tras pasar con sutileza el dedo índice a través de su superficie, levitó durante un instante dando primero lentas circunvalaciones hasta iniciar una aceleración que provocó una onda sonora que hizo vibrar el suelo, para después salir disparado a tal velocidad que lo perdieron de vista en una centésima de segundo. Habitados a esas espantadas, el equipo de escolta continuó su tarea de inspección del perímetro de la hacienda del consejero.

-Camarada Jung, sin novedad en el perímetro. El batidor ha sido lanzado y en estos momentos rastrea cualquier amenaza Informó por el intercomunicador el jefe del equipo de escolta.

Sigfrid Jung, mientras acudía a la biblioteca de su espectacular mansión en las afueras de la capital del Régimen, agradeció la información y se sintió seguro por fin tras conocer que el pequeño artefacto esférico, recorría sin cesar cada rincón de su propiedad, en la confianza de que advertiría cualquier intento de ataque fuera físico o virtual.

Y aquel día no era para menos si tenía en cuenta que buena parte del Consejo, salvo Erik Fleetwood, iba a reunirse en su mansión. Aunque no las tenía todas consigo, confió en el buen hacer de su equipo de inteligencia que había urdido un plan tan meticuloso en el mayor de los sigilos, para no levantar sospechas en el entorno del poderoso Fleetwood. A simple vista había sido un éxito y durante aquella tarde habían ido llegando todos los miembros sin novedad y camuflados en diferentes vehículos, tanto de superficie como aerocontrolados.

Era la única forma de burlar los tentáculos de Fleetwood, que ahora controlaba todo el aparato del Consejo, sus asesores, servidores y cuerpo de seguridad. Todo estaba bajo su férrea vigilancia y hubo que despistar a sus esbirros con falsas audiencias en lugares dispares de la ciudad, contando con camaradas afectos a la causa.

Precisamente Jung prefirió acoger en sus dominios aquella reunión que levantaría la sospecha y, sobre todo, la venganza de Fleetwood, apoyado en que era el único miembro del Consejo que contaba con la suficiente infraestructura para hacer frente a los espías e infiltrados del mandamás de lengua afilada que, día a día, se hacía más fuerte y cuyas intenciones se adivinaban tanto en su forma como en sus gestos.

Entre estas cábalas, Jung llegó a donde se encontraban sus compañeros del Consejo, siendo recibido con la mayor cordialidad por cada uno de éstos. Tomó asiento y también la palabra.

-Mis queridos camaradas, bienvenidos a ésta vuestra casa y disculpad las molestias que os he hecho padecer hasta llegar donde nos encontramos. Sabed que éstas han sido necesarias para burlar a los secuaces de Erik Fleetwood, quien maniobra en la sombra para implantar su era de terror en nuestro Régimen, que mil años dure.

La gota que ha hecho rebosar el vaso de nuestra paciencia ha sido el vil asesinato en la propia

sede del Consejo de nuestro recordado Franz Jonas, envenenado de forma cruel y cobarde sólo para torcer nuestra voluntad.

No quiero dejar de señalar que, en los últimos tiempos, Fleetwood ha tejido una red donde han caído a su servicio la totalidad del equipo de apoyo de nuestro Consejo y su fin, no cabe duda, es hacerse con el mando supremo por encima de las leyes de nuestros antecesores, quienes previeron un gobierno colegiado de nuestro Régimen, sin figuras populistas que acaparasen todo el poder e impusieran su criterio a capricho, como es el caso que nos ocupa con Fleetwood.

Por ello, camaradas, os he reunido para armonizar nuestras acciones a partir de ahora y derrocar con la fuerza de la unión a este traidor a los principios que inspiraron este Régimen, ahora en peligro.

Los demás miembros del Consejo asintieron haciendo comentarios entre ellos que coincidían con el criterio expuesto por Jung, quien tomó de nuevo la palabra.

-Bien, camaradas, quisiera proponeros una serie de medidas conducentes a cortocircuitar el poder omnímodo que está acaparando Fleetwood...

No terminó la frase Jung, cuando el ventanal que tenía justo enfrente saltó estrepitoso por los aires, llevando esquirlas hasta el último rincón de la estancia. Cuando todos recuperaron el sentido de lo que ocurría, observaron en el suelo - miles de cristales incrustados en su carne- al jefe del equipo de seguridad de Jung, aunque comprendieron que no sentiría las punzantes heridas al estar muerto antes de ser estampado contra el ventanal, en el que vieron aparecer a dos elementos ya conocidos por su crueldad pertenecientes al equipo de Fleetwood, famosos por sus interrogatorios salvajes y su capacidad para arrancar confesiones.

Uniformados con el negro riguroso del grupo de rastreo de la Pureza de Sangre, pusieron sus pies en la estancia y, tras acercarse a donde se encontraba el propio Jung, uno de aquellos temibles individuos extrajo de su bolsillo un artefacto esférico que aparecía abollado el cual arrojó a sus pies.

-Creo que esto es de su propiedad, camarada. Es un aparatejo muy moderno y muy costoso tengo entendido. Bueno, éste parece ser que tuvo mejores días Le habló con ironía uno de aquellos hombres de rostro impenetrable y mirada aviesa.

-Tal vez tenga que comprar otro, y en esta ocasión a prueba de gente como nosotros ¿verdad, camarada? Una sonrisa forzada acompañó aquel comentario del otro integrante del dúo siniestro.

-Les exijo abandonen esta casa... Gritó con fuerza Jung, encolerizado.

-No está en disposición de exigir, camarada se oyó la voz de Fleetwood responderle, haciendo su entrada de forma enigmática como acostumbraba por aquel ventanal destrozado.

Protegido con una amplia capa que le cubría hasta los ojos, desprendiéndose teatral de ésta avanzó por la estancia hasta alcanzar el lugar de Jung y, mirándole con asco, le apartó para tomar su sitio al frente de aquella reunión.

-Vaya, vaya, camaradas, de manera que reuniones clandestinas a mis espaldas comenzó diciendo Fleetwood amenazadoro además comprando voluntades a mis subordinados, allegados, consejeros. Bien, bien, compañeros, convendréis conmigo que la desconfianza era mutua y por ello no ha sido difícil desenmascararos. Aunque bien es verdad que la torpeza del camarada Jung, adquiriendo artefactos sofisticados de vigilancia nos puso tras la pista. He de confesaros que son mis equipos de tecnología los que los diseñan y programan. Así que ya os imaginaréis que soy el primero en saber dónde y qué hacen esas simpáticas bolas rastreadoras. En fin, amigos, no sé en este momento cuando os veo ahí sentados, con esa mirada perruna, esperando si os daré u os quitaré el hueso, qué hacer con vosotros. No quiero mentiros y sí ser franco, porque el cuerpo me pide dejaros en manos de Bradomer y Falomer, mis más aventajados ayudantes, y sus métodos expeditivos. La verdad es que, aunque sigo pensando que es la opción más rápida, letal y segura, no es demasiado higiénica y también conocéis la pulcritud con la que llevo mis asuntos. Por tanto, creo que me decantaré por una variable que nos satisfaga a todos y no tengamos que andar con discursos funerarios, en verdad muy pesados, en los que yo leería y vosotros descansaríais para la eternidad, por supuesto con un entierro de Estado como os merecíais.

Sí, camaradas, tranquilizaos -siguió Fleetwood, ahora con mayor ironía aún Cambiad esa mirada por otra más optimista, aunque me temo que lo que os voy a proponer no os gustará. Pero no os preocupéis, si no estáis conforme sólo tenéis que levantar la mano y os dejaré ir a dar un paseo por esta espléndida finca con Bradomer y Falomer.

Sí, camaradas, también yo creo que no será necesario llegar a ese extremo, por otra parte que no deseo para vuestros intereses, y sí soy optimista de que comprenderéis que la mejor opción es hacer una declaración conjunta ante nuestro pueblo en la que juréis fidelidad al nuevo líder y conductor del Régimen Planetario, que mil años dure que, por si no lo imagináis, soy yo mis queridos amigos.

De esta forma asumiré todas las prerrogativas del gobierno y pasaréis a ser mis consejeros, por supuesto conservando vuestras prebendas y riquezas, camaradas. Sinceramente no es un mal trato, en el que sólo vuestra conciencia sufrirá maltrato, y no así vuestro cuerpo que podrá solazarse durante muchos años aún con las bondades que las riquezas presentes y, sobre todo, futuras de las que dispondréis.

Y qué es un poco de mala conciencia, camaradas, frente a la opulencia y el poder terrenal sobre miles de gentes que se sienten felices de serviros, ofreciendo su vida y su cuerpo, si es menester. Sólo tenéis que renunciar a unos principios trasnochados y, si esto os escuece, tomad otros que se adapten a vuestra nueva condición. Dejaros llevar por la vida placentera y sin aristas hirientes de los actos indebidos.

Gozaréis de bula en cuanto hagáis, salvo en discutir mi liderazgo, que os advierto será castigado ya sin dilación, pero por un poco de ética no perderéis esos vicios mundanos a los que sois tan adictos, ¿Verdad camarada Ullman? ¿Se imagina esas noches vacías sin hermosos efebos ofreciéndole sus esculturales cuerpos jamás mancillados? ¿Verdad, camarada Langstrom? ¿Ha pensado en esas noches sin su cohorte de hembras subhumanas esperando ser gozadas furtiva e impunemente hasta el amanecer? ¿Verdad, camarada Jung? ¿Podría renunciar a esas colosales industrias donde miles de elementos de razas inferiores realizan

trabajos pagados con un plato de comida putrefacta, ayudándoles a falsificar sus documentos y permitiendo infecten nuestra ciudad? ¿Renunciaría a esos pingües beneficios que le permiten tener esta mansión más propia de dioses que de simples mortales?

*-Pero no quiero aburriros más, camaradas*concluyó Fleetwood ahora exultante *-pues todo está ya dicho y estoy impaciente por conocer vuestra sabia decisión*

Fleetwood lució una sonrisa de satisfacción, acompañada por otras propias de hienas de sus ayudantes, cuando todos los miembros del Consejo permanecieron quietos, asumiendo que desde aquel momento serían meras figuras decorativas y un dictador desquiciado tomaría el mando del gobierno para llevar a un holocausto de sangre y fuego al mundo.

Sabían que era inútil implacabilidad y sólo rebelarse ante su probada

era momento para arriar el velamen y quedar al albur de los vientos hasta que la tempestad, de alguna forma inesperada, amainase.

-Camaradas, camaradas, qué felices me hacéis. vuestra inteligencia, vuestra magnanimidad con

Compruebo mi persona, vuestra confianza ciega en mis directrices, en mi gobierno que comienza en este momento y que durará también mil años les habló Fleetwood mientras alzaba ceremonioso sus manos, en un gesto de locura a los ojos de los miembros del Consejo.

*-¡Salve, camarada!*gritaron con fuerza sus esbirros levantando sus brazos.

-¡Salve, camarada! volvieron a gritar Bradomer y Falomer, pero esta vez mirando a los miembros del Consejo y apretando los dientes.

-¡Salve, camarada! dijeron forzados por el temor todos los demás miembros del Consejo, quienes apenas le salía la voz de sus gargantas atenzadas.

Y Fleetwood supo que su tiempo había llegado y con él un nuevo orden que haría la sagrada Tierra un paraíso para unos y, con toda seguridad, un infierno para otros.

CAPÍTULO VI

La comandante Krupps observó la bandeja del desayuno, que momentos había aparecido en la zona de servicio automático de su lujosa habitación, donde no faltaban ni siquiera unas preciosas flores, cuyo perfume inundó la estancia de esencias de la selva más intrincada.

Sabía que era un efecto logrado en el laboratorio, pero de todas formas era arrebatador y urgía al cuerpo para recibir los alimentos que las acompañaban con una dosis de optimismo que reconoció era algo nuevo para ella. Era un desayuno de príncipes y así se sentía de nuevo en aquellos momentos.

Sin embargo, por un momento torció el gesto y acertó a comprender que todo aquello debía tener una cara oculta, y no sabía aún si podría ser siniestro. Pero aquellas dudas sólo fueron nubes pasajeras en el firmamento de la vida placentera que se le ofrecía sin pedir nada a cambio; al menos de momento.

No había terminado aún de engullir la mitad de la generosa ración que le habían servido en la bandeja, cuando sonó la alerta de una llamada entrante. Con la voz permitió el acceso y el proyector holográfico dejó ver ante sus ojos la oronda faz de Schenk, sentado en un comfortable sillón de despacho y gesticulando mientras le hablaba.

-Buenos días, mi querida comandante. Espero que haya tenido un descanso reparador tras su largo viaje y ajetreada llegada a nuestra capital

-Gracias, camarada, me encuentro en plena forma y el episodio de ayer olvidado por completo le respondió Helga con una sonrisa.

-Es fabuloso, querida. Pero le llamaba también para disculparnos por motivo de que el camarada Fleetwood se ve en la necesidad de retrasar la cita prevista para este mediodía hasta la siete de la tarde. Un imprevisto de última hora ha obligado a esta modificación en la agenda y le ruega encarecidamente le excuse y promete compensarle en la primera ocasión de que disponga.

-No tengo prisa, camarada. Estaré dispuesta entonces a esa nueva hora que me decís respondió Helga sin contrariedad, máxime cuando le apetecía cualquier cosa más que una entrevista con un jerarca aquella mañana.

-Fantástico, camarada, dispone de muchas horas para disfrutar de las instalaciones de ese lujoso hotel o bien pasear por el centro de nuestra capital si lo prefiere. No olvide visitar el restaurante, donde encontrará una carta digna de reyes

-De nuevo gracias, camarada, y tomo nota de sus consejos respondió Helga desconectando el holograma y volviendo a las exquisiteces que aún le aguardaban en el plato, del que daba buena cuenta.

Treinta minutos más tarde se encontraba desnuda

secándose frente al espejo y observando sus cicatrices y, sobre todo, aquellos dos miembros

amputados que ahora aparecían sustituidos por sendos artefactos biomecánicos de alta tecnología que le dotaban, además de la movilidad, de una fuerza descomunal que podría vencer a todo un batallón, acrecentando su velocidad de respuesta y, con estos implantes, también su sistema nervioso y cerebro fueron modificados para interactuar con aquellas partes propias de un superhombre; casi un Dios o, en su caso, una Diosa del Olimpo.

Pero hasta los dioses llevan ropas y eso era algo que aquel exclusivo establecimiento hotelero había previsto, puesto que Helga quedó prendada del armario plagado de modelos a cuál más exquisito, sin contar con otro dedicado al calzado, que su instinto femenino le hizo saltar de alegría. Aquello sí que era un sueño hecho realidad y apenas tuvo tiempo de probarse toda aquella cantidad de modelos y zapatos que, en su ritmo frenético de pruebas, inundó todo el dormitorio.

Por fin se decidió por un conjunto, que hacía aún más esplendente su figura, y unos zapatos a juego de última moda en aquellos tiempos del Régimen Planetario. Para Helga aquella era algo inusual y era la primera vez en su vida que podía permitirse aquellas licencias, teniendo en cuenta que una guerrera como ella solo utilizaba uniformes metálicos, y los únicos complementos con los que los acompañaba eran accesorios de combate.

Se miró al espejo y de pronto sintió cierto vértigo al no reconocerse. Tenía ahora más en común con aquellas modelos, que aparecían en los anuncios de los noticiarios proyectados en tres dimensiones de los que a veces se quedaba embobada.

Por un momento se sintió mal, como desubicada y tuvo intención de desgarrarse aquel vestido y hacer trizas los bellos y delicados zapatos que hacían de sus pies auténticas esculturas.

Por un instante quiso renunciar a su belleza, a su perfección. Sin embargo, se repuso al instante pensando que aquello podría ser flor de un día y que desaparecía como por hechizo aquella madrugada, cuando regresara a su oficio, que no era otro que el combate y la salvaguarda de la ley, el orden y la sagrada Tierra, por la que daría su vida y a la que era fiel hasta en los pensamientos más íntimos.

Era ya el mediodía y Helga decidió salir de la habitación, tomar un taxi y visitar la ciudad, o al menos la zona más céntrica. El ascensor le solicitó destino y sólo tuvo que decir taxi para que en diez segundos se encontrara en la zona habilitada para éstos, donde tomó uno. Se trataba de un vehículo híbrido, preparado para superficie y aerotransporte y controlado por un ordenador que pidió con voz metálica pero amable el destino a Helga.

Una vez que dijo con claridad centro de la ciudad, en una pantalla frente a su asiento aparecieron diversos puntos de interés donde volvió a pedirle señalara con exactitud su destino. Helga dudó un instante y al final pulsó Museo de La Tierra, algo que de lo que había oído desde pequeña y que le hacía ilusión visitar.

El taxi emitió un zumbido y se deslizó primero con suavidad y, al cabo de unos segundos, aceleró con potencia para elevarse unos cien metros del suelo. Entró en una avenida aérea de tránsito controlada por radiofrecuencia que permitía éste con plena garantía de comodidad, rapidez y ausencia de impactos por alcances.

Helga curioseó por su ventanilla el espectáculo que se ofrecía más abajo y fue de nuevo

decepcionante al comprobar cómo las zonas grises y deprimidas salpicaban aquí y allá los elegantes y pulcros barrios, y sólo algunas alambradas y zonas de aislamiento cortaban el paso al avance de las hordas subhumanas que, de seguir así, pronto se harían con el control de la hiperciudad del Régimen, que mil años dure; repetía para sí Helga como una autómatas. El taxi emitió un nuevo zumbido e inició el descenso, monitorizado por balizas, que con suavidad le posaron con exactitud en la zona de aterrizaje aledaña al Museo de La Tierra. La voz metálica indicó a Helga que había llegado a su destino y que el importe había sido cargado en su cuenta del hotel.

Antes de abrirse la puerta, el sistema advirtió a Helga que podía programar su recogida a la hora que dispusiese. Lo que consideró un gran adelanto y para ello Helga inició la secuencia de grabación de la reserva y, preguntada la hora, eligió las tres de la tarde. Finalmente, el sistema agradeció su solicitud y le confirmó lugar y hora donde la recogería.

La bella comandante y ahora más con su nuevo atuendo, anduvo decidida por la acera que le llevaba a su destino, y observó la elegancia de cuantos se cruzaban con ella y para su alegría, su modelo causaba sensación a tenor de las miradas escrutadoras de las fémimas y las más lascivas de los hombres que no podían apartar la vista de aquel cuerpo cincelado y fibroso. Helga se creyó segura, aún sabiendo sus limitaciones y se sintió una más del decorado de una obra teatral que se representaba en ese instante.

Llegó hasta la puerta de acceso al famoso Museo de La Tierra y le sorprendió que nadie hubiera en sus alrededores. Sólo pudo contemplar la magnificencia de su diseño, los colores vívidos que impregnaban su fachada y los hologramas que surgían de los recovecos de sus paredes, donde bellas imágenes se superponían acompañadas de sonidos a veces selváticos con el rumor de los elementos desatados.

El suelo iridiscente aparecía y desaparecía, ofreciendo imágenes de vértigo de pasadizos mezcladas con otras de abismos sin fin, teniendo Helga que hacer esfuerzos para no perder el equilibrio, mareada ante el efecto producido en su mente. Sin embargo, y ante aquellas demostraciones espectaculares, Helga no llegaba a comprender cómo era la única persona que estaba en la puerta del propio Museo, gigantesca y cerrada a cal y canto.

Al aproximarse a unos metros, un holograma surgió desde las últimas hileras de baldosas indicándole que las instalaciones cerraban todos los lunes del año, invitándole a visitarlo al día siguiente a la misma hora. Helga dio media vuelta un tanto frustrada y se sintió como una niña pequeña a la que hubieran quitado alguna muñeca de entre las manos. Se consoló a sí misma cuando cayó en la cuenta de que, tal vez, pudiera obtener algún día más libre en aquella gran ciudad y cumplir su sueño.

Pero no era cuestión de perder el tiempo en cábalas y sí aprovecharlo en visitar las calles y avenidas deslumbrantes y atestadas de gentes. Decidió volver a la acera de donde venía y sumarse al río de personas que circulaban por entre las calles, atestadas de tiendas fastuosas con los artículos más exclusivos a los que su humilde retribución no le permitiría adquirir. Pero al menos le alegraba poder contemplarlos o, al menos, tocarlos si era posible.

Por si acaso no lo hizo, al no conocer las costumbres, y se limitó a entrar en aquellos

establecimientos donde sólo la disposición de la mercancía era un auténtico espectáculo para sus ojos. Se imaginó vistiendo aquellas prendas y calzando aquellos zapatos, que dejaban a la altura del betún todo lo que en ese momento portaba que le había parecido exquisito, sin tener otra referencia.

Quedó extasiada con los complementos que ofrecían y demás accesorios para completar un atuendo de ensueño, que veía adquirir a pares a cientos de compatriotas que, a veces, se disputaban el género ante su asombro de foránea en ciudad extraña.

Pasó el tiempo sin darse cuenta y sólo el estómago, llamando puntual a la cita de su mantenimiento, la logró sacar del éxtasis en el que estaba de calle en calle, de avenida en avenida y de tienda en tienda. Entró en un local elegante y tomó asiento en una mesa.

Del centro de la misma surgió una proyección con los aperitivos y bebidas y Helga seleccionó algo frugal, atendiendo más al dinero que portaba que a sus verdaderos gustos, cuyo coste estaba muy por encima de su nivel de vida. Aun así, consideró que era suficiente para reponer fuerzas.

Mientras esperaba aquel refrigerio, comprobó cómo las miradas lascivas continuaban sin cesar y se sintió incómoda al percibir las no sólo de hombres sino también, y fue una sorpresa para ella, de algunas mujeres cuya inclinación no comprendía aunque adivinaba por sus miradas llenas de lujuria que ansiaban su cuerpo.

Decidió huir de aquellas miradas, que comenzaron a parecerle obscenas, y se concentró en disfrutar de su comida y bebida refrescante, surgida de un lateral de la mesa que ocupa sobre una brillante bandeja de un material tan ligero como brillante.

Le pareció exquisito y, tras abonar el importe solicitado, abandonó el local rumbo de nuevo al mar de gentes que comenzaba a subyugarle, absorbida por sus costumbres para ella inusuales y observadas por primera vez en su vida.

Meditó lo alejado que estaba todo aquello de su rutina, entre naves de asalto, grupos de combate y acciones sangrientas, donde el que menos quedaba con el cuerpo partido en dos. Tal vez el cemento sustituía a la naturaleza salvaje, pero no había duda que era mucho más aburrido que aquellas calles que jamás perdían el fulgor, atrayendo a todos como a inocentes polillas.

Helga caminó y caminó hasta que llegó a una zona menos transitada y decidió dar media vuelta, máxime cuando ya se acercaba la hora límite fijada en la reserva del taxi que le llevaría de vuelta al hotel. Puso el rumbo decidida, pero algo le llamó la atención al pasar junto a la calle que formaba la parte trasera de dos colosales edificios que se perdían hacia arriba, cuyo cénit no estaría a menos de quinientos metros.

La comandante Krupps afloró de nuevo por encima de la ciudadana Helga absorta en la gran ciudad. Y todo por el espectáculo deprimente que contemplaba delante de sus narices, a unos metros en lo profundo de la calle.

Su natural audacia y ausencia de control del riesgo, le empujó hacia allí donde tres elementos subhumanos, malolientes, sucios y desharrapados hurgaban en los contenedores de los restaurantes contiguos. Al acercarse más, dada la penumbra, pudo discernir que se trataba de un hombre, una mujer y un niño no mayor de siete y ocho años. La mujer, al verla, no tardó en hablarle y Krupps

en recriminarles que estuviesen allí.

-Asquerosos subhumanos, largaos de aquí gritó amenazante Krupps.

-Hambre, señora, tenemos hambre. Sólo buscamos algo con lo que alimentarnos y a mi pequeño, señora, tenga piedad de nosotros

Helga se mantuvo firme y aquellas palabras tal como entraron en sus oídos salieron prestas, mucho después incluso de que empujara con fuerza al hombre fuera del contenedor, cuya cara de incompreensión quedó dibujada en su rostro.

-Señora, señora, por favor, no hacemos daños a nadie, moriremos si no conseguimos algo de comida

Helga siguió ausente de cualquier conmiseración y avanzó unos metros para patear el vientre de aquella mujer que, encajando el cruel golpe, siguió rogándole les dejara y sólo unas lágrimas afloraron en sus ojos como consecuencia del dolor agudo en sus entrañas, que creyó estarían desechas.

Su hijo comenzó un llanto desconsolado y el hombre apenas tuvo fuerzas para levantarla, aunque también intuyó que el golpe había hecho mella tan profundo que la sangre inundaría el cuerpo de aquella mujer de un momento a otro, cuando su cara apareció blanca y su ojos perdidos.

-Salgan de aquí y no pongan sus sucios pies en esta ciudad ¿Entendido? Volvió a gritarles Krupps fuera de sí. La comandante creyó suficiente aquella demostración y fue a darse la vuelta cuando, a sus espaldas, de reojo vio cómo una sombra se cernía sobre ella. Tuvo tan sólo una fracción de segundo para agacharse y esquivar el golpe de un segundo subhumano, que debía estar agazapado en la penumbra entre los demás contenedores.

Krupps se levantó y en dos zancadas llegó donde había caído su inesperado oponente atacante en cobarde estrategia y, cogiéndole con fuerza de su garganta lo levantó hasta dejarle colgando a dos palmos del suelo, mientras sus ojos parecían salirse de las órbitas y su lengua hinchada parecía fuera a explotar.

-Señora, señora, por favor, no le haga daño, es mi hermano, no le mate, sólo quería defendernos señora, por favor, no le mate Gritaba sollozante aquel hombre, que ahora había abandonado a su mujer y acudía implorante arrodillado ante la comandante.

Krupps tenía la ira recorriendo sus venas al galope, su mano dispuesta para apretar y romper los huesos de la tráquea de aquel hombre y, de paso, hacer añicos sus vértebras cervicales y así darle muerte merecida por su intento de acabar con su vida.

Sin embargo algo ocurrió cuando los llantos inconsolables de aquel niño se hicieron insoportables en sus oídos y, por primera vez en su vida, abrió la mano y dejó caer aún vivo aunque magullado aquel hombre.

Krupps no acertaba a saber el motivo de su debilidad, ya que ese rasgo era algo que había desterrado su formación férrea desde casi la probeta que le trajo a la vida. Se dio cuenta que no había disfrutado matando y que, por contra, sí había sentido una extraña sensación de alivio

cuando decidió perdonarle la vida a su atacante.

Intentó no pensar en ello y abandonó aquel lugar, donde la mujer pareció recuperarse y el llanto del niño cesó, en la seguridad de que no referiría a nadie aquel suceso y lo guardaría en lo profundo de su mente.

CAPÍTULO VII

-Pero, inútil, te he dicho que quiero la chaqueta más entallada ¿Entiendes? gritó Erik Fleetwood al sastre que confeccionaba su nuevo uniforme, diseñado por él mismo para el día de la proclamación como Ser Supremo del Régimen Planetario, que mil años dure.

-Mis disculpas, camarada, lo siento de verdad...

-Bla, bla, bla, estúpido mequetrefe, voy a mandarte a las chabolas con los subhumanos siguió gritando y aquel pobre hombre temblando, mientras volvía a tomar medidas.

-Y ahora vete fuera de mi vista antes de que cumpla mis amenazas y dile a Bradomer y Falomer que entren de inmediato; vamos inútil deja de gimotear y sal ya

-Disculpe señor, no volverá a ocurrir

-Serás memo... largo de aquí ahora mismo o... Erik Fleetwood no estaba de buen humor y, cuando eso ocurría, convenía no estar demasiado cerca de él. Claro está que sus esbirros Bradomer y Falomer quedaban fuera de esta apreciación, ya que eran los únicos en los que de verdad confiaba.

Desde su juventud, habían sido sus perros de presa y la creación del grupo de la Pureza de Sangre fue una añagaza de Erik para dar plenos poderes a sus dos compinches para, de esta forma, extender el terror entre sus oponentes que, como recordó el propio Fleetwood, o estaban muertos o próximos a estarlo; aunque ellos aún no lo supieran.

Se regodeaba de su mezcla siniestra de ironía y sarcasmo cuando se refería a sus compañeros del Consejo, los cuales creían inocentes que una mera declaración ante el pueblo, acordando unánimes erigirle a la máxima autoridad del Estado, les evitaría la cicuta en la boca o la espada en la garganta. Pero era algo que podía aguardar y ahora debía centrarse en la operación que constituiría su primera medida como Suma Autoridad de aquel Régimen, que ahora ya era suyo.

-Salve, camarada dijeron al unísono Bradomer y Falomer al entrar.

-Salve, camaradas respondió Fleetwood ofreciendo una sonrisa a sus lacayos *-sois los únicos en los que puedo confiar. Estoy rodeado por una panda de inútiles temblorosos cada vez que abro la boca. Pero vayamos a nuestros negocios, que no son pocos en este día en el que tenemos a buen recaudo a esos bastardos traidores*

-Camarada, no entendemos el motivo de que no nos ordenases su aniquilación inmediata le preguntó Bradomer, mientras su compañero acompañaba aquella cuestión planteada con un gesto de complicidad.

-No era la ocasión más propicia ni el lugar más idóneo contestó en voz baja Fleetwood, matizando cada palabra

-de momento, es conveniente ofrecer una imagen serena de unidad y que el pueblo vea que son los propios consejeros quienes me piden un sacrificio, asumiendo todos los poderes del Régimen, que mil años dure

-Que mil años dure repitieron con marcialidad Bradomer y Falomer.

-Aun así, no temáis apostilló Fleetwood con una sonrisa porque no tardará mucho el momento en el que os dé esa satisfacción de eliminar a ese grupo de cobardes que tramaban mi ruina y, de paso, la vuestra, camaradas. Por ello, y mientras llega ese mágico día de la venganza, pensad en el tormento más lento y sofisticado que podáis aplicarles

-Gracias, camarada, será gratificante hacer planes y nuestra creatividad os sorprenderá le respondió Falomer, mientras su boca se hacía agua imaginando ese momento en el que tendrían ambos carta blanca para desatar sus ansias asesinas.

-Pero aparquemos ahora ese escabroso asunto continuó ahora más serio Fleetwood –y una vez que tenemos ya controlados a los miembros díscolos del Consejo, centrémonos en el proyecto que traerá una nueva era a nuestro Régimen, camaradas. Cercano está el momento en el que barreremos de la faz de nuestra bendita Tierra toda esa ralea que la contamina, en el que nos libremos de esa fétida plaga que ya inunda nuestras calles, sin que podamos contenerla con métodos trasnochados. Sí, camaradas, aplicaremos una solución final que exterminará a esas ratas de piel oscura y sus proles infestadas de parásitos. No habrá amanecer para ellos y su memoria quedará borrada para siempre

-Pero aún hay sombras que se ciernen sobre este proyecto sanador de nuestro planeta continuó hablando Fleetwood -Y, para acabar con ellas, os pido vuestra ayuda una vez más.

-Impacientes estamos para satisfacer tus demandas, camarada respondió cuadrando el cuerpo Bradomer, a la vez que le imitaba Falomer con gesto serio.

-No esperaba menos de vosotros. Pero antes, dejadme que os desvele que la operación está ya en marcha y en breve dispondremos de esa receta para acabar con el mal que corrompe nuestra sociedad, aunque para aplicarla debemos desencadenar una corriente de opinión entre nuestros compatriotas. Y en eso vosotros entráis en juego

-Pero os pondré en la pista, camaradas siguió Fleetwood mientras volvía la espalda a sus esbirros y se acercaba al gran ventanal de su inmenso despacho -Aún hay elementos sueltos que no verían con buenos ojos esta acción definitiva, un tanto expeditiva con tal de quitarnos de encima esta plaga, y que podrían ser un obstáculo. Una de las opciones para acallar sus voces sería aplicarles idéntica medicina a la de los miembros del Consejo, pero sería excesivo el esfuerzo y demasiado tiempo desperdiciado en llevarlo a cabo, aun cuando dispongo de vuestra probada eficacia para estas labores

-Puede confiar en que lo haríamos con rapidez y limpieza acostumbrada, camarada le respondió Falomer, poniendo su mano sobre la daga que asomaba por su cinto.

-Por supuesto continuó Fleetwood pero he ideado una forma más simple cuyo efecto será inmediato y neutralizará a todos aquellos que siguen teniendo una actitud contemporizadora con esta situación límite en la que nos encontramos. Y en ésta, vuestra participación resultará clave

-Estamos preparados para el combate, camarada saltó como un resorte Bradomer adelantando un paso.

-Gracias, muchas gracias; por este motivo os he hecho venir y permitidme haceros partícipes de una estrategia, cuyas consecuencias provocarán que el pueblo se rebele contra las bestias subhumanas, cercenando cualquier posibilidad de que sean de nuevo embaucados por paniaguados que pululan en los medios de comunicación predicando la misericordia para ellos, hasta el punto de que han comenzado a acogerlos en sus comunidades, dándoles trabajos y ofreciéndoles cobijo y alimentos. Algo que, en esencia, va contra la Ley de nuestra Tierra

-Y os preguntaréissiguió hablándoles Fleetwood volviéndose enérgico hacia ellos -en qué consiste la estrategia salvadora para nuestros intereses. Espero que no tengáis escrúpulos en los que os voy a proponer ahora...

-Jamás, camarada, siempre fieles saltó dando otro paso adelante Falomer.

- Gracias otra vez, amigos. Entonces os pido que en el plazo de dos días realicéis una transformación de vuestra apariencia para suplantar a un par de facinerosos subhumanos y elijáis una pareja de Policías de La Tierra que parecen sestear por el centro de la ciudad y, en el sitio más concurrido que podáis encontrar y delante de todos, acabad con su vida con la crueldad propia de vuestro repertorio

-Déjelo de nuestra cuenta, camarada respondió Bradomer mientras Falomer hacía lo propio.

-Estaba seguro de vuestra lealtad. Os preguntaréis el fin y tal vez lo adivináis ya. Y sí, es una acción para llamar a la conciencia de nuestro pueblo y despertarles del letargo en el que están sumidos, darles una excusa para aplastar a esas cucarachas y así sus ánimos predispuestos para aceptar la consecución de ese castigo definitivo que será la solución final

-Antes de cuarenta y ocho horas tendrás buenas noticias, camarada. Siempre a tus órdenes respondieron juntos y en voz alta ambos perros de presa de Fleetwood, a la vez que elevaban sus respectivos brazos y gritaban -Salve, camarada

-Salve, amigos míos les correspondió Fleetwood también alzando su brazo con fuerza.

CAPÍTULO VIII

Helga miró el holograma que se encontraba en la mesa y comprobó, un tanto nerviosa, que casi era la hora anunciada por Schenk para recogerla. Había llegado el momento y de nuevo ante el espejo se daba los últimos toques a su atuendo. Aunque ahora éste distaba en su totalidad con el que había lucido horas antes en su excursión por la ciudad.

Ahora volvía a ser la comandante Krupps, ataviada con el uniforme de paseo de la Policía de La Tierra, de impoluto gris metálico, muy apartado del modelo de último grito que observó sobre la cama y calzada con sus botas reglamentarias de gruesas tobilleras, que desdibujaban aquellas líneas nobles y bellas de su estilizado cuerpo.

La señal acústica de llamada entrante sonó y Krupps supo que comenzaba su aventura en la ciudad, y no el escaqueo con la opulencia que había disfrutado aquel mediodía. Ahora de verdad se iniciaba el tiempo para el que se había preparado durante toda su existencia.

Había alcanzado la suficiente fama por sus acciones como para que llegara a oídos de los jerarcas. Si bien su ánimo se encontraba feliz por ello, por otra parte echaba de menos su bucólica existencia en aquellas lejanas tierras, donde la vida transcurría con una cadencia más liviana. Pero era hora de plantar cara al nuevo reto y para ello, desbloqueó el intercomunicador y oyó la voz de su cicerone particular rogándole bajara.

Krupps se introdujo en el ascensor y le bastaron unos segundos para encontrarse frente a Schenk quien, con una sonrisa delante del coche de superficie, le ofreció un ramo de flores cuyo color cambiaba sólo con el roce de la mano y, a cada movimiento de ésta, exhalaban una fragancia tan fresca que podía sentir agua fresca en la piel. Krupps, poco acostumbrada a esas galanterías, ofreció su mejor sonrisa y un tímido “gracias” apenas perceptible.

Ceremonioso el orondo Schenk, la invitó a entrar en el vehículo y acomodarse, a la vez que ordenaba al conductor dirigirse a las oficinas centrales del Consejo.

-Querida camarada comenzó a decirle Schenk -Es un honor conducirla en su primera visita a nuestra capital a la presencia de consejero Fleetwood, por si no lo sabe es el miembro más joven y aun así más influyente de nuestros nobles jerarcas

-Gracias, camarada respondió Helga -espero no defraudar las expectativas que tenga en mente sobre mí el consejero

-Por supuesto, querida, sólo con la belleza que atesoráis estará justificada vuestra presencia

Helga tuvo que reconocer que el rubor hizo mella en su rostro, que ardía ante aquel halago para ella tan extraño. Entre estas palabras y otras que se refirieron al día tan espléndido que hacía y la cantidad de tráfico que a esa hora era infernal, llegaron al aparcamiento exclusivo del ciclópeo edificio del Consejo, cuya altura sobrepasaba al menos en cien metros al más alto de la ciudad. Helga sabía que allá arriba estaba su futuro; aunque todavía no adivinaba si halagüeño o siniestro.

El ascensor, a velocidad de vértigo, aunque imperceptible para sus ocupantes, les llevo en escasos

segundos a la cúpula del edificio, desde donde podían contemplarse los lindes de la gigantesca capital, aunque desdibujados con la bruma a lo lejos. Helga tuvo que reconocer que era una visión tan espectacular como descorazonadora, al manchas negruzcas volver a presenciar aquellas sobre los colores brillantes,

sabiendo que correspondían a los asentamientos subhumanos que, como una plaga, iba ganando terreno día a día.

-Sé lo que está pensando, camarada, y por eso está aquí una poderosa voz a su espalda resonó y Helga supo que era Erik Fleetwood. Pensó que era mayor de lo que había imaginado y, tal vez mediatizada por los comentarios, de que era el miembro más joven del Consejo.

-Bienvenida comandante Krupps le dijo Fleetwood a la vez que galante tomaba su mano y la besaba, en un gesto que Helga no esperaba y tampoco sabía cómo reaccionar.

-Salve, camarada Fleetwood, a sus órdenes fue la respuesta que se le ocurrió como guerrera que era, y al fin y al cabo así no se equivocaba ante alguien de rango tan alto en el Régimen.

-Querida, dejémonos de formalidades y permítame decirle que su belleza es aún mayor en su presencia que en esas proyecciones holográficas que no le hacen justicia. Sepa que soy un seguidor de sus hazañas, de su integridad en el combate, en la aplicación estricta de las órdenes, de las leyes de nuestro Régimen Planetario, que mil años dure. No he dejado de admirar su entereza, su sacrificio y, precisamente por su lealtad, le he llamado a mi presencia. Pero pasemos a mi despacho, querida

Helga le siguió, mientras Schenk saludaba brazo en alto y se volvía al ascensor, abrumada por aquellos halagos tanto por su aspecto como por sus actitudes en el combate, que provocaron de nuevo aquel rubor que quiso controlar, aunque no pudo.

-Permítame pedirle contemple conmigo esta vista que dice mucho de lo que amo y odio a la vez, camarada. Y por su expresión antes, creo que coincidimos en el diagnóstico. Si no, mire cómo la miseria va extendiéndose sin freno por nuestra capital. Por el corazón del Régimen, infestando sus entrañas. Día tras día observo cómo gana terreno y nuestro pueblo encogido sólo opone palabras y gestos vacuos. Pero ha llegado la hora del desquite, camarada, y por eso le he llamado

-Es un honor servirle, camarada replicó Helga adoptando un aire marcial al pronunciar las palabras -ha acertado de pleno al descubrir mis pensamientos, cuando he visto algo que jamás pude imaginar mientras mi vida transcurría plácida en lejanas tierras donde el acero y el fuego es el único lenguaje que aplicamos a estas razas tan peligrosas como traidoras. Celebro compartir con alguien de tan alta instancia mis ideas acerca de los métodos para atajar esta enfermedad de nuestra sociedad, que mira para otro lado cuando el problema le acecha silencioso y artero para desmembrarla y dobligar su voluntad

-Me alegra escuchar esas palabras llenas de sentido común dijo Fleetwood -que es algo que escasea en estos tiempos incluso entre mis más cercanos colaboradores y, por qué no decirlo, entre los propios consejeros, relajados en la opulencia de sus vidas llenas de placeres inconfesables. Corroboro en su presencia, camarada, el acierto que he tenido al llamarla a mi

lado

-Me abruma con sus halagos y se los agradezco de corazón, camaradale mirada un tanto azorada. respondió Helga bajando la

-Esta confianza que ya tenemos continuó Fleetwood

gesticulando con las manos -me da pie para tutearte y fantasear en voz alta con mis sueños, con mis deseos más íntimos que me gustaría compartir contigo. Cada día me levanto del sillón y vengo aquí. Justo aquí, frente a este magnífico ventanal e imagino una ciudad grandiosa, limpia hasta la extenuación, con gigantescas avenidas, salpicadas de monumentos de excelsa belleza y armonía, calles, plazas, circundadas con fuentes de agua cristalina, cuyo rumor llegara hasta los confines de la urbe, con su mensaje de paz y sosiego, de vida y esperanza, con parques inmensos llenos de árboles enhiestos y orgullosos, rebosantes de ramas preñadas de frutos, praderas extensas ribeteadas de flores cuyo aroma inunde cada rincón de la ciudad, cruzada por gentes educadas, amables, y de nobles ideales y aristocrático porte, de piel blanca sin mácula, de cabellos de oro mecidos por la brisa del mediodía y el sol ofreciendo su luz regeneradora haciendo vibrar los colores de un paraíso imperecedero, donde la felicidad reina en el corazón de sus habitantes, orgullosos de pertenecer a un raza elegida para la inmortalidad.

Helga escuchó emocionada aquellas palabras surgidas del corazón de Fleetwood, y sus ojos dejaron escapar lágrimas de emoción.

-Sí, camarada continuó con voz tenue Fleetwood *-ese es mi sueño y por él hace tiempo decidí sacrificar todo por hacerlo realidad. Sé que es mi misión y a ella he consagrado mi tiempo en este mundo. Sólo ella ordena mi existencia, sólo ella está por encima de todo y de todos, sólo ella dicta qué decisiones, a veces duras y crueles, debemos tomar; en la seguridad de que obro conforme a los principios de nuestros ancestros y mi voluntad firme no se torcerá ante nada ni ante nadie*

Helga comprendió la fortaleza de aquel hombre y su determinación para llevar adelante su sueño, el cual compartía a pies juntillas.

-Pero ahora, camarada, sentémonos y hablemos del asunto para el cual le he hecho llamar Se acomodaron y de nuevo Fleetwood tomó la palabra, no sin antes ofrecerle una taza de humeante y aromático café que Helga agradeció.

-Estoy seguro que tu corta estancia en nuestra ciudad ha sido una revelación para ti, Helga continuó Fleetwood llamando ahora por su nombre a la nueva colaboradora que tenía a sus órdenes *-Y lo sé porque sólo mirar tu expresión me habla de las incongruencias que has visto en tan poco espacio de tiempo*

-Así es tal cual, camarada. He incomprendibles para alguien como sido testigo de actitudes

yo, acostumbrada a la aplicación literal de las órdenes y el estricto cumplimiento de lo ordenado por nuestros superiores. Una relajación peligrosa en la Policía de La Tierra, que es garante de nuestra integridad, se ha puesto de manifiesto en cierto incidente en la estación de

tren, a lo que sumo la indiferencia de nuestros compatriotas ante la presencia de subhumanos en sitios claves de la ciudad concluyó la comandante Krupps.

-Esto que me confías, Helga respondió Fleetwood -me evita documentarte en exceso sobre los males que nos aquejan. Tu diagnóstico de la situación es certero y, como de forma brillante apuntabas, afecta por igual tanto a los servidores públicos, que parecen abjurar de sus obligaciones, como a nuestros propios compatriotas preocupados más en su bienestar y en sus placeres mundanos que en la salvaguarda de nuestros principios como raza superior y, lo que es aún peor, teniendo sentimientos de conmiseración con estas bestias que hurgan en sus basuras cada noche, hasta el punto de que se han detectado comportamientos lindantes con la ilegalidad al darles comida o cobijo. Y, camarada, lo más peligroso aún es que ciertos líderes apoyan estas abominaciones; lo que puede convertirse en el fin de nuestra sagrada civilización, nuestra raza, nuestro Régimen Planetario, que mil años dure

-Que mil años dure repitió Helga levantando la barbilla y alzando su brazo en línea recta, ofreciendo su mano derecha a su líder y ahora mentor entusiasta.

-Sí, amiga comandante continuó hablando Fleetwood -es preocupante esta situación y por eso te he traído al corazón del Régimen para que pongas tu integridad a su servicio. Para que tus armas no se arredren ante el avance de esta plaga que no sólo ataca con su miseria y suciedad, sino también con una disfrazada idea de hermandad con algunos de nuestros compatriotas; ilusos que no aciertan a comprender que inocentes caminan hacia la boca del lobo que, tarde o temprano, despedazará su carne sin remisión.

-Mi brazo no titubeará para hacer cumplir la Ley, camarada insistió pronunciando con severidad Helga.

-En esa seguridad, mi querida Helga, me he decidido a encomendarte una misión de la máxima importancia para el futuro de nuestra raza. Pero antes he de ponerte en antecedentes para que comprendas el alcance del éxito de ésta y de la ruina para todos nosotros que sería su fracaso. No daré más rodeos y te confiaré que nuestros científicos, dirigidos por el gran profesor Heidelberg, han conseguido crear en el laboratorio de la estación Lunar un elemento tóxico que se ha comportado con un éxito del cien por cien en las pruebas con subhumanos. Esto, querida, amiga, significa que su erradicación es posible, visto durante milenios que es imposible hacerlo con controles demográficos o natalicios, que a la postre han resultado contraproducentes. Por supuesto que hay riesgo para nosotros, pero eso está previsto ya que el antídoto de igual forma se ha experimentado con éxito y sólo será necesario facilitárselo a nuestros compatriotas en el momento oportuno. Sí, comandante, tenemos a nuestra disposición la solución final, que nuestros antepasados anhelaron y que ahora tenemos la oportunidad de aplicar y exterminar a todas estas razas inferiores, dejándonos expedito el camino para nuestra civilización, nuestra raza elegida y eterna. Y La Tierra al fin se verá libre de esta pesadilla que la lleva al colapso en estos momentos. Pero para salvarla estamos nosotros, Helga, la última línea frente al enemigo

-Dadme las órdenes, camarada respondió Helga sabiendo ya que una gran responsabilidad se cernía sobre ella.

-Sólo una, querida amiga: proteger con tu vida la carga letal que recogerás en la base Lunar y

traerás a La Tierra en una nave, y que servirá para borrar del mapa a esos desgraciados y sus proles respondió Fleetwood apretando los dientes.

-Sin duda, camarada, por encima de todo la protegeré y la traeré lista para cumplir su objetivo final respondió Krupps.

-Sabía que podía contar contigo, Helga. Debo añadir que serán dos las naves, por lógica seguridad: la primera transportará el tóxico, donde tú misma viajarás, y la segunda llevará consigo el antídoto que nos libraré de la tormenta letal que desencadenaremos para gloria de nuestra raza. Todo el mando operativo te corresponderá y sólo tú tomarás decisiones que los demás acatarán, incluido el equipo científico que regresará junto a ti, al que no perderás de vista en momento alguno y, si fuera preciso, eliminarás sin contemplaciones

-Entendido, camarada. Órdenes recibidas y que serán cumplidas a rajatabla. Será un honor para mí servirle le respondió Helga ahora levantándose, llevando su cuerpo a posición de firmes, y alzando enérgico su brazo derecho para pronunciar bien alto *-Salve, camarada*

-Salve, querida amiga y suertele respondió con voz vibrante Fleetwood, mientras la veía abandonar aquel despacho en el que había conocido un alma gemela. Sin duda, alguien en quien confiar la misión más importante de la historia de la civilización.

Y la gloria esperaba, pensó para sí mientras se volvía al ventanal y ya imaginaba su ciudad soñada vitoreándole como su salvador.

CAPÍTULO IX

Bradomer y Falomer se miraron al espejo y ambos hicieron amago a la vez de atacarse a sí mismos. Y no era para menos, si tenían en cuenta que su caracterización de subhumanos no podría tildarse de exacta sino de un grado aún mayor y, tal vez, de genial.

Hasta tuvieron la precaución de sumar a su disfraz un toque de realidad, como era ese olor nauseabundo que emanaba de las ropas y piel de aquellas ratas mugrientas. Les dieron arcadas de olfatearse ellos mismos, pero su misión estaba por encima de aquel asco por su propio hedor y aguantarlo unas horas se vería recompensado con el éxito de aquella.

Ambos se felicitaron mutuamente por la fidelidad alcanzada en su parecido y lanzaron carcajadas al comprobar que el fenotipo era exacto: cejijuntos, con narices ganchudas, achaparrados, encorvados, piel aceitunada con un toque extra de mugre de cloaca, pelo negro apelmazado con suciedad, uñas sin cuidar, dentadura amarillenta donde habían trucado la falta de la mitad de las piezas, churretes por todo el cuerpo, ropa raída y deshilachada, descalzos y, para dar el toque final, andares poco coordinados y simiescos.

De esta guisa y al abrigo de la noche, tomaron un vehículo de superficie y condujeron con la precaución debida con el oscurecimiento de sus lunas hacia el centro de la gran ciudad. No tardaron en alcanzarlo y dejar el vehículo estratégicamente escondido en uno de los callejones traseros y, desde allí, caminaron imitando las poses de los subhumanos hasta la zona donde, desconociendo lo que iba a ocurrir, miles de personas caminaban inocentes de tienda en tienda, dado que era la hora punta comercial.

Localizaron a unos veinte o treinta metros la pareja de Policías de La Tierra que solían patrullar a esa hora, y que su vigilancia previa había corroborado. El plan seguía su curso y sólo había que darle una vuelta de tuerca para que todas las piezas encajasen.

Bradomer fijó su mirada en las cámaras que, siempre vigilantes, permanecían calladas camufladas en cada rincón. Perfecto, pensó, para sus planes de difusión de lo que a continuación iban a provocar.

-¿Listo Falomer? preguntó a su camarada.

-Listo Bradomer respondió con un gesto obsceno que acompañó con un simulado corte de garganta, marca de la casa.

Ambos, simulando a la perfección las poses subhumanas y el habla gutural que les caracterizaba, salieron a la calle y se mezclaron con las gentes. Éstas, al advertirlo, se apartaban de su lado y corrían a taparse las narices al percibir aquel agrio aroma que desprendían.

La pareja de compinches lanzaban carcajadas y hacían gestos propios de razas inferiores, mientras se empujaban uno al otro en un gesto de complicidad y burla ante lo que provocaban en aquellas gentes; engañadas por su exquisita caracterización y, sobre todo, actuación en vivo y en directo.

Las cámaras registraban cada momento de aquellos y esa era una de sus bazas, de sus argumentos

para lograr el efecto que Fleetwood buscaba. Eran sus aliadas y el acto principal iba a comenzar de inmediato.

Para ello, Bradomer eligió a una pareja de ancianos y les empujó con fuerza fuera de la acera y sus cuerpos fueron enviados a más de veinte metros por un vehículo de superficie, que no pudo hacer nada por evitarlos. El alboroto comenzó y no tardó aquella patrulla de la Policía de La Tierra en acercarse al tumulto.

Todos señalaban a la pareja de fingidos subhumanos, cuyo plan parecía cumplir con fidelidad sus pasos y sus supuestos se desencadenaban con una rapidez que no previeron. Antes de que se pudieran dar cuenta, tenían a los dos agentes apuntándoles con sus respectivas armas. Bradomer y Falomer tenían el guion aprendido y se arrodillaron para calmar la ira de aquéllos, quienes se aprestaron a detenerles.

Era el momento esperado y, simulada la rendición incondicional, cuando los tenían a escasos centímetros de distancia, ambos cayeron encima de los agentes para los que fue inútil su resistencia. Antes de que reaccionaran, Bradomer y Falomer les habían arrebatado sus armas y, mirándose ambos y después dibujando una sonrisa, apretaron sus respectivos gatillos que frieron en un santiamén a los pobres agentes, cuyos cuerpos ardieron como una tea para quedar reducidos a ceniza.

Las gentes observaron aquella escena con terror en los ojos y éste se acrecentó cuando Bradomer y Falomer quisieron ampliar las órdenes de Fleetwood y hacerle un regalo para su estrategia de levantar al pueblo contra los subhumanos.

Para ello, ambos eligieron al azar a decenas de transeúntes y comenzaron a dispararles también hasta dejar la calle cubierta de cuerpos ardiendo y sus gritos de dolor extremo reverberando en cada esquina, en una escena de pesadilla.

Pero Bradomer y Falomer no estaban aún contentos y pensaron que su actuación debía tener un colofón especial, un tanto sangriento, pero al fin y al cabo el espectáculo debía continuar. De tal modo que eligieron la juguetería que había justo enfrente de donde se encontraban y allí se dirigieron.

Entraron y vieron a los tiernos infantes jugueteando de aquí para allá y ambos volvieron a mirarse cómplices. Después apuntaron y, disfrutando del momento, convirtieron en ceniza a la mitad de ellos. A carcajadas salieron de allí y volvieron al oscuro callejón y de allí, una vez emboscados en su vehículo, a la seguridad de su guarida en los bajos del edificio del Consejo, donde comentaron aquella, para ellos, aventura; mientras se deshacían de la indumentaria que, tal vez, les fuera útil en alguna otra ocasión.

CAPÍTULO X

La Gran Avenida del Régimen Planetario, que mil años dure, aparecía abarrotada hasta sus mismos bordes, donde más de un millón de personas aguardaban la ceremonia de erección a la máxima instancia del camarada Erik Fleetwood, un héroe para todos y adalid de la raza elegida y eterna.

Sus hazañas, desde su juventud, habían ido de boca en boca y ganando adeptos para su causa. Implacable con las razas inferiores, sus admiradores se contaban por millones en todos los rincones del planeta y su ideología adorada por hombres, mujeres, niños o ancianos se había convertido en una guía de perfección para la raza, orgullosa y siempre victoriosa.

A la noticia de que Fleetwood asumiría la máxima autoridad, una riada de gentes llegaron desde todos los puntos del planeta para no perderse ese momento de verle aparecer en la tribuna y recibir el mando supremo y, por tanto, la proclamación de un nuevo orden que pondrían en su sitio a todas aquellas razas que se resistían a desaparecer; y estaban seguros que Fleetwood tendría la solución para aquel problema que ya se eternizaba durante milenios, acabando con la paciencia de una parte del pueblo.

El día de la raza había llegado y su valedor a punto de ser entronizado. Las gargantas preparaban sus vítores y las mujeres sus flores para ser arrojadas a su líder, al que deseaban en sus pensamientos íntimos ofrecer su cuerpo desnudo.

Los niños imitaban sus poses y sus padres sus atuendos y voz enérgica; los ancianos recuperaban sus fuerzas y todos aquellos a los que les corrían trazas de sangre impura por sus venas comenzaban a hacer las maletas y salir huyendo de la urbe.

La plaza esférica donde estaba el promontorio estaba lista para acoger aquel emocionante acto y las gentes que la poblaban sintieron una corriente eléctrica por su piel, erizándose cuando las fanfarrias irrumpieron victoriosas por los altavoces que la circundaban.

Un colosal holograma quedó proyectado en la fachada del edificio del Consejo y la figura de Fleetwood vestido con su habitual espíritu austero fue aclamada por millones de gargantas gritando enfervorizadas su nombre, llegando al éxtasis cuando él mismo en persona apareció para tomar posesión de la tribuna de oradores. Arreciaron los gritos y durante varios minutos, Erik emocionado sólo pudo hacer gestos de complicidad con aquel gentío monumental que le mostraba su adhesión. Sus manos gesticulaban abrazos por doquier y aún más era correspondido. Abandonó el atril y anduvo de un lado a otro de aquel promontorio, sabiendo ya que le seguirían siempre donde su voluntad les marcara.

Quince minutos más tarde, y una vez acomodados los demás miembros del Consejo, Erik Fleetwood pudo por fin tomar la palabra.

-Camaradas dijo tan sólo y de nuevo un estruendo que hacía retumbar la tierra se oyó en aquella inmensa avenida -Amigos míos, no tengo palabras para agradeceros el cariño que me mostráis. Me siento indigno de él pero también halagado. Pero dejadme que os diga que responsabilizado

también por la confianza que ponéis en mi criterio. Ya sé que esperáis mucho de mi gobierno que ahora comienza. Sé que aguardáis soluciones al problema más acuciante, a la amenaza silenciosa que nos acecha en cada esquina. Sé que estáis expectantes ante mis hechos. Pero debo deciros que los que piense llevar a cabo hablarán de mí y también de vuestras ansias, que también son las mías. He recorrido un arduo camino hasta llegar aquí y recibir vuestra generosa y cálida aclamación, pero también para ser vuestra voz, vuestras manos para aplastar con toda la fuerza los desechos que pretenden arrebatarnos nuestro paraíso, nuestra amada Tierra, a la que os juro defender hasta la última gota de mi sangre; que es vuestra, camaradas

La trepidación de la tierra bajo los pies de aquel gentío aún vibró con más fuerza y hasta los edificios parecieron cimbrear del ímpetu de sus gargantas. Fleetwood creyó por un momento levitar viendo aquel espectáculo que, si bien imaginó emocionante, jamás de aquel grado de complicidad con su persona. Era feliz y transmitía ese estado a la masa que le sentía como el gran sacerdote oficiante de su culto. Un culto a la raza, a la pureza de sangre.

Pero Erik sabía que ahora era el momento y el lugar, cuando se daban todas las condiciones para sacar de aquel gentío sus instintos más primarios, todo el rencor, el odio sometido por convencionalismos, y dejar escapar sus ansias de justicia. Pensó lo fácil que era manejarlos con gestos, con una sola palabra, con una sola imagen, aunque fuera manipulada por él mismo, ayudado por sus esbirros más violentos y crueles.

Sólo bastó una señal para que aquel proyector holográfico mostrara una vez más aquellas imágenes de terror, mientras el gentío se estremecía con los fríos asesinatos de los dos agentes de la Policía de La Tierra, ejecutados con frialdad por dos subhumanos.

Pero, sobre todo y debía reconocer la creatividad de Bradomer y Falomer, los de aquellos pobres ancianos y niños. Las imágenes fueron proyectadas sin descanso y, con calculada cadencia, una y otra vez mientras la voz clamando justicia de Erik resonaba brava y desafiante; y aquel gentío se convirtió en una turbamulta que se dispersó por las calles vociferando aquella palabra que sonaba como música para los oídos de Erik y sus esbirros: *¡Exterminio! ¡Exterminio!*

CAPÍTULO XI

Helga, ahora tal vez sería mejor decir la comandante Krupps, comenzó a recoger sus escasas pertenencias de la habitación de aquel hotel cuya estancia recordaría siempre y que su vuelta, para disfrutar de nuevo, se le antojaba harto difícil.

De todas formas, pensaba, era hora ya de volver a la acción y hacer lo mejor sabía y conocía, y por supuesto amaba sobre todas las cosas: el combate y, por ende, la guerra purificadora para alguien con su educación espartana, donde un arma en su mano era la costumbre y dispararla un placer cotidiano que echaba de menos.

A todo esto sumaba las palabras de Fleetwood y la confianza plena en su capacidad de mando, para encargarse de aquella delicada operación secreta que no admitiría fallo alguno. Helga se volvió a mirar, quizás por última vez, en aquel fabuloso espejo de cuento de hadas, y comprendió que el hechizo se había roto y que recuperaba su rol en esta vida, que no era otro que la batalla. Volverían los días en los que su uniforme se teñiría de sangre, bien de sus enemigos o bien de ella; cosa que le traía sin cuidado puesto que derramarla era un honor.

Mientras concluía el empaque, la comandante quedó absorta al contemplar las imágenes en directo que ofrecía el proyector holográfico, en las que podía ver cómo una multitud cuyo odio se palpaba en sus rostros arrasaba pisoteando los campamentos efímeros de las razas inferiores que bordeaban los barrios de la ciudad, mientras los subhumanos corrían despavoridos; aunque no todos, puesto que mujeres con niños pequeños y ancianos indefensos eran pisoteados con crueldad por la masa informe que avanzaba cual marabunta selvática en su caza orgiástica; dejando un reguero de sangre y muerte a su paso.

Helga pensó que se había iniciado la cuenta atrás y que ella traería al planeta la pieza que faltaba para culminar aquel plan maestro de Fleetwood, que ahora imponía sus dictados y que les llevaría a ese orden soñado, donde sólo los de pura sangre tendrían cabida en el paraíso que ya intuía en lontananza. El día de la ira había llegado y pronto el del juicio final. Y en éste, Helga supo que sería protagonista.

Krupps salió de la habitación y tomó el ascensor hasta la zona de aparcamiento, donde puntual esperaba ya Schenk sentado en el vehículo de superficie.

-Querida comandante, su belleza enaltece ese uniforme que ciñe su figura. Es una diosa de la guerra y como tal algún día el pueblo la aclamará dijo Schenk casi emocionado ante la visión de la perfección de Helga, que hacía contraste en aquella ocasión con el rictus que ofrecía su rostro, condicionado por la responsabilidad recibida que incluía un alto contenido de secretismo que debía guardar por encima de cualquier circunstancia.

El vehículo inició el camino hacia la base militar, donde le aguardaba la nave dispuesta para la travesía hacia el laboratorio espacial situado en la Luna. Helga estaba impaciente por llegar y tomar el mando pero, sobre todo, comprobar el grupo de combate que le asignarían.

Se lamentaba a sí misma, por no haber exigido estuviera a sus órdenes el que disponía desde hacía años en su destino en las tierras del norte. Pero comprendió que el secretismo debido a la operación era condición que hacía imposible aquel deseo. De todas formas, su versatilidad era una facultad de la que disponía y estaba segura de adaptarse a los hombres que le asignasen.

El vehículo comenzó el descenso y a los pocos segundos caminaba junto a Schenk hacia una fenomenal nave circular, suspendida en el aire, donde penetraron a través de una rampa que conectaba con la zona de aterrizaje.

Schenk se despidió ceremonioso con el brazo derecho levantado y un “Salve”, al que no faltó una sonrisa pícaro y una mirada lujuriosa. Por su parte, Krupps fue recibida por su homónimo en el gobierno de la nave, de nombre Horst Langers, un individuo de mediana edad, de mirada vigorosa que mediría dos metros y de complexión atlética reforzada por su traje de las fuerzas aéreas marcando su poderosa musculatura.

-Bienvenida, camarada la saludó a la vez que levantaba su brazo con fuerza.

-Es un honor viajar en su nave, camarada le respondió Helga un tanto emocionada por aquel momento de triunfo en su carrera.

-Permítame presentarle a mi tripulación: Hans Schwaiss, piloto, Max Reindhart, primer oficial, y Bern Brewer, oficial científico

Todos saludaron con tanta marcialidad como cortesía a Helga. Eran oficiales tan jóvenes como ella y sus miradas fueron fáciles de interpretar, ya que no sólo se detenían en su rostro sino que rastrearon sus curvas a lo largo de su privilegiada fisonomía.

-Gracias, camaradas, un placer compartir este viaje con todos vosotros y espero seros de ayuda en lo que pueda les respondió con idéntica cortesía Helga.

-Y ahora, comandante, por favor acompáñeme le rogó su homónimo, cuando a Helga pareció tamborilearle el corazón a la expectativa de conocer a su equipo de combate.

Bajaron dos niveles, protegidos con sendas puertas acorazadas, y llegaron a una sala donde a simple vista Helga no advirtió nadie.

-Camarada, le presento a su grupo de combate le dijo con una sonrisa aquel oficial que acompañó con un gesto en su mano señalando hacia una zona de la sala, donde Helga fijó la vista sin advertir hubiera presencia de nadie.

-Disculpe, camarada, no entiendo... dijo con cara de sorpresa y cierta mala uva Helga Krupps.

Sin mediar más palabras, desde el fondo de la estancia se escuchó un crujido metálico y tomaron forma dos seres robóticos, réplicas exactas de facciones y miembros humanos aunque con una exagerada masa muscular moldeada con perfección, ataviados con idéntico uniforme al de la Policía de la Tierra y armas de asalto listas para el combate en sus poderosas extremidades. Su mirada era fría y, también habría que añadir, amenazadora incluso para los que nada debían temer. El oficial científico surgió detrás de Helga y le ofreció una explicación.

-Comandante, permítame sea yo quien le explique esta pequeña sorpresa que le hemos preparado. Teníamos instrucciones del consejero Fleetwood para poner a sus órdenes estos dos prototipos de última generación, los cuales inician su andadura en nuestro glorioso ejército en esta secreta operación y bajo su mando exclusivo. Como ha podido comprobar, entre sus armas, además de las ofensivas que son letales, también disponen de defensivas, como es el módulo de mimetización, que ha logrado que usted no advirtiera su presencia al fundirse sus figuras con las paredes que circundan la estancia. Su programación está lista y han tenido un período de instrucción exhaustivo donde han demostrado su versatilidad y fiereza en el combate, llegando a sitios donde los humanos ni siquiera podemos soñar. Son en la práctica indestructibles y, no tema, su programa maestro impide hacer daño a cualquier persona que no sea un elemento de las razas inferiores, las cuales tiene catalogadas en su totalidad. Pronto comprobará que es una bendición no tener sangre impura y estar en su radio de acción, porque no dudarían ni una fracción de segundo en volatizarle con esas armas que puede ver no disparan sólo balas explosivas sino haces de energía que funden la materia a la primera irradiación

Helga no sabía qué decir o qué hacer. La verdad es que no estaba preparada para recibir aquel sobresalto y no se sentía capacitada para dar órdenes a dos máquinas sofisticadas con apariencia de agentes de la Policía de La Tierra. Pero debía adaptarse y no decepcionar la confianza depositada en ella.

-Estoy abrumada en este instante, camaradas. No sé bien qué debo hacer y sería bueno contar con algún tipo de ayuda para lograr que estos robóticos elementos cumplan mis órdenes comentó muy seria Helga.

-Pierda cuidado, comandante continuó el oficial científico *estaré a su lado para ayudarle a familiarizarse con ellos y, si no tiene inconveniente, debemos cumplir la primera tarea y quizás más importante, como es presentarle a sus nuevos soldados*

Helga y aquel oficial científico quedaron a solas frente a los robots y, contemplados de cerca, imponían aún más si cabe. Su envergadura unida a la fidelidad conseguida en la piel que sobresalía de los metálicos uniformes transmitía cierta desazón, incluso para alguien como Krupps acostumbrada a convivir con gente fiera, aunque no con corazón de metal.

-Comandante, sólo debe dar la primera orden. Ambos están programados con sus datos biométricos y sólo su voz les hará activarse. De igual modo, también únicamente responderán a sus órdenes a partir de ahora; así que adelante le animó el oficial apartándose unos metros.

Helga de nuevo no sabía cómo actuar. Todo aquello le sobrepasaba y le incomodaba, aunque hizo de tripas corazón y, dirigiéndose a sus robots por fin habló.

-Siganme les soltó de improviso y aquellas dos moles de metal se activaron de inmediato para caminar por la habitación siguiendo a Helga, quien improvisó haciendo zigzag y parándose de vez en cuando, a lo que respondían imitándole.

-Informe les dijo volviéndose.

-Secuencia de activación completada. Módulo de combate activado. Módulo de mimetización desactivado. Módulo de vigilancia en espera. A sus órdenes, camarada Krupps Respondieron de

forma ordenada y repitiendo cada palabra con tono metálico ambos robots, cuya mirada era fría como el acero.

-Gracias, camaradas, descansen se le ocurrió decir a Helga tal como si fueron hombres de su grupo de combate tras una revista rutinaria. Ambos robots no tardaron en responderle.

-Secuencia de activación en espera iniciada. Esperamos sus

órdenes, camarada respondieron de nuevo y, retrayendo sus armas, ambos retornaron a su posición original permaneciendo como estatuas a la vista de Helga.

-Comandante, permítame hacerle entrega de este dispositivo que deberá llevar en torno a su cuello, que le permitirá manejarles a distancia como si les tuviera a su lado, y este adhesivo en el lado posterior de sus propios oídos, que le mantendrá siempre en contacto le comentó el oficial científico.

Helga no le hizo ascos al artefacto, ya que consistía en un elegante colgante que comprobó tenía la facultad de adherirse a su piel aunque sin notar molestia alguna.

-De igual forma -continuó aquel oficial he de advertirle que, aunque se encuentren en secuencia de espera de sus órdenes, los androides rastrean por telemetría su posición en cada momento y su actividad y su programación les hará activarse si sufre cualquier cambio en las constantes de su cuerpo. En resumen, siempre estarán alerta por si les necesita

Helga pareció entrar en el juego y aquellas garantías hicieron también su trabajo para que su desconfianza inicial desapareciera y tomara el gusto a la nueva situación sobrevenida.

El intercomunicador llevó donde estaban la voz del piloto de la nave, advirtiéndole del inminente despegue hacia la Luna, que les esperaba trescientos ochenta y cuatro mil cuatrocientos kilómetros allá arriba. Apenas un paseo, en palabras del oficial científico.

Y este comentario no se alejaba mucho de la sensación que Helga tuvo al cumplirse sólo una hora desde el inicio del vuelo, cuando el piloto les advirtió de la aproximación a la base Lunar. En ese lapso de tiempo, en el que apenas pudo tomar algún refrigerio, tan sólo consiguió cruzar algunas palabras con sus compañeros de misión y contemplar la inmensidad del espacio durante un rato a través de la cúpula panorámica que poseía la nave, y que le pareció grandioso espectáculo. Por tanto, apenas había tiempo para relajarse y sí de prepararse para la segunda parte de aquella operación secreta pero que, hasta ese momento, transcurría en la más absoluta calma.

El perfecto aislamiento de la nave, y gracias a su propulsión basada en la generación de propios campos gravitatorios, impedía cualquier sensación tanto de aceleración como de frenado y, en silencio, guiada por las balizas de radiofrecuencia se posó con suavidad sobre la plataforma habilitada para aterrizajes del laboratorio espacial de la Luna, que ahora ya les acogía.

Unos minutos después, el piloto advirtió que el acoplamiento se había realizado con éxito y estabilizada la presión para acceder al laboratorio. Salvo él mismo que debía permanecer en ésta, todos los demás miembros de la tripulación iniciaron la bajada al nivel de carga donde estaba el pasillo de conexión con el laboratorio, a los que siguió Helga con paso decidido.

Mientras se desbloqueaban las puertas y un zumbido advertía la idoneidad para acceder al exterior, Helga cumplió el protocolo de seguridad y decidió probar la fiabilidad y, por qué no, la fidelidad de sus nuevos compañeros de trabajo.

-Soldados, atención dijo en voz baja.

-A sus órdenes, comandante Krupps respondieron con orden ambos androides, lo que llegó alto y claro a los oídos de ésta por el intercomunicador del que ya disponía adherido a su piel.

-Preséntese de inmediato les ordenó Helga.

Todos los miembros de la tripulación observaron cómo, con zancadas que hacían vibrar el suelo de la nave, llegaron junto a la comandante Krupps aquellos dos formidables elementos mecánicos, que permanecieron quietos una vez la flanquearon como dos fieles guardaespaldas, a los que no convendría enfadar.

Helga pareció tomarle el gusto a la situación nueva en la que se hallaba y cogió confianza cuando se vio protegida por aquellos fríos ejecutores de sus órdenes, quienes le siguieron a cada paso mientras ella hacía lo propio con los miembros de la tripulación, que avanzaban por el pasillo que llevaba al laboratorio.

Todo iba a pedir de boca y la misión, ya en su ecuador, proseguía sin aristas que la entorpecieran. Aunque ese pensamiento en la mente de Helga se deshizo como un azucarillo cuando un fognazo seguido de un estruendo resonó en sus oídos, que por un momento quedaron inútiles.

Apenas le dio tiempo a darse cuenta del ataque que estaban sufriendo, dirigido por alguien emboscado en las puertas de acceso al laboratorio. Repuesta al instante, acertó a ver cómo sus dos soldados repelían aquella agresión disparando sobre el origen de aquel caos y creaban con su envergadura una pantalla que le protegía de la lluvia de fuego de la que ella era su destinataria.

Cesaron los disparos y Helga quedó sobrecogida del espectáculo que se ofrecía unos metros más adelante, donde los cuerpos de los miembros de la tripulación aparecían en un charco de sangre, que manaba a borbotones de cientos de orificios de sus cuerpos horadados sin piedad, y que ofrecía destellos al reflejarse las luces de emergencia que advertían de la despresurización inminente.

No había tiempo para lamentos, pensó Helga, mientras el intercomunicador llevó la voz del piloto desde su puesto en el corazón de la nave y gritó a Helga.

-Comandante, retroceda unos metros y pulse de inmediato el botón de sellado, vamos, rápido le urgió vehemente al comprobar por sí mismo que no respondía aquel mecanismo desde su puesto de control.

Helga, con el dominio de sus sentidos pero aturdida ahora por la escasez a cada momento de oxígeno, se mostró torpe y en vez de retroceder avanzó unos pasos.

-Comandante, no, no. Debe retroceder

Por fin Helga acertó a orientarse en aquel lugar y, al límite de la asfixia, logró pulsar el

mecanismo reparador que, al momento, aisló aquel módulo donde el oxígeno volvió a sus niveles óptimos.

-Comandante, regrese de inmediato, voy a deshabilitar la conexión con el laboratorio... le comunicó el piloto desde la sala de control.

-Ni se le ocurra gritó enérgica Krupps le ordeno todo lo contrario y abra de inmediato esa puerta

-Pero, comandante, ponemos en riesgo... suplicó aquel joven oficial.

-El único riesgo es no cumplir la misión, y ésta se hará por encima de todas las cosas, incluso de su vida y, en especial, de la mía. Así que déjese de monsergas y abra de una vez esa maldita puerta

Helga dijo aquello de forma taxativa y sin margen para la negociación. Al momento, el acceso al laboratorio estaba expedito y la comandante empuñó su arma con fuerza acompañada de sus androides; que ahora bendecía el momento en el que se los asignaron.

-Soldados les gritó en tono marcial -activen secuencia de combate

-Secuencia de combate iniciada, a sus órdenes comandanterespondieron sobre la marcha ambos, a la vez que volvían a su posición preferente para servir de parapeto ante nuevas andanadas del enemigo, que ahora parecía haberse replegado en el laboratorio.

-Atención, oficial de navegación alertó Helga -Una vez crucemos esa puerta, séllela al momento y sólo permita su paso bajo mi orden ¿Entendido?

-Entendido, comandante y suerte le respondió aquel piloto con voz temblorosa.

Helga, precedida de sus dos formidables humanoides de corazón de metal, cruzó la puerta y accedió por fin al laboratorio, que se encontraba destrozado y sin señales de vida. O al menos humana, pensó jocosa Helga. Ordenó avanzar a sus soldados, confiada en sus detectores que la pondrían sobre aviso si había nuevas amenazas. De todas formas, tendría que estar ojo avizor ante la resolución del enemigo por eliminarle.

-Zona limpia pronunciaron sus compañeros.

-Muy bien, camaradas, avancemos ordenó Helga.

Tras pasaron dos puertas más y subieron un nivel por una estrecha escalera. Llegaron a una zona de módulos independientes y, por tanto, fácil para las maniobras del enemigo. Fueron descartando uno a uno y consiguieron avanzar hacia otra puerta y, tras ésta, accedieron a otro nivel superior también precedido de escaleras desiertas.

Sin embargo, la puerta de ese tercer nivel comprobaron que estaba cerrada. Ordenó a los soldados derribarla y bastó una embestida del brazo mecánico de uno de ellos, para que fuera arrojada con fuerza al final de aquella estancia que ahora se abría a sus ojos.

Con las armas listas para disparar al menor atisbo de movimiento, penetraron en el lugar y de

nuevo Helga pudo comprobar la pericia del enemigo. Sobre el suelo y dispersos por toda la estancia se encontraban los cuerpos de decenas de hombres y mujeres triturados por los miles de proyectiles que les habían agujereado con vileza. Le llamó la atención que conservaban en sus manos los instrumentos de laboratorio.

Estaba claro que había sido un ataque sorpresivo y letal, ejecutado con fría precisión y por alguien experto en el uso de las armas. Tal vez un miembro del ejército, tal vez de la Policía de La Tierra. Un asco, pensó Helga, un traidor a la causa, un cobarde asesino que ahora se encontraba agazapado en alguna parte.

O eran varios, se preguntó a sí misma, y sorprendiéndose de que su intuición le nublara la capacidad de raciocinio que tan buen resultado le había dado en su carrera. De cualquier manera, aquél o aquéllos asesinos pronto serían historia; a poco que les pusiera el ojo encima.

Helga decidió continuar con sus pesquisas, ordenando continuar el rastreo por todo aquel enorme edificio a sus soldados, que le precedían por un largo pasillo que daba a la sala de conferencias. Cuando faltaban unas decenas de metros para llegar, los soldados se detuvieron de improviso.

-Atención, camarada, detectada presencia humana al frente

Helga, fuera uno o fueran dos o mil incluso, los quería vivos.

-Ordeno toma de prisioneros se le ocurrió decir a sus soldados.

-A sus órdenes, camarada, módulo...

No tuvo tiempo de terminar su alocución el autómatas cuando, desde aquella sala, surgió armado por un fusil de asalto un individuo que tuvo la pericia de dar en el blanco a la primera. Sólo que el blanco eran dos moles de acero endurecido y para los que aquellos proyectiles que reventaban sólo con rozar a un humano, sus cuerpos metálicos repelían sin causarles siquiera el más leve arañazo, cayendo a sus pies hechos microscópicos fragmentos de plomo.

Pero aquel individuo no cejaba en su empeño, aunque no llegó a disparar la segunda ráfaga de diez mil proyectiles. Él mismo no comprendió cómo fue, pero se vio en el aire proyectado con una inusitada fuerza hacia el final de la sala donde quedó pegado por un momento a su pared, para después resbalar y quedar tirado a los pies.

Precedida aún por seguridad de sus obedientes androides y con su arma lista para escupir su letal carga, Helga llegó donde estaba aquel individuo ahora fuera de combate, una vez había recibido un descarga sónica que había empujado su cuerpo como si fuera la hoja de un árbol.

Helga le apuntó tomándole por el cuello y levantándole hasta que recuperó su verticalidad. Uno de sus soldados tomó el fusil de asalto y lo apartó de sus manos.

-Dispones de diez segundos para decir quién eres y quién te ha ordenado hacer esta carnicería le soltó Helga en un tono que sonaba a ultimátum.

Aquel individuo la miró con desdén, después hizo lo propio con los androides, y con una mueca de desprecio escupió a sus pies. Lamentablemente para él no conocía a la comandante Helga Krupps, curtida en mil batallas en tierras aún inexploradas, donde hordas de subhumanos esperaban ansiosos cenar Policías de La Tierra.

El primer disparo a quemarropa le entró por el hombro derecho y le salió por el omóplato, dejando dos agujeros perfectos orlados de carne chamuscada de no muy buen olor. Tras eso, Helga volvió a hablarle en tono admonitorio.

-Dos segundos para el siguiente disparo

Esta vez el esputo rozó su cara, al haber estado alerta ante la sucia costumbre de aquel individuo; lo que en pura lógica precedió al siguiente disparo que le entró por la rodilla izquierda y fue a parar al pie izquierdo. Esta vez los orificios no fueron tan perfectos y Helga pensó que le dejarían unas buenas cicatrices; claro que si dentro de unos segundos viviera lo suficiente, lo cual creía difícil de que ocurriera.

-Creo que no debes tentar más a la suerte. Hasta aquí ha llegado mi trabajo. Si no hablas, serán mis dos amigos de metal los que se encargarán de que lo hagas. Te puedo adelantar que no tienen tanto humor como yo y su módulo de interrogatorio me han dicho que está pensado para provocar una muerte lenta y dolorosa. En fin, tú verás qué haces le dijo en tono algo jocoso Helga.

-Que te den, zorra gritó aquel hombre mientras se retorció de dolor ya en el suelo.

-Como prefieras. Camaradas, es todo vuestro ordenó la comandante a los androides.

-Espera, espera respondió gritando, cuando notó sus miembros atezados por aquellos robots de fríos modales.

-Está bien, está bien pareció entrar en razón ante Helga *mi nombre es Igor Palsson, pertenecía al equipo científico del profesor Heidelberg y nadie me ordenó nada*

-¿Estás seguro, Igor? Helga volvió a preguntarle amenazante, mientras cargó su arma y la puso con fuerza en su vientre.

-Un momento, un momento siguió aquel individuo, ablandado por la firme decisión de la comandante *-el consejero Jung logró infiltrarme en el equipo y me dio la orden de impedir por todos los medios, incluso eliminando a quien se opusiera, la llegada a La Tierra de la solución final, tal como se bautizó al compuesto tóxico que Fleetwood piensa emplear para acabar con las razas inferiores*

-Vaya, Igor, veo que esta vez tus palabras tienen sentido y ahora dime quién más estaba al tanto de esta conspiración le insistió esta vez colocando su arma entre los ojos de aquél.

-Puedes apretar el gatillo, zorra, no te diré más respondió desafiante el prisionero recuperando el ánimo *-¿Crees que tu amo Fleetwood quiere la solución final sólo para los que llamáis subhumanos? No, no, su plan diabólico va mucho más allá y, si permites que tenga en sus manos esta arma biológica arrasará toda nuestra Tierra. Estás a tiempo de cruzar a este lado y abandonar a ese demente endiosado, cruel, despiadado y lleno de rencor*

-Basta le cortó en seco Helga *-ahora límitate a decir quién más está contigo en esta conspiración*

-Aún estás a tiempo de evitar el holocausto que sueña Fleetwood respondió suplicante aquel

individuo que apelaba, como último recurso, a sus palabras para evitar algo que era inevitable.

-Está bien, está biendijo torciendo el gesto Helga andando con lentitud hacia el exterior de aquella sala y dando la espalda para después ordenar *-Matadle, camaradas*

-Os aniquilará a todos... fueron las últimas palabras de Igor antes de que su cuello fuera triturado por uno de los androides.

-Regresemos a la nave les dijo con frialdad Helga a sus colegas metálicos.

CAPÍTULO XII

Erick Fleetwood sintió que sería capaz en ese instante de hacer trizas con sus propias manos cualquier cosa, por muy dura que fuera. Era tal su ira, que sus esbirros Bradomer y Falomer creyeron que reventaría, esparciéndose sus vísceras malolientes por todo el despacho, mientras escuchaba en silencio el informe que, desde la base Lunar, le ofrecía la comandante Krupps.

-Además de lo confesado por el tal Igor, le confirmo el asesinato del profesor Heidelberg, que hemos identificado. Por lo tanto, no queda nadie vivo del equipo científico

-Jung, Jung, perro sarnoso, sabía que tramaba algo contra mí dijo levantándose Fleetwood y dando un golpe en la mesa con todas sus fuerzas. -Traidor, gusano, sabandija rastrera, enemigo de la patria gritaba ahora desaforado, mientras caminaba como lobo enjaulado por el despacho y sus lacayos iban apartándose por lo que pudiera suceder.

-De acuerdo, de acuerdo acertó a serenarse tras unos segundos en los que pareció iba a romper la cristalera y saltar por los aires, cegado por la ira -Debemos actuar con sangre fría y reponernos de este golpe bajo dijo ya con su habitual flema y pose ratonil.

-Es una conspiración en toda regla contra mi persona, tramada de forma concienzuda por ese baboso bastardo de Jung, al que debería eliminar con mis propias manos. Pero eso tal vez es lo que él, y sobre todo quienes le siguen, están aguardando. No, no, camaradas, debemos actuar con sigilo y despistar al enemigo. Guardemos el as que nos ha proporcionado la comandante y continuemos este plan que traerá la libertad y la gloria para nuestra sagrada Tierra

Fleetwood parecía recuperado del golpe y sus dotes de mando parecían intactas.

-Camarada Krupps, la misión debe cumplirse por encima de cualquier eventualidad y este desagradable contratiempo no va a impedir que sigamos adelante

-Camarada, la única opción que tenemos, teniendo en cuenta que sólo el piloto y yo misma hemos sobrevivido, es regresar por separado en cada una de las naves. En ésta, donde ahora encuentro, lo haría él mismo llevando la carga tóxica y en la segunda iría yo transportando el cargamento de antídotos, dirigida de forma remota desde la base en La Tierra. No obstante, aguardo sus órdenes, camarada respondió Helga con su habitual marcialidad.

-Me parece correcto, comandante, daré instrucciones para que lo preparen todo

-A sus órdenes, camarada, dentro de unas horas llegaremos y la misión será cumplida

-Gracias por su entrega, Helga. No le quepa duda de que tendrá pronto su recompensa. Hasta muy pronto, querida amiga le respondió Fleetwood lacónico pero a la vez esperanzado en que todo se recompondría gracias a la pericia de Krupps.

Se cerró la comunicación y el piloto, junto a Helga y sus androides, se trasladaron a la segunda nave a través de la plataforma contigua y cruzando el pasillo de interconexión. Una vez acomodada, le instruyó sobre conocimientos básicos de la nave, a la que sólo debía esperar que desde la base terráquea fuera pilotada. Para Helga todo aquello era nuevo aunque ni por un

momento dudó lo que debía hacer, incluso exponiéndose a perder la vida una vez más.

-Camarada, observe el panel de control donde podrá comprobar todas las maniobras que, desde nuestro planeta, se irán realizando para conducirla sana y salva. Sólo tiene que ajustarse el intercomunicador y listo. Ellos desde casa se encargarán de todo le dijo tranquilizador el piloto.

-Gracias, camarada, y lamento la pérdida de sus compañeros de forma tan cobarde. Nos vemos dentro de unos minutos en nuestra sagrada Tierra y todo por ella

-Todo por ella, camarada respondió en posición de firmes el piloto, que al momento abandonó la nave rumbo a la suya, donde transportaría la letal carga.

No pasaron diez minutos, cuando oyó Helga la locución que le advertía se preparara para el viaje hacia La Tierra.

-Comandante Krupps bienvenida. Iniciamos la cuenta atrás para el despegue. Tome asiento y relájese

Helga miró a sus androides, que permanecían expectantes a cada momento y después reparó en el panel donde aquel oficial desde La Tierra le ofrecía una sonrisa tranquilizadora.

-Allá vamos le dijo con voz tenue *-Levamos anclas, camarada y ponemos rumbo a casa*

Krupps apenas percibió nada cuando la nave en silencio se elevó unos cientos de metros y, tras un leve zumbido que taponó sus oídos, supo que el sistema de campo gravitatorio propio se había iniciado. A los pocos segundos abandonaba a velocidad sideral la Luna y se adentraba en el espacio.

Era un momento para meditar los acontecimientos y comprender que se hallaba envuelta en una peligrosa situación y que su visión idílica del Régimen Planetario se derrumbaba por momentos. Nada parecía ya immaculado y sí turbio y sucio. Algo que sólo creía era propio de esas razas inferiores que eran sus enemigas encarnizadas. Pero ahora supo que la podredumbre moral, los bajos instintos habían saltado a su raza de superhombres, la estaba fagocitando y que ya de nadie podría fiarse; ni siquiera de Fleetwood, que aparecía como guardián de las esencias más puras.

Pero no debía tener tentaciones de tomar partido, de inclinar la balanza de su lealtad con la cual no negociaría. Era una orgullosa miembro de la milicia, del último bastión de la civilización frente a la barbarie, y no estaba dispuesta a ceder un milímetro en su lucha.

Esa lucha precisamente estaba teniendo lugar en aquellos momentos en los que, por un momento, tuvo la sensación de que se encontraba en un sitio peligroso y expuesta a miles de avatares que no podía controlar. Aquella sofisticada nave obedecía a una persona que se encontraba a más de trescientos mil kilómetros, y se vio a sí misma como un simple juguete en manos de un niño travieso.

Aquellos temores quiso desviarlos de su pensamiento, aunque lo logró tan sólo por unos instantes. Y es que, si todo había permanecido en silencio hasta ese momento, Helga comenzó a escuchar ruidos inquietantes por doquier. Tanto fue así que sus propios androides, en desconexión

automática, habían iniciado la secuencia de prevención con las armas y, de repente y conforme a su programa de defensa de su integridad, la flanquearon a ambos lados.

Helga no sabía qué hacer, puesto que aquellos extraños ruidos que, de pronto, se convirtieron en crujidos, la inquietaron de verdad puesto que se hacían cada más vez más fuertes. De pronto, una sacudida leve hizo que se alarmara e inició la llamada a la base.

Helga entró en pánico al no obtener respuesta. Con un incipiente temblor en sus manos comprobó que las comunicaciones estaban rotas. Una sombra pasó por su cabeza, y una palabra también: “sabotaje”.

Sí, sí, sabotaje, pensó la comandante. No era difícil que aquel individuo infiltrado que acababa de tuviera conocimientos suficientes, como liquidar

oficial científico, de los entresijos de la nave. O, tal vez, amedrentó a alguien de la base Lunar que los tuviese y dañara el complejo sistema aviónico.

Todo era posible y no importaba cómo. El caso es que la probabilidad era altísima y allí estaba ella, en la inmensidad del espacio y a punto de que aquella mole saltara en mil pedazos y su cuerpo se convirtiera en polvo estelar vagando eterno por el cosmos.

Unos minutos después, el sabotaje se hizo diáfano cuando la nave vibró de tal forma que a Helga le era imposible mantener la verticalidad y sólo sus soldados de acero, gracias a su estructura, podían aferrarse al piso de la nave. La situación era delicada y las luces de emergencia y la alarma acústica hicieron acto de presencia, a la vez que una locución automática advertía de la inminente despresurización.

Helga, desesperada sin saber qué hacer, decidió salir de la cabina y llegar dando tumbos a la zona de carga. Allí pudo comprobar cómo estaban los trajes especiales alineados y le consoló pensar que por lo menos ganaría unos minutos allí embutida. Con gran esfuerzo logró meterse en uno de éstos y por el visor contempló a sus dos amigos silenciosos tomando posición a su lado.

Hubo otra sacudida, aún más fuerte, y Helga supo que era el final para aquella nave y, claro está, para ella. Aceptó el destino y dio por bueno todo lo hecho. Pero su instinto le decía que había una posibilidad y que tendría que buscarla aunque, como era así, fuese lo último que hiciera en esta vida que ahora tocaba a su fin. Tomó impulso, una vez que la despresurización se había adueñado de la nave, y se dirigió a la zona donde se encontraba el módulo conteniendo el antídoto creado para la solución final.

Krupps tenía pocos segundos para reaccionar, sobre todo cuando una explosión sonó al otro extremo de la nave. Sólo había una oportunidad y estaba dispuesta a aprovecharla. Pero tenía que pensar rápido y actuar aún más. No lo dudó.

-Camaradas, abran la nave acertó a decir a sus dos protectores.

Por un momento, que a Helga le pareció eterno, aquellos autómatas no hicieron gesto alguno. Sin embargo, algo pareció que se movía en su interior.

-Proceso de conexión al ordenador central de la nave, en proceso, camarada dijo al fin uno de ellos.

-Conexión rechazada, camarada dijo al momento el otro hombre de acero con una voz metálica que sonó a epítafio final para Helga.

Otra explosión sonó y cimbrió todo el compartimento, hasta el punto de que vio cómo se agrietaba la puerta acorazada que había cerrado con fuerza momentos antes.

-Camaradas, desactivación dijo Helga por instinto.

-Camaradas, activación dijo tras unos segundos.

-Reinicien conexión al ordenador central de la nave Se le ocurrió ordenar, ya como último recurso.

Los segundos transcurrieron entre sacudidas hasta que uno de los androides reaccionó.

-Conexión establecida. Apertura de la nave en tres, dos, uno, cero...

La explosión hizo saltar aquella puerta y, tal vez el azar, lanzó a Helga dentro de la pequeña nave cuya puerta se abría en ese momento. Estrujada entre cajas metálicas que le aprisionaban, Helga apenas pudo pronunciar aquellas palabras que suponían una prórroga para su corta vida y un lanzazo al destino que le perseguía para finiquitarla.

-Camaradas, cierren la compuerta de la nave. Activen secuencia de lanzamiento dijo al fin mientras aquellos dos amigos cibernéticos cumplían al punto con esta postrera orden que cerraría para ellos su ciclo junto a ella. Corto pero intenso, pensó Krupps mientras sintió cómo la aceleración de aquel módulo propiciaba el alejamiento inmediato, aunque por milésimas al producirse la deflagración final de aquella nave que ahora quedaba reducida a la nada y, con ella, sus dos metálicos protectores.

Por un momento, Helga tuvo un recuerdo para ellos pero duró una centésima de segundo, que fue lo que tardó en reparar que el traje que le envolvía le avisó mediante una aguda señal acompañada de una locución automática de que le restaban diez minutos de oxígeno. De una situación límite a otra tal vez peor.

Mientras hacía cálculas de la velocidad del módulo y lo que restaba hasta la atmósfera terrestre, Krupps se flageló de forma sádica imaginándose cómo sería su final, asfixiándose poco a poco, consumiendo hasta el último átomo de oxígeno, sus pulmones colapsados y su corazón frenado de repente.

Hizo un esfuerzo por no martirizarse y pensar. Pensar, sí, pensar, eso era lo que único importante ahora. Pero comprendió con tristeza que no tenía a su lado a sus camaradas, ya historia, y sólo un puñado de envases metálicos.

¡Envases! Aquella palabra retumbó en su mente. Recordó que aquella pequeña nave estaba presurizada y, si eso era así, contendría el suficiente oxígeno al menos para una persona. De todas formas, pronto lo sabría. De cualquier forma, las reducidas dimensiones hacían que dudara de que pudiera resistir hasta alcanzar la tierra. Un vistazo al control de constantes vitales del traje espacial en su brazo despejó las dudas, al aparecer los dígitos que indicaban apenas un minuto de reserva de oxígeno. Un sudor frío sintió Helga, mientras observó repitiendo en voz alta la fatídica cuenta atrás que aquel ingenio complementó con luces rojas de aviso que la alarmaron aún más.

No había más opción cuando apareció cero en la pantalla de su brazo y comprobó aterrada cómo el oxígeno concluía su reserva. Era el momento de las decisiones y, en esta ocasión, sólo había una y Helga no tardó en tomarla para pulsar con fuerza el resorte de apertura del traje espacial que, tras un amago de no poder abrirlo que le pareció eterno, consiguió desbloquear.

Durante milésimas de segundo, en el transcurso de aquella operación, Helga pensó cómo terminaría si no había suficiente oxígeno en la pequeña nave, y se imaginó cómo su cuerpo se congelaría antes de poder siquiera mover una pestaña. Volvió temblorosa a la realidad y tras escuchar el chasquido que liberaba el protector de su cabeza, quedó expuesta a la atmósfera reinante en el interior de la nave.

El instinto, también empujado por el nerviosismo, hizo que aspirara con todas sus fuerzas y sus pulmones al fin comprobaron cómo se hinchaban respirando el salvador aire que prorrogó su vida, al menos hasta que se agotara.

Helga trató de no pensar y hacer conjeturas sobre si resistiría el oxígeno y prefirió hacer balance de lo ocurrido en esa azarosa jornada, que le había deparado momentos de vértigo en los que la adrenalina había sido protagonista.

Las imágenes se sucedieron en su mente a un ritmo frenético, tal como habían transcurrido las horas desde que abandonara La Tierra para cumplir la misión ordenada por Erik Fleetwood, a quien imaginaba dando órdenes para sofocar aquella rebelión liderada por Jung y sus aliados en el Consejo.

Esos pensamientos, yendo y viniendo, fueron los últimos antes de que se sumiera en un profundo sopor que apenas acertó a comprender era inducido lento pero sin pausa por la escasez de oxígeno; que ya hacía mella en su organismo. Su instinto tuvo tiempo de colocarse al ras de la nave, con tal de aprovechar al máximo aquél.

Helga, no obstante, se abandonó al sueño que le llevó a lugares ignotos, con criaturas extrañas cruzando sus llanuras, sirviendo unas de alimento a otras, descuartizadas por hambrientos animales de salvaje fiereza, luchando encarnizados por conseguir la presa. Helga hizo un esfuerzo por despertar, por alejarse de aquella pesadilla atroz, pero era inútil porque una fuerza extrema tiraba de ella hasta anclarla a esa tierra salvaje y primigenia, donde con terror descubrió que sería una presa más, lista para ser devorada entre rugidos por aquellas alimañas voraces y despiadadas.

Helga corrió y corrió, sintiendo cómo aquella jauría estaba presta a alcanzarla con sus afiladas garras, mientras sentía a sus espaldas ya su aliento, temblando la tierra a sus pies y, sin resuello, cayendo con estrépito. Volvió su rostro y sólo tuvo tiempo de lanzar un desesperado grito antes de que sintiera cómo su garganta era apresada con una fuerza descomunal que le agarraba sin poder hacer nada para zafarse de tan formidable poder.

Helga abrió los ojos y lo que vio no eran aquellas imágenes, ya la pesadilla esfumada, sino la realidad. Y ésta no distaba en terror de la que acababa de vivir en sueños. Porque su garganta estaba atenazada por una mano que apretaba y apretaba sin darle opción a llevar a sus pulmones el suficiente oxígeno.

Su mente despertó por fin y comprendió que estaba en La Tierra, en casa, pero se percató de que

tal vez terminase sus días en manos de aquel subhumano, cuyo hedor percibía cuando le hablaba a pocos centímetros y veía su boca hedionda gritándole a la vez que su mano se cerraba inmisericorde en su garganta al límite del aguante.

Ató cabos, en unos segundos que otra vez pudieran ser los últimos de su existencia, y acertó a recomponer qué había sucedido desde su letargo en el frío suelo de la nave. Fue fácil para ella colocar las piezas del rompecabezas, que consistía en que la nave había sido reprogramada por aquel miembro del equipo científico autor de la masacre de sus compañeros en la base lunar, infiltrado de Jung y sus secuaces sediciosos en el proyecto de la solución final, y establecido las coordenadas de aterrizaje donde ahora mismo se encontraba, en la que aquellos subhumanos cómplices estarían esperando para hacerse con el cargamento que transportaba, y que hacía inútil el esfuerzo de Erik Fleetwood para culminar su proyecto de exterminio, al no contar con las muestras de antídotos al tóxico, que ya tendría en sus manos y que viajaba en la otra nave, ya a esas horas a buen recaudo de sus esbirros.

Y precisamente uno de esos subhumanos era quien le tenía fuera de combate en ese momento y desde que la descubrieron al abrir la nave. Helga ya compuso sus pensamientos y las fuerzas parecieron volver a sus músculos y, en especial, a sus poderosos miembros modificados.

Gracias a su la fuerza de su formidable brazo y un hilo de consciencia que le quedaba para que su cerebro le obedeciese, se zafó de aquella mano fuerte, ruda y áspera que le atenazaba la garganta, terminando su agresor con la cabeza arrancada de cuajo tras el golpe que Helga le propinó sin miramientos.

Apenas tuvo tiempo de tomar una bocanada de aire, cuando en su espalda sintió el frío acero cómo penetraba en su carne. El cobarde ataque había sido infligido por otro subhumano que se encontraba en un grupo de una decena, que advirtieron la debilidad de Helga, mientras la sangre ya inundaba su traje espacial, ahora desgarrado.

Helga sintió una sensación de mareo que le hizo tambalearse, pero tuvo las suficientes fuerzas para repeler al segundo subhumano, que acabó con el pecho abierto en canal tras recibir una patada letal de su extremidad modificada con acero.

Este rápido contraataque le dio suficiente tiempo para deshacerse del traje que le aprisionaba y, una vez liberada, se dispuso a continuar aquella batalla por su vida frente a los restantes subhumanos. Helga pensó que podría con todos, aunque no imaginó que al momento de una loma cercana aparecieran dos decenas más que corrieron para unirse a sus agresores.

No había tiempo para pensar y, sin un arma para repeler a tan grande grupo, eligió la única opción posible y plausible que le restaba, que no era otra que correr. Recordó en aquel instante la pesadilla aún presente en su pensamiento y cayó en la cuenta de que no distaba aquella situación imaginada a la que vivía en esos momentos de zozobra, luchando por librarse de otro tipo de jauría sin garras pero con un instinto criminal tan salvaje como el de las bestias imaginadas.

Helga, en circunstancias normales, tendría una opción de salvarse. Pero ella misma comprendió que la herida que había abierto un boquete en su espalda, hacía que la sangre brotara para dejar un reguero por donde pisaba. Esa sangre se llevaba consigo sus fuerzas y su mente comenzó a jugarle malas pasadas: primero con la vista que pareció perderla por un segundo, después sus piernas que

cada vez se negaban más a obedecer las órdenes de sus cerebro y, por último, éste mismo que ya parecía no obtener el suficiente riego sanguíneo para mantenerse despierto y alerta.

Helga se aferró, mientras su ritmo de carrera disminuía poco a poco, a pensar en que aquello era otra pesadilla, fruto de la situación límite que vivía. Pero sabía con certeza que no era así. Era la cruda realidad y tenía que afrontar el final que estaba pronto para llegar. Pero no se rendiría y lucharía hasta el último aliento, hasta que el acero partiese en dos su corazón, hasta que su garganta fuera seccionada y su sangre fuera despedida a chorros y se le escapara la vida con ella. Estaba seguro de no defraudarse a sí misma y presentar batalla hasta el momento postrero de su existencia; al que pareció vislumbrar, mientras sus ojos le ofrecían ya una visión emborronada de la realidad.

Recordó una vez más la pesadilla cuando sintió a sus espaldas la jauría, ahora chillando con un grito monocorde sordo y bronco, y las pisadas ya cerca que delataban la cercanía del grupo asesino que preparaba ya sus rudimentarias armas, para hundirlas vengativas en su cuerpo ya torpe y casi rendido.

Le quedaban pocas fuerzas y su ritmo de carrera comenzó a frenarse, hasta el punto de sentir de nuevo en su espalda el escozor del roce de una espada. Tras éste, otro más en su costado que llevó a su cerebro un intenso dolor, mientras el tajo hecho en su carne abría otro boquete por donde la sangre comenzó a manar con fuerza.

Helga supo que el final estaba próximo y se preparó para afrontarlo con dignidad y valentía, aunando las escasas fuerzas de las que disponía para presentar cara a sus encarnizados enemigos. Sin embargo no tuvo opción a cuanto planeó cuando observó cómo aquel agreste camino por donde corría terminaba en una inclinación pronunciada y, tras ésta, la nada.

O tal vez sería mejor llamarlo el vacío, porque el impulso que llevaba le impidió detenerse y cayó a éste sin opción para aferrarse a nada. Helga caía por aquel precipicio no intuido en su carrera hacia un final que no acertaba a ver, mientras era volteada en el aire y su mente se desvaneció para sumirse de nuevo en aquel mundo onírico, que terminó de aislarle del improvisado viaje hacia un final desconocido muchos cientos de metros más abajo.

Helga esta vez salió de una nebulosa para encontrarse en un prado inmenso, de un verde que hacía daño a los ojos, con un cielo de un azul brillante y donde podía aspirar el aire fresco de la mañana. Levantó la mirada y contempló a lo lejos una bandada de pájaros volando en zigzag.

Los observó sin temor mientras aquellos veloces y pequeños alados hacían piruetas imposibles, yendo de un lado a otro del horizonte, pareciendo posarse todos juntos, y todos juntos alzando un vuelo vertiginoso y grácil a la vez; dejándose caer y ascender a velocidades inimaginables, componiendo bellas figuras.

Helga sonrió ante aquel espectáculo y se dio media vuelta para pasear entre los brotes tiernos de aquel prado que invitaba para asir ese momento de sublime belleza por doquier. Pero Helga presintió algo a su espalda.

Era un presentimiento oscuro, pero tangible. Su piel se erizó y comprendió que una amenaza cierta se cernía sobre ella. Aterrada comprobó que se hacía realidad aquel temor; y el día mutó su luz vibrante y sus colores vívidos, armónicos y alegres, en una tenebrosa oscuridad, donde los tonos

grises inundaron todo lo viviente. Y esa sensación de temor se tornó en terror cuando Helga, mirando de nuevo hacia aquellos pequeños voladores, observó cómo éstos avanzaban amenazantes hacia ella.

Helga supo que sería carne para el sacrificio; supo que su cuerpo era el objeto de deseo de aquella inmensa pléyade de cuerpos alados actuando como un solo ser, ávido de sangre que ofrecer a un ser antiguo y maligno, que se engrandece en la desdicha, en la tristeza, que se regodea con el sufrimiento, que le da vida la muerte y aquellas aves eran sus mensajeras que no tardarían en despedazarla y engullir su carne indefensa hasta no dejar ni una pizca de su cuerpo.

Helga lanzó un grito de terror cuando aquella informe masa negra como el azabache, ruidosa y ruin, miserable y estruendosa, la rodeó sin dejar un sólo palmo de su piel sin picotear con saña, arrancados de sus cuencas, mientras sus ojos eran su sangre sorbida con

frucción y sus vísceras esparcidas entre los campos.

Helga, aún con esa sensación de dolor de la piel arrancada a tiras, abrió los ojos y el terror volvió a su mente cuando comprobó que el agua inundaba su garganta y después sus pulmones.

Al volver a la lucidez, la realidad era tan terrible como aquella pesadilla, y ahora se ahogaba sin remisión en las turbias aguas a donde había ido a caer en su descenso por el precipicio. Helga apenas tenía fuerzas para intentar alcanzar la superficie, que además ni siquiera podía acertar a ver, mientras los ojos le escocían a rabiar.

Contempló cómo su sangre, que seguía manando sin parar de sus profundas heridas, se mezclaba con el agua que esta vez se constituía en sudario para la muerte ya cercana. Quiso pensar, pero el esfuerzo ya le pareció inútil y se abandonó sin amago de lucha al reino de las sombras que aquellas aguas anunciaban bajo sus pies, mientras tenues rayos de luz llegaban lastimeros a sus ojos.

Pero éstos, a pesar de que su corazón se paraba sin remisión, contemplaron por un momento más allá de la superficie una imagen que hizo rastrear a contrarreloj en sus recuerdos cuándo y dónde la había visto por primera vez. No fue capaz de responderse a sí misma, porque la noche se anticipó a sus deseos, las sombras tenebrosas acabaron con cualquier atisbo de esperanza y se sumió en su reino lúgubre donde ésta es vencida y reina la ominosa oscuridad.

Helga, como si de profundo sueño de nuevo se tratase, sintió unas fuertes manos asirle con decisión las suyas. Con ese leve hilo de consciencia, que aún no le había dejado a la deriva en el reino siniestro y oscuro, sus ojos pudieron ver aquel rostro de nuevo y después asistir como en una ensoñación a su elevación a un bote y allí quedar tendida sobre éste.

Aquel rostro que ahora veía con claridad, se acercó al suyo y tomándole los labios unió los suyos insuflándole ese aire de la vida que comenzó a buscar sus pulmones. Una y otra vez aquellos tiernos labios repitieron la maniobra hasta que Helga, rescatada en el último instante de las garras de los seres del averno, expulsó victoriosa aquella agua que como veneno iba a cercenar su vida.

CAPÍTULO XIII

-¡Malditos bastardos! gritó con fuerza Erick Fleetwood, a la vez que barría con fuerza todas las cosas que en ese momento había en su mesa de despacho.

-¡Traidores malnacidos! Merecen la muerte más lenta y dolorosa. Pero no ahora, camaradas, sino en el momento oportuno. Ya sé que el castigo tiene que ser contundente, pero no por ello ha de aplicarse de inmediato. Podemos esperar el tiempo necesario para abatirles de tal forma que el pueblo no se soliviente. Buscaremos formas para, de una sola vez, borrar a esas hienas del Consejo. Porque recordad que todos los días se producen terribles accidentes y pronto tendrá lugar uno que nos obligará a realizar un multitudinario funeral de Estado

-Y ahora, oficial, cuénteme con detalles qué ha ocurrido para que hayamos perdido la segunda nave le gritó desahogado al piloto que acompañaba rumbo a La Tierra a Helga, transportando éste la solución final.

-Camarada, quedaban escasos minutos para el aterrizaje programado en nuestra base. Con mi nave seguí el plan establecido y completé la ruta sin incidencias. Sin embargo, se produjo en ese momento la desconexión con la de la comandante Krupps y ésta explotó coincidiendo con su reentrada en nuestra atmósfera

-Sabotaje gritó Fleetwood.

-Me temo que sí, camarada le respondió cabizbajo el piloto.

-Pero, ¿cómo...

-Camarada Fleetwood le interrumpió nervioso el piloto casi con toda seguridad le dio tiempo a realizar un reprogramación para la destrucción de la nave al miembro del equipo científico infiltrado para asesinarlos a todos. Es seguro que tenía instrucciones de impedirnos culminar la misión, según lo averiguado por la comandante, a instancias del consejero Jung, Por lo tanto, y teniendo en cuenta que contaba con amplios conocimientos de navegación, pudiera sin lugar a dudas lograr lo que al final ha causado este desastre que anula la capacidad de usar el tóxico desarrollado por el equipo del profesor Heidelberg

-Pero ¿Está confirmada la pérdida total del cargamento, oficial? le inquirió vehemente Fleetwood.

-Tengo buenas noticias, camarada, ya que el sabotaje fue sofisticado como ya le apunté antes, pero no contaba con un detalle crucial y es que la comandante iba escoltada por dos androides de última generación que, momentos antes de la deflagración que destruyó la nave consiguieron, gracias también a la pericia de la comandante Krupps, desbloquear el sistema de apertura de ésta y permitirle introducirse en ella. De esto estamos seguros puesto que tanto ella como la nave llevan balizas, que han sido localizadas en un punto determinado de la zona prohibida. Justo en un lugar al que hace dos mil años llamaban Galilea.

-Galilea dijo pensativo Fleetwood *-Pues pulvericen ese jodido lugar y tráiganme ese*

cargamento ¿Entendido?

-A sus órdenes, camarada. Ya estaba prevista una expedición con un grupo de combate para despegar dentro de una hora y esperamos estar de regreso en poco tiempo, salvo que se presenten imponderables meteorológicos o resistencia por parte de grupúsculos terroristas.

-Sí, camarada rumió Fleetwood -A esos subhumanos iba dirigido el cargamento. Es una conspiración en toda regla en la que el consejero Jung representa la máxima autoridad y artífice de esta conjura criminal. Pero los aplastaremos, los aniquilaremos, los exterminaremos

-Por La Tierra, camarada se cuadró el oficial y abandonó con marcialidad el despacho de Fleetwood.

-Por La Tierra respondió de forma mecánica éste -Y ahora dígales al paso a mis colaboradores Bradomer y Falomer que entren

Fleetwood dio la espalda a la mesa de su despacho y se dirigió a los ventanales, a los que presionó leve para que permitieran una mejor visión a esa hora de la tarde, en la que la luz pierde fuelle. Observaba la ciudad pero su mente cavilaba en otras maquinaciones que llevaban al mismo punto. Y ese punto era “exterminio”, y nada ni nadie se lo impediría.

El zumbido de la puerta le anunció que sus dos colaboradores de confianza se encontraban tras él en el despacho y les rogó que se sentaran. Se volvió parsimonioso hacia ellos y les dirigió con rostro grave la palabra.

-Bradomer, Falomer, ya conocéis la conspiración que se ha puesto en evidencia en este día. Todos sabemos ya quién es el inspirador, aunque falta aún conocer los colaboradores necesarios, pero es tarea que debemos postergar en este momento para centrar nuestros esfuerzos en encontrar esa nave que lleva la llave para poder utilizar con garantías la solución final, que ya conocéis

-Sin embargo continuó dirigiéndoles la palabra en ese tono misterioso estudiado que tenía Fleetwood -os he convocado para que me prestéis vuestra ayuda y también vuestro siempre acertado y sincero consejo, dada la gravedad de esta conjura que se ha fraguado contra mi persona en particular y contra el Régimen, en general

-Camaradacomenzo Bradomer -No quisiera pecar de malpensado en esta ocasión diciéndoos nombres al azar, en los que a cada minuto pienso como inspiradores junto al traidor consejero Jung, cuyas horas de vida están contadas. Pero me veo en la necesidad de hacer una reflexión en voz alta y traer a la primera línea de sospechosos alguien sobre el que ya tenemos fundados indicios, que anda en los entresijos de la conspiración y recomendaría su aniquilación inmediata. Y esto lo digo así puesto que su poder de iniciativa es el más inquietante, tratándose del máximo mandatario de la Policía de La Tierra. Sí, camarada, me refiero a Vorwerk, del que ya conocemos su impureza de sangre, y al que le habéis dado unos días más de vida para que colaborase en el proyecto de la solución final.

-Así es, camarada continuó Falomer -Nuestras pesquisas así lo indican y nos basamos en que el oficial científico traidor en la base Lunar era alguien cercano a Vorwerk, con el que había colaborado en su etapa en la academia de nuevos oficiales, en el área de tecnología y ciencia

aplicada al control demográfico y contención de la natalidad.

-Camaradas, camaradas, qué sería de este Régimen sin vosotros. Qué sería yo sin vuestra ayuda, sin vuestro fino olfato de sabuesos, que esta vez nos lleva tras la pista de alguien que ha cruzado esa línea de no retorno hacia su definitiva desaparición respondió Fleetwood mientras se frotaba las manos con lentitud estudiada -Mis queridos Bradomer y Falomer, es mi criterio que hagáis una visita a nuestro común amigo Vorwerk, al que llevaréis un saludo de mi parte y del que espero tener noticias vuestras muy pronto

CAPÍTULO XIV

El edificio central de la Policía de La Tierra se encontraba al lado opuesto de la ciudad y en él, en su planta más alta y dominando toda la gran avenida de los precursores del Régimen, se encontraba el magnífico despacho de su máximo dirigente, el camarada Vorwerk.

El oficial encargado del control de los accesos al recinto, por otra parte un fortín, contempló cómo dos agentes del grupo de la Pureza de Sangre, con sus negros uniformes con cursis remaches plateados y botas altas de montar, hacían su entrada en el hall y se le acercaban con paso decidido.

-Qué se les ofrece, camaradas les dijo de forma cortés.

-Mi nombre es Bradomer, él es Falomer y no hace falta que le digamos de dónde venimos ni qué hacemos respondió Bradomer, con un leve toque de ironía que podía apreciarse diáfano entre las palabras pronunciadas con afectación, mientras Falomer ofrecía su sonrisa tan característica de hiena hambrienta.

-Pues ustedes dirán, camaradas les respondió perplejo aquel agente.

-Sólo queremos hacerle una visita al camarada Vorwerk, en nombre del consejero Fleetwood. ¿Tiene la amabilidad de anunciarnos?

-Esperen un instante, por favor les respondió entonces con un toque sardónico aquel oficial, al que le gustaban bien poco aquellos relamidos y a la vez siniestros personajes.

Bradomer y Falomer se lo tomaron con filosofía y retrocedieron hasta la zona de asientos, donde se acomodaron a la espera de noticias. Sin embargo, éstas no parecían llegar y, tras ver cómo el oficial hacía varias llamadas y no les daba respuesta, decidieron probar de nuevo suerte.

-Camarada, ¿podemos subir ya? Preguntó Bradomer ofreciendo una sonrisa falsa.

-Lo siento, el camarada Vorwerk no puede recibirles en este momento y...

-¿Cómo ha dicho, pedazo de inútil? le interrumpió Falomer, haciendo una mueca de nerviosismo estirando el cuello.

-Cómo se atreve... comenzó a pronunciar el oficial de la Policía de La Tierra, para quien los amaneceres terminaban justamente en este momento, cuando pudo ver cómo le seccionaban de un felino movimiento la garganta y sus manos no podían hacer nada para detener el manantial de sangre que brotaba de ella. Sus últimos momentos fueron para ver cómo Bradomer y Falomer le pateaban para después escupirle en la cara.

Al ver esta escena, varios guardias que estaban situados a unos metros se lanzaron en tromba a por los dos, y Bradomer se dirigió un instante a Falomer en tono irónico.

-Camarada, es el momento de pedir ayuda a nuestra amiga Lucy

-Ya lo creo, camarada, es un trabajo pensado para ella respondió Falomer ofreciendo ahora su

pose más jocosa.

Bradomer, imitándole y mirando fijamente a los guardias que se aproximaban, sacó de su bolsillo una pequeña esfera de color naranja que, al contacto con el aire tornó a rojo brillante. No tardó un segundo en ascender unos centímetros y al momento volver al mismo sitio a una velocidad que los ojos de todos los presentes, incluidos sus portadores, no advirtieron.

Bradomer, guardando aquel misterioso artefacto, y Falomer riendo cómo lo hacía, observaron cómo aquel grupo de agentes caían a la vez desmoronados al suelo con sendos boquetes en sus pechos, justo en el lado del corazón, atravesados limpiamente.

-Camarada, creo que Lucy ha hecho su trabajo con un diez dijo en tono alegre Falomer.

*- Ya lo creo, camarada, también estimo que ha establecido un nuevo récord*le respondió Bradomer apretándose el cinturón y dirigiéndose, mientras pisaba a los agentes abatidos, a los ascensores.

Tomaron uno y pocos segundos después llegaban a las puertas que daban acceso al despacho de Vorwerk. Como era de esperar, dos agentes bien pertrechados custodiaban el acceso a éste y al acercarse unos metros, Bradomer se dirigió en su forma acostumbrada a Falomer.

-Camarada, creo que Lucy aún tiene trabajo esta tarde

Todo fue decir esto y sacar aquel artefacto que, de nuevo en un segundo salió disparado y al momento se posaba en la mano de Bradomer.

Ambos se miraron, sonrieron y observaron de qué forma se tambaleaban hasta caer de bruces los grandullones agentes, que ahora aparecían con sus respectivas cabezas horadadas, donde podían verse sendos boquetes que cruzaban de oreja a oreja.

-Camarada, Lucy ha elegido esta vez otro lugar de los cuerpos de estos simpáticos amigos para hacer una de sus travesuras dijo Bradomer, dando un saltito ridículo para no pisar a uno de los agentes tirados con la cabeza abierta.

-Ya lo creo, camarada, recuerda que aprende en cada trabajo que lleva a cabo y, bueno, los maestros que le han enseñado algo tendremos que ver ¿O no, camarada? respondió Falomer, pateando la cabeza abierta del otro agente.

La puerta del despacho de Vorwerk se abrió y arma en ristre apareció para hablarles mientras les apuntaba.

-Pero ¿Qué ocurre? ¿Son ustedes los responsables de este vil atentado a mis agentes?

*-Me temo que tendrá que preguntárselo a nuestra amiga Lucy*dijo Bradomer muy serio.

-¿Lucy? ¿Quién es Lucy? le respondió Vorwerk sin dejar de apuntarles.

-Camarada, creo que no sería de buena educación no presentarle a nuestra amiga dijo Falomer mirando a la vez que guiñaba un ojo a Bradomer.

-Está bien, está bien, se la presentaré

Bradomer volvió a introducir su mano en el bolsillo de la guerrera y sacó al artefacto, que ahora emitía una tenue luz verde esmeralda y que, al igual que las dos veces anteriores, se elevó y en un segundo salió disparado y al momento retornó al punto de origen, para posarse en la mano de Bradomer y apagarse.

Ambos camaradas observaron cómo Vorwerk se sorprendió al ver en el suelo su propia mano, todavía empuñando su arma reglamentaria, y también el muñón donde la sangre, tras la amputación, manaba sin recato regando el suelo circundante de donde se encontraba. No tardó en caer, abatido por la gran hemorragia, aunque sin perder el sentido.

-Camarada Vorwerk, sentimos que Lucy tenga ese mal carácter, pero debimos advertirle que no le gustan las armas y menos las que nos apuntan. Lástima de su mano. Pero no se preocupe, en esta temporada hay ofertas de miembros procedentes de subhumanos. Además, tratándose de usted que tiene cierto grado de su sangre, creo que le irá pintiparada. No ponga esa cara hombre, que hay auténticas gangas y se la ponen en un periquete. Pero, bueno, camarada, le ayudaremos a levantarse, le pondremos una buena venda y le haremos algunas preguntas que nos ha encargado el consejero Fleetwood.

Vorwerk supo que era su fin. No había escapatoria y los esbirros de Fleetwood harían su trabajo con una eficacia que sabía era letal para sus intereses. La sangre redujo su flujo tras la cura a la que le sometieron. Lo sentaron en su mesa de despacho y se colocaron ambos en su frente.

-Camarada comenzó el turno de palabra Bradomer estará al tanto, suponemos, del ataque y posterior sabotaje terrorista en la base Lunar. Por este motivo y por su afinidad con el responsable de estos actos subversivos, queríamos que nos aclarara su participación como enlace del consejero Jung en la conspiración

-Pero, cómo se atreve a poner en duda mi honorabilidad... saltó Vorwerk intentado jugar a la integridad a la desesperada.

-Camarada, camarada, ya sabemos de su participación y sólo queda que nos diga quién más, aparte de Jung, está confabulado en la operación le dijo esta vez Falomer remarcando cada palabra, pero con cara de perder la paciencia.

-Se equivocan, camaradas, soy fiel al Régimen, soy fiel al Consejo...

Bradomer y Falomer le agarraron por los brazos y, abriendo uno de los ventanales, lo arrojaron al vacío. Aunque lo mantuvieron agarrado, mientras volvían a preguntarle lo mismo una vez más.

-Por favor, camaradas, no me suelten les suplicaba mientras Vorwerk observaba la caída de seiscientos metros que había bajo sus pies.

-¿Ves Falomer? Te dije que en el dossier de este cobarde terrorista decía que le tenía pánico a las alturas

-Tienes razón, Bradomer. No eran exageraciones de esos estúpidos loqueros. Es cierto cuanto apuntaban y ahora vamos a ver si funciona de verdad

-Por favor, se lo suplico, hablaré, hablaré gritaba mirando al vacío Vorwerk, de nuevo

gimoteando como un niño asustado. Los dos esbirros tiraron de él, cerraron la ventana y lo sentaron de nuevo en el sillón de su despacho.

-Y ahora, ya sabe lo que le espera si no dice algo que nuestros oídos deseen oír le amenazó Bradomer.

-De acuerdo comenzó a decir por fin Vorwerk cabizbajo Jung me rogó seleccionara alguien de confianza y con suficientes conocimientos técnicos para llevar a cabo la operación. Fue un éxito, porque además tenía la sangre fría y la convicción en el triunfo de nuestra conspiración contra Fleetwood, para aniquilar a toda la base Lunar, su equipo de combate y, sobre todo, al de científicos que habían desarrollado la solución final. Le dio tiempo de reprogramar la nave que llevaría los antídotos y hacerla descender en plena zona prohibida al otro lado del mundo, lejos del Régimen. La conspiración tarde o temprano triunfará y derrocará a ese tirano que tenéis por jefe. Os doy a ambos la oportunidad de uniros a nosotros y...

- Camarada, por favor, déjese de historias y vaya al grano. Vamos, compórtese que tenemos cita para depilarnos y llegamos tarde ¿Entiende? O tendremos que abrir de nuevo la ventana. De una vez por todas, díganos todos los que participan en la conjuración inquirió Falomer, mezclando ironía con poses efectivas de amenaza.

-Es inútil, camaradas, os repito que sólo recibía órdenes de Jung, por lo tanto desconozco quien más colabora con él, sea o no del Consejo...

Bradomer y Falomer volvieron a flanquearle, tomarle por los brazos, haciendo oídos sordos de sus súplicas, y de nuevo lo arrojaron al vacío agarrándole por los brazos.

-Camarada, tiene una última oportunidad de decir quién más está en la conjura y mueve los hilos le gritó Bradomer.

-Pero camaradas... les volvió a suplicar Vorwerk al borde de la histeria. Por su parte, Falomer no le dejó terminar puesto que le soltó un brazo, quedando sólo agarrado por el de Bradomer.

-Ullman, Ullman grito aterrorizado Vorwerk presa ya del pánico -Ullman es quien lidera la conspiración y Jung y yo mismo somos meros ejecutores y captamos los adeptos, nadie más del Consejo conoce nada al respecto de nuestros movimientos. Es la verdad, camaradas, y ahora sáquenme de aquí les suplicó de nuevo a los dos esbirros.

-¿Ves camarada como querías hablar? Sólo te hacía falta un aliciente dijo con ironía Falomer, mientras le agarraba de nuevo el brazo.

Tanto éste como Bradomer hicieron el amago de subir a Vorwerk pero, cuando ya lo tenían casi alzado a la ventana y a salvo, Falomer de nuevo tomó la palabra.

-Bradomer, creo que nos falta hacer algo. ¿Recuerdas qué era?

-La verdad es que no, Falomer. Pero voy a hacer memoria. Sí, sí, camarada, ahora ya recuerdo. Era mandar al infierno a este gusano.

Aquellas palabras de desprecio pronunciadas por alguien que llevaba el demonio dentro de sí, fueron las últimas que el desdichado Vorwerk escuchó en esta vida, mientras se precipitaba al vacío al soltarle ambos brazos los dos esbirros de Fleetwood, cuyas caras sonrientes las contempló observándole cómo descendía hasta convertirse en una amalgama informe de sangre y huesos triturados seiscientos metros más abajo.

CAPÍTULO XV

Helga se extrañó de donde estaba, pero no dio demasiada importancia a este hecho puesto que le apetecía volver a ver a sus camaradas cuando aún tenía doce años y la instrucción se hacía cada vez más dura en la escuela.

Pero lo que no le gustó tanto era el momento en el que su mente había decidido volver, aún no sabía el motivo, y hacerle revivir aquel episodio en el que se vio a sí misma con cara de inocente colegiala en plena naturaleza al lado de un árbol.

En una de las ramas, Helga vio aquello que tanto temía y también oyó la orden de su instructor ordenarle subir y traerle un objeto que se encontraba en el interior de su gran temor: un enorme panal de abejas, en el que se afanaban miles de insectos dispuestos a defenderlo con su propia vida.

Helga también comprobó cómo su compañero que le antecedió en aquel intento yacía tendido en el suelo, agujoneado y retorciéndose de dolor, sin que nadie le auxiliara. Helga se vio a sí misma temblar y dejar entrever unas tímidas lágrimas en su rostro. Sabía que aquel gesto enfurecería al instructor y se las secó antes de que lo advirtiera.

No había otra opción para ella que cumplir aquella orden y su miedo le atenazó, y sus piernas no le respondieron. Escuchó el grito de su instructor y su fusta lista para partírsela en su espalda. Tenía que elegir y lo hizo encaminándose al árbol, que subió con cuidado hasta encontrarse a unos centímetros del panal, mientras las abejas prevenidas zumbaban a su alrededor, con sus agujones listos para atacarle.

Por un momento, estuvo tentada de abandonar, volver sobre sus pasos y enfrentarse al castigo que le dejaría señales en su espalda y varios días en una celda de aislamiento. Tenía que elegir entre el dolor y el dolor más la humillación que sufrían los que se mostraban débiles. Y Helga comprendió que tendría que haber una tercera opción.

Delante de ella vio aquel objeto que tenía que sacar del panal, colocado en el centro de éste mientras un buen número de insectos lo rodeaban insistentes. También recordó cómo la opción de meter la mano de su antecesor había sido errónea y cómo había terminado.

Helga volvió sobre sus pasos y descendió del árbol. Cuando hizo esto, ya le esperaba con la fusta levantada su instructor al que rogó esperara un momento. Tomó la rama que se encontraba a los pies del árbol, y que su antecesor había roto con su peso en la caída provocada por el dolor de las picaduras, y volvió a subir.

Helga empuñó la rama y con lentitud fue introduciéndola en el panal, hasta por fin dar con aquel objeto que debía entregar a su instructor. Con paciencia y habilidad, Helga lo consiguió y el objeto por fin cayó al suelo, y sin recibir ni siquiera una picadura. Satisfecha bajó del árbol y ofreció su sonrisa al instructor, quien se acercó a ella y del primer golpe la derribó sin mediar palabra.

No tuvo tiempo para levantarse, cuando aquel individuo descargó sobre ella toda su ira, dándole una y otra vez con fuerza por todo su cuerpo. Mientras la paliza continuaba cada vez con más saña, Helga no entendía por cual motivo era merecedora de ésta y así se lo preguntó entre sollozos y cuando más fuerte se hundía en su carne la fusta. Aquel instructor redobló los golpes y le respondió que la lección no consistía en entregarle aquel objeto, sino soportar el dolor y ella había preferido no hacerlo. Y ahora le enseñaba a palos aquélla.

Helga abrió los ojos, abandonando la ensoñación, pero no entendió qué ocurría cuando aquel dolor persistía en su cuerpo. Hizo un intento de incorporarse y aún fue más intenso. Pero sabía vencerlo y al momento ya estaba en pie, observando que se encontraba en un lugar extraño y su instinto le hizo ponerse en guardia.

Se palpó las heridas y aliviada comprendió que estaban cicatrizadas. Estaba en un lugar oscuro, alumbrado con apenas una hoguera encendida en el suelo, y los utensilios que había en derredor eran primitivos. Su piel se erizó y comprendió que estaba entre subhumanos, tal vez peligrosos, aunque recapacitó y se serenó al comprender que le habían atendido y, tal vez, salvado la vida. De todas formas, podrían tener un plan siniestro reservado para ella y prefirió poner todos sus sentidos alerta mientras no se demostrase lo contrario.

Su estómago le advertía de que debería tomar algo de alimento y no dudó en abalanzarse sobre un recipiente conteniendo frutos secos y algunas bayas, que calmaron sus ansias. Un jarro de agua calmó su sed y se encontró aún más repuesta y con ganas de continuar aquella aventura, cuyo fin aún no vislumbraba, pero que estaba poniendo a prueba sus capacidades de guerrera al límite. Pero Helga sabía que no se rendiría y seguiría hasta el final, y para ello abandonó aquella estancia y se dirigió hacia el exterior de lo que parecía un refugio efímero hecho de harapos.

Una vez fuera, la noche oscura le trajo rumores de gentes a la espalda de aquel lugar y hacia allí se dirigió. Con sigilo se acercó y en una hondonada del terreno pudo ver con claridad, a la luz de una gran fogata en el centro, un espectáculo que le sobrecogió al principio, después le enervó maldiciendo no contar con un arma, y más tarde le tranquilizó sin saber muy bien el motivo.

Escuchaban sus oídos una voz que acariciaba, melodiosa, con un timbre transmitía serenidad en profundo y grave, que

su espíritu. Quien las pronunciaba estaba de espaldas, en el centro de aquel grupo, cuyos ojos permanecían fijos en él y absortos en su presencia y hasta los más pequeños mantenían un silencio impropio. Cubierta su cabeza por las mismas ropas que portaba y sólo alcanzaba a vislumbrar, a contraluz de la generosa hoguera, sus manos gráciles acompañando su serena plática.

Su cuerpo se relajó, y sus pensamientos funestos se diluyeron al percibir las palabras que rebotaban en los riscos cercanos sumidos en la oscuridad, como fedatarios callados de aquel momento que a Helga le pareció mágico y, contra su furia instintiva, su mente se rebeló para, sin darse cuenta, tomar asiento en aquella arena reseca a sus pies y dejarse llevar por aquellas palabras que brotaban de alguien cuyo espíritu volaba entre ellas, llegando rumorosas, musicales, acariciando suaves sus oídos, laminando su ira, aplastando su soberbia, arrinconando sus ansias violentas, porque Helga sólo oía aquella voz, y en el universo no habitaba nada más.

-Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos
-Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra
-Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados
-Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados
-Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia
-Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios
-Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios
-Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos

-Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa

Helga escuchó aquellas palabras que reverberaron durante unos segundos en su cabeza, aunque se rindió ante la evidencia de que no las comprendía. Pero supo que eran nobles, que resumaban pureza, que eran verdaderas y eternas. Por un momento su vida pareció tomar sentido y un vértigo extraño se apoderó de ella cuando echó la vista atrás. Era una sensación asfixiante que jamás había sentido y que también nunca hubiera pensado pudiera anidar en su ánimo; porque fue como abandonar aquel cuerpo material, ascender allí mismo y verse sentada, mientras su otro yo volaba libre hacia el infinito, abandonando el yugo de la carne y fundiéndose con cada brizna de vida en aquel cielo estrellado que ofrecía su majestad imperecedera.

Helga salió del huracán de sensaciones, provocado en su mente, cuando aquél que hablaba de repente se giró y le observó en la lejanía. No podía ver su rostro porque la noche impedía ver sus facciones. Pero sintió su sonrisa, su piel se erizó porque podía sentir su alegría al verla allí, podía hasta percibir su gozo de que escuchara sus palabras, de que compartiera aquel momento, aislados del mundo fiero que seguía su frenético descenso a los infiernos, sucumbiendo desterrando cualquier a los más zafios instintos,

atisbo de humanidad y entregándose a una orgía perenne de rencores y odios, en un círculo maligno que presagiaba el ominoso abismo del sufrimiento eterno; allá en el laberinto del averno donde mora vengativo el maligno.

Helga observó cómo aquel hombre se volvió y continuó hablando y ella misma decidió quedarse, escucharle y dejarse llevar por su voz. Sin embargo, el cansancio y lo cercano de sus avatares, hicieron que el sueño le rindiera de nuevo; acogiéndole aquella tierra extraña y el trasiego nocturno de los insectos en su tarea de la supervivencia.

Helga de nuevo cayó en las fauces de los recuerdos que la acosaban recurrentes, y esta vez se encontró de nuevo junto a su grupo de instrucción en la Policía de La Tierra, donde sintió alegría al recordar a sus compañeros cuando contaba con dieciséis años y marchaban por la montaña en una de las pruebas decisivas de aquel curso. No tardó mucho en llegar aquel episodio que intentó no traer a su mente. Pero fue inútil, la pesadilla comenzó.

De esta forma pudo sentir el frío intenso, la lluvia pertinaz cayendo a manta y la necesidad de seguir la marcha, sorteando peligrosas trampas colocadas a propósito para seleccionar a los mejores que alcanzarían el siguiente curso. Y no había piedad para los caídos.

Helga se sintió calada hasta los huesos cuando observó a unos metros a Bill Deveraux, un chaval por el que sentía cierta atracción, sorteando una zona de arbustos. De repente, le perdió de vista y sólo un grito le advirtió de que algo iba mal. Helga avanzó hasta aquel lugar y con tristeza comprobó cómo su amigo, con el que cruzaba aquellas miradas tiernas, yacía en una trampa ensartada su pierna en una puntiaguda estaca.

Su llanto de dolor le partía el corazón y, aunque éste mismo le decía que le ayudara, las órdenes recibidas le machacaban su cerebro, advirtiéndole del castigo al que se expondría si así lo hacía. Bill era un caído, y a los caídos se les abandona. No sirven para el combate. Son desechos y sólo merecen la muerte. Esas eran las palabras de su instructor y el castigo por incumplirla era terrible.

Pero Helga no podía dejarlo allí. Aún tenía una oportunidad para poder rescatarle y así concluir, aún herido, los desafíos de aquella peligrosa prueba. No lo dudó y su conciencia se impuso a la sinrazón de las órdenes.

Bajó hasta el foso, ayudada de cuerdas que portaba como parte del equipo y, entre gritos de su compañero, hizo de tripas corazón y consiguió sacarle a duras penas la pierna, que aparecía con una herida descomunal y los huesos quebrados y asomando por la piel. Pero nada importaba y había una oportunidad para Bill, y no estaba dispuesta a dejarlo atrás.

Ayudándose de las cuerdas tiró poco a poco de su amigo herido y consiguió sacarlo de la fosa y, una vez arriba, ya con un torniquete que paró la fuerte hemorragia, le ayudó a caminar a saltos agarrándole fuerte por la cintura. Bill le dedicó una sonrisa tan dulce que Helga aún la recordaba, y se sintió feliz de poder ayudarle, de no haberle dejado allí destinado a una muerte segura.

Pero aquélla llegó para él rápida y traicionera cuando una bala le atravesó el cráneo y su sangre salpicó los labios de Helga, en un rictus de terror al ver cómo se desplomaba su amigo a sus pies. Levantó la cabeza y vio al furibundo instructor guardando el arma y después, a grandes zancadas, acercarse y propinarle un fuerte golpe que le partió la mandíbula.

Y esto Helga pudo comprobarlo al intentar explicar algo que, en su interior, sabía que era inútil hacerlo. Aquel instructor, llamó a todos los alumnos y les ordenó ponerse alrededor de ella, tirada en el suelo, y después patearla hasta que no les quedaran fuerzas. Helga recordó cada patada recibida, en sus costados, en su espalda, en su vientre, en su cara. A los pocos minutos se había convertido en un cuerpo informe, donde la sangre manaba generosa y libre.

Helga abrió los ojos y el aire fresco y limpio de la mañana hizo que volviera a la realidad. Se incorporó, miró a su alrededor y comprobó que estaba en el mismo sitio que la noche anterior y también con los mismos resquemores en las heridas, aunque se sintió más recuperada y sus miembros parecían ya obedecerle al primer intento.

Era cuestión de poner las ideas claras y continuar su trabajo. Pensó que no podía renunciar a ser la comandante Krupps, de la Policía de La Tierra, una fiel seguidora y defensora del Régimen Planetario, que mil años dure. Pero después de unos segundos, Helga supo que una variable no esperada había introducido desazón en aquellas premisas que, hasta la noche anterior, tenía tan claras.

Pero el deber ante todo, se decía a sí mismo, mientras se sacudía el polvo de su traje inteligente, que por cierto había cubierto las expectativas de sus diseñadores al prepararlo para cualquier

circunstancia adversa, como las que había salvado en aquellos días desde la Luna a La Tierra, pasando por una persecución extrema y la caída por un precipicio hacia el agua. Helga, ya decidida a retomar su senda de fidelidad a la patria, se volvió y su corazón sufrió el vuelco más grande su vida.

Delante de ella estaba él. El hombre cuya voz le conmovió, cuyas palabras llegaron como dardos a su conciencia. Sus ojos se cruzaron con los suyos, pero antes pensó en que era un gigante de más de dos metros, que vestía humildes ropas, casi harapos como los subhumanos, pero no lo era; era uno de los suyos, de piel tan blanca como ella misma, de ojos del azul del mediodía en el océano, tan vibrantes como de mirada franca, su mirada poderosa y tierna a la vez, su rostro dulce, su barba incipiente recortándolo, y sus manos acogedoras de largos dedos recogiendo sutiles el paño ajado que le cubría la cabeza y dotaba a su porte una extraña dignidad en su humilde atuendo.

Su serena mirada le subyugaba y dulcificaba su ánimo, por otra parte a expensas de su mente que luchaba callada en su interior contra aquel vendaval de ternura que amansaba su ira; anidada en lo profundo de su ser.

-Bienvenida, Helga y enhorabuena por tu mejoría ya evidente. Han sido días duros para nosotros, que te cuidábamos sin perder la esperanza; y para ti sin duda en los que tu cuerpo ha luchado con fuerza asiéndose a la vida dijo al fin aquel hombre.

-Te lo agradezco y también tu hospitalidad respondió vergonzosa Helga.

-Bien, eso es de justicia que se lo digas a mis amigos que son los que realmente te han acogido. Yo también soy su invitado...

-Pero cómo es que conoces mi nombre le preguntó suspicaz.

-Bueno, lo pone en tu traje con todas sus letras –le respondió con una sonrisa aquel misterioso hombre y Helga puso cara de perplejidad.

-¿Me salvaste tú? le preguntó sin dejar que terminara la frase.

-Creo que sí...

-¿Qué significa esa respuesta? le inquirió con prisas por conocerla.

-Fui quien colocó las manos en las tuyas y te arrancó de las aguas. Fui yo quien te insufló el aire que revivió tu cuerpo. Pero no fui yo quien decidió que hoy estuvieras aquí

Helga no entendía aquel galimatías y prefirió no ahondar más en esa cuestión y sólo reiterarle su gratitud, por su noble gesto para rescatarle en el último instante. Marcharon ambos hacia el efímero campamento donde Helga, antes de penetrar en él, se paró en seco, prisionera de sus convicciones ancladas en su mente.

-Son subhumanos le dijo señalando al poblado.

-Te equivocas, Helga. No son subhumanos o razas inferiores como te han inculcado, sólo son pobres. Son gentes humildes que no disponen más que de un bien, y es la vida. Desde que nacen hasta que mueren sólo van de un lado a otro intentando sobrevivir. No han sido educados, apenas balbucean una jerga que se parece a nuestro idioma pero que nosotros a veces somos incapaces de entender. No se diferencian de nosotros más que, quizás, en su estatura, tal vez el

pelo sea más oscuro o también la piel no tan blanca, pero son idénticos a nosotros, con sus pros y contras, con sus alegrías y penas. Sólo son los supervivientes de la guerra fratricida del final del segundo milenio. Ellos son los descendientes de toda aquella gente que murió tras el choque en una colosal batalla entre los dos hemisferios. Ahora vagan de aquí para allá, sumidos en un retroceso evolutivo en el que su pobreza, en el más amplio sentido de la palabra, juega un papel primordial. Sin embargo, en ellos está intacta la humanidad, manifestada en esa hospitalidad de la que has sido beneficiaria, el cariño por sus hijos, el respeto por sus mayores, la protección que dan a los enfermos y desvalidos. Sólo necesitan un poco de tierra para cultivar en algún sitio donde la radiación lo permita, algunos animales para pastorear y en unas generaciones recuperarán su rumbo perdido tras más de mil años mendigando el sustento.

-Pero he visto gentes de éstas no tan pacíficas y... le respondió Helga.

-Debes entender que la desesperación no afecta a todos por igual, y ese proceso de regresión evolutiva ha provocado que muchos de estos pueblos hayan adoptado maneras más violentas, aunque sus ataques son defensivos y nunca ofensivos

Mientras hablaba, Helga no se percató que dos niños del poblado se habían acercado y ahora se encontraban abrazando sus piernas. Al sentir aquello y ver los pequeños, se zafó retrocediendo a una roca cercana donde apoyó el cuerpo.

-No temas, Helga le dijo con quietud su salvador inesperado en las turbias aguas -Sólo pretenden demostrarte su cariño y amistad

Aquellos niños de corta edad acudieron al lado de Helga y, lanzándole una mirada juguetona, volvieron a abrazar sus piernas compitiendo entre ellos por acaparar más de éstas con sus minúsculos brazos.

Helga no lo podía creer y no se reconoció a sí misma. Ella, el azote de estas razas, cruel vengadora de la sagrada Tierra, hostigadora de subhumanos y, por qué no reconocerlo, verdugo de criaturas inocentes en brazos de sus madres.

Por un momento adquirió conciencia de sus actos, de su villanía, de su falta de escrúpulos para cometer los actos más depravados, y un vértigo intenso se adueñó de su mente, mientras pasaban fugaces los rostros de aquellos que cayeron por el fuego de su espada, acribillados por sus poderosas armas, las miradas de los ancianos indefensos farfullando palabras que ahora comprendía eran de clemencia y perdón, las caras de incompreensión de niños con sus pequeños cuerpos agujereados por sus balas asesinas, y aquel mareo se hizo dueño de su cabeza y tuvo que caminar varios pasos hasta que su boca vomitó con fuerza y calmó su ánimo.

-No te preocupes, Helga, yo vomité durante tres horas le dijo en tono conciliador aquel misterioso salvador.

CAPÍTULO XVI

Bradomer y Falomer jugaban de forma siniestra sorteando quién de los dos tendría el privilegio de aniquilar al consejero Ullman. Por supuesto, la última palabra la tenía Fleetwood. Así que esperaban en su antedespacho a ser recibidos por él, mientras también ajustaban su control de visión de las gafas inteligentes que portaban, para ver con detalle el escultural cuerpo de su secretaria, a la que le rogaron se moviera varias veces de aquí para allá, con tal de no perderse ni un sólo detalle de su privilegiada anatomía.

-Sin duda, Bradomer, es una pura sangre ¿No crees?

-Por supuesto, Falomer, y que lo digas. No me importaría mezclar la mía con la de esa belleza...

Mientras aquellos cuchicheaban con mirada lasciva haciendo lujuriosos comentarios, la secretaria de

Fleetwood les rogó pasaron al despacho de éste.

-Mis queridos y fieles camaradas, qué nuevas me traéis les preguntó Fleetwood con cierta ansiedad.

-A vuestras órdenes, camaradase cuadraron ante su presencia ambos esbirros.

-Bien, bien, dejaos de lisonjas y contadme yales urgió Fleetwood, deseoso de conocer sus avances.

-Camaradacomenzó Bradomer como en él era costumbre -Sentimos comunicarle que el camarada Vorwerk decidió hace unos minutos poner fin a su existencia, fruto por supuesto de su remordimiento por la traición cometida contra la patria

-Sí, camarada continuó Falomer *-En nuestra presencia se ha precipitado al vacío desde la ventana de su despacho en el ático de la sede de la Policía de La Tierra*

-Así es, camarada continuó ahora Bradomer *-Y no sin antes desvelarnos a voluntad propia, claro está, que participaba en la conspiración contra usted para acabar con su puesto en el Consejo y aupar a Jung. Su papel en esta ocasión fue clave para infiltrar en la base a un hombre de su plena confianza, que logró provocar tanto el sabotaje de la segunda nave Lunar como la aniquilación de los científicos y el equipo de combate.*

-Pero, camarada tomó el testigo Falomer *-En el último instante de Vorwerk tuvo un arrebató de sinceridad y para limpiar su nombre nos desveló, también a voluntad propia, que era el consejero Ullman el auténtico líder de la conspiración que ahora arrecia*

Fleetwood escuchó aquello, como era su costumbre, mirando a la ciudad a través del ventanal. Se volvió y, acercándose a sus dos esbirros, les pidió tomaran asiento.

-Camaradas, sois los únicos en los que ya puedo confiar, y si no fijaos las noticias que me dais. El mismísimo Ullman, inspirador de esta conjura. Pero cómo podía imaginarme que se sumara a la traición.

-Sí, amigos míos continuó ahora paseando nervioso por el despacho Fleetwood – no podemos confiar ya en nadie, ni dentro ni fuera del Consejo. Pero he de reconocer que tengo las manos atadas en estos momentos. Sí, camaradas, es preciso que aguantemos unos días hasta contar con la nave que el equipo de combate rastrea en estos momentos en la zona prohibida.

Por supuesto -siguió hablando y meditando a la vez una vez cerremos ese círculo de las armas para la solución final, caeremos sobre los conspiradores y sus aviesos colaboradores y recetaremos la justa aniquilación; pero esta vez lenta y dolorosa como se le aplica a los villanos traidores a la Patria gloriosa, a esta raza eterna, a un Régimen que mil años dure.

-Que mil años durerespondieron ambos esbirros, cuadrándose hasta la extenuación.

-Ahora aguardad mis órdenes les respondió Fleetwood.

-Camarada dijo Bradomer un poco dubitativo.

-Siento decirle que no tuvimos más remedio que sacar a la pequeña Lucy a pasear para llegar hasta Vorwerk. Ya me entiende. Y es que como otras veces hemos tenido algunos, digamos, daños colaterales

-Entiendo respondió Fleetwood -Dejadlo de mi cuenta y enseguida arreglo el desaguisado

-Gracias, mil gracias camarada respondió ambos abandonando con una amplia sonrisa el despacho.

Fleetwood quedó a solas y pidió por el intercomunicador le pusieran con el Subcomandante General de la Policía de La Tierra. Al momento el holograma dejaba ver su rostro.

-Precisamente iba a poner en su conocimiento, camarada... dijo el oficial de la Policía de La Tierra, ahora al mando del cuerpo tras la aniquilación de Vorwerk, con cierto aire conminativo.

-Guarde silencio y escuche: quiero que mande sendos grupos de combate para que rodeen los domicilios de los consejeros Jung y Ullman ¿Entendido? dijo enérgico Fleetwood.

-Sí, camarada, a sus órdenes...pero quería denunciar... le volvió a replicar aquel oficial atribulado.

-Usted no tiene nada más que hablar conmigo, camarada, cumpla las órdenes y olvide lo que haya podido ver o escuchar ¿Ha entendido? le reconvino, esta vez alzando con furia la voz Fleetwood.

-A sus órdenes, camarada le respondió con voz trémula aquel Subcomandante, quien comprendió que una palabra más hubiera supuesto idéntico final que su, hasta hacía pocas horas, jefe y demás compañeros.

CAPÍTULO XVII

Helga no lo podía creer aún. Y sin embargo comprobó cómo sus ojos contemplaban el mundo de la misma forma que antes, pero su mente reaccionaba de distinta forma y eso parecía haberle dejado de preocupar y, por contra, le hacía feliz. Aunque esta palabra era nueva en su vocabulario, o al menos no la conocía en su azarosa vida.

Se admiró de sentir la belleza de las cosas, de las gentes, de la naturaleza, de los paisajes, que antes eran un mero decorado al que no prestaba atención. Y ahora, en cuestión de horas, Helga sentía la propia vida cómo corría por su piel, libre de ira, libre de rabia, de odio pero, sobre todo, de sangre, fuego y muerte.

Todo esto pensaba mientras caminaba tranquila junto con aquel hombre, su enigmático salvador, por la orilla de un gran lago a donde le pidió le acompañara tras tomar un frugal almuerzo compartido con aquellas gentes sencillas, que le acogieron con los brazos abiertos y que sintió cercanas y nunca seres a los que exterminar.

-Veo en tus ojos la felicidad de encontrar una razón nueva para la vida, Helga comenzó aquel hombre -No creas que eres la única, querida amiga. He de ser sincero y reconocer que mi historia no se aparta de la tuya continuó abriendo su corazón.

Aquel hombre se subió la manga del brazo izquierdo para mostrarle su dorso.
-Pero eres un Policía de La Tierra dijo Helga conteniendo la respiración.

-Lo fui, pero hace años que decidí abandonar aquel desatino que conducía al infierno, primero en la tierra, y, al final de la vida, al más tenebroso del remordimiento por toda la eternidad le respondió mirándole a los ojos.

-Mi nombre es George Bancroft y sí cometí tantas tropelías como las que tú ahora abjuras. Me comporté con la misma crueldad que tú para ser el brazo ejecutor de gobernantes siniestros, dispuestos a convertir este mundo en una antesala de ese infierno que les espera confesó sincero.

-Pero hubo un momento de inflexión, cuando participaba en una operación de aniquilación tan cruel que decidí abandonar aquella doctrina tan sangrienta como injusta. Y allí conocí al que fue mi maestro, hoy gozando en el cielo de su vida de entrega a los demás, y me enseñó todo cuanto sé. Con él recorrí miles de kilómetros, de refugio en refugio donde se escondían temerosas las gentes, conviviendo con ellos, quienes sólo precisan un poco de atención, de cariño, de esperanza, y comprendí que era mi camino porque sentí su llamada, tan fuerte y dulce que no pude negarle cuanto quería, que al fin y al cabo era llevar sus palabras a quien de verdad las necesitaba; como bálsamo frente a la injusticia que se extendía por todo el orbe, cada vez con más virulencia, mientras la humanidad camina como ahora cerca del precipicio de la extinción una vez más, cuando de nuevo el hombre se ha convertido en lobo del hombre

George, desvelado ya su nombre y su procedencia, metió la mano en su pecho y sacó un símbolo

que consistía en dos palos cruzados, y que Helga reconoció cómo el de una de las religiones proscritas y perseguidas con más saña por el Régimen desde hacía ya un milenio, con tal éxito que todos sus seguidores habían sido aniquilados uno a uno.

-Sí, Helga, esta humilde cruz representa mi salvación y, si alguna vez quieres, también la tuya. Quien murió en ella, en un terrible suplicio hace ahora tres mil doscientos diez años lo hizo por nosotros, por ti, por mí, y ofreció su vida para que comprendiésemos la grandeza de la entrega por los demás, su amor por todos nosotros, que es universal y eterno

-Se llamaba Jesús siguió relatando emocionado -y un día como hoy, predicó en estas mismas riberas a sus discípulos, hombres rudos y sencillos, pero nobles y desprendidos, quienes comprendieron que era él quien pedían a Dios en sus oraciones y tuvieron el coraje de abandonarlo todo para seguirle. Ellos fueron la semilla que germinó orgullosa en mi corazón y, tal vez, algún día en el tuyo

-Estas aguas fueron testigos de su testimonio y de sus actos y, justo antes de entregar su alma y morir en la cruz, Jesús les legó un nuevo mandamiento: el amor

-Sí, Helga, el amor como fuerza telúrica que brota de los corazones y, tal como les anunció, desde ese momento sus seguidores serían identificados. Jesús habló a sus discípulos en hora tan aciaga, horas antes de su pasión y muerte, para que comprendieran y predicaran esa nueva forma de entender la vida y el camino hacia la felicidad de cuantos formamos la humanidad; porque sólo el amor por tus seres más queridos, por tus amigos, por tus enemigos, la caridad por cuantos te acompañan en la vida cotidiana, el perdón a quien te ofenda, incluso al que te condena, es el único camino

-Ese amor infinito por todos nosotros Jesús lo puso de manifiesto desde el primer día de su predicación, al partir desde aquí y en cada aldea, pueblo o ciudad que visitaba dejaba ese mensaje de esperanza, de buena nueva, porque su amor alcanzaba a todos aquellos que son meros figurantes en la sociedad, los que más necesitan esa fuerza invisible pero arrebatadora de la caridad y la comprensión, el amor en suma, y que no son otros que los pobres, los marginados y también los propios pecadores

-Sí, Helga, porque ese amor si vives en él renueva tu espíritu, inyectando en tus venas la vida, expulsando a la vez el odio y la ira; y aquella será plena de fortaleza y energía sin límite, y podrás palpar esa corriente eléctrica que te lleva a no desfallecer para abrazar ese infinito combustible que te hará invencible frente a los que detentan la maldad por sistema, la crueldad con sus semejantes y medran reptando en las sombras de sus corazones de piedra. Porque el que no ama permanece en la muerte

-Helga había escuchado aquellas palabras y ahora permanecía en silencio, frente a George, mirándole a los ojos mientras podía ver en ellos todo aquello opuesto a lo que su vida había sido hasta el momento de escuchar sus palabras.

Buceó en su transparente iris, penetró en su pupila y también advirtió la llama de la vida eterna anidando en su espíritu. Pudo ver la bondad, el cariño, el amor jugueteando allá dentro, esperando a entregarse sin ambages, a acogerla en su seno y darle esa paz que la que gozan los seres celestiales. Esos que no veía pero que, gracias a él, ahora sentía les rodeaban, les acompañaban y

les protegían.

Su piel erizada por la emoción era testigo mudo pero sincero de esa energía invisible que le recorría, comprendiendo aquellas palabras en su profundo y sincero significado, limpias e inocentes, brotadas de un manantial salvaje de aguas frías y cristalinas.

Helga supo que estaba frente a la verdad, a lo eterno, a lo incommensurable, a lo inmarcesible, a esa fuerza que sintió calmar su dolor en lo profundo, acallar ese clamor de remordimiento que se retorció rampante, desterrando sus miedos, abriendo su corazón a ese sentimiento de hermandad, de solidaridad, de amor en suma, que ya nada ni nadie arrebataría.

Helga, sin apartar su mirada de aquel ahora hermano en el amor a Jesús y a todos los hombres, tomó en sus manos aquella humilde cruz, apenas dos trozos de madera, y acercó sus labios hasta besarla durante un momento; en el que sus ojos se cerraron y sin embargo vieron la luz, aquella luz eterna que hizo que sus lágrimas brotaran con fuerza y resbalaran en una febril carrera por sus mejillas y de allí cayeran a la fina arena de aquella orilla por donde caminó el Rabí de Galilea.

CAPÍTULO XVIII

El consejero Günther Ullman no se lo tomó en serio. Es más, creyó que se trataba de una broma de mal gusto de su amigo Jung.

-Camarada le dijo -No creo que hayas tenido esa morbosidad malsana para ordenar a ese muchacho, infiltrado por Vorwerk en el equipo de la base Lunar, reprogramar la nave y enviarla a la zona prohibida

-Camarada Ullman le respondió Jung esta vez con rostro serio para matizar sus palabras -Creí era lo mejor para poner las cosas aún más difíciles para ese lunático de Fleetwood y sus esbirros

-Pero, querido Jung continuó Ullman ahora dándose cuenta de la gravedad del asunto -Estamos hablando de un territorio donde podría caer en manos poco fiables y por ello creo que es un error no haber medido las consecuencias

-Pero, camarada intervino Jung con cierta vehemencia -Es el único sitio donde Fleetwood no tiene tentáculos y recuperar la nave y su contenido nos dará un tiempo precioso para maniobrar y conseguir más lealtades a nuestra conspiración; por otra parte ahora embarrada en el fango de la sospecha que hemos levantado en estos días

-Jung, Jung respondió Ullman tranquilizándole -Fleetwood no actuará contra nosotros porque eso soliviantaría a nuestro pueblo. Aún no las tiene todas consigo y nos protege el manto de su prudencia, que esta vez juega a nuestro favor

-Pero no ha tenido miramientos a la hora de eliminar a Vorwerk, camarada afirmó Jung con tono sombrío.

-Un gran camarada y un valiente elemento que hemos perdido. Él conocía los riesgos que corría, teniendo en cuenta que Fleetwood no tardaría en averiguar su relación con el saboteador de la base Lunar. Pero no había otra opción para él que aguardar este triste final. Sin embargo, no se atreverá contra nosotros, Jung; al menos hasta que tenga todo atado y bien atado

-Pero, camarada siguió Jung -Ese demente va ganando la partida y cada vez quedan menos oportunidades para derrocarlo. El pueblo no nos ayudará si no conoce sus verdaderos planes de exterminio, que no sólo incluyen a las razas inferiores, sino que pretende extenderla a todos aquellos que considera inútiles o desafectos a su criterio para el Nuevo Orden que quiere implantar

-Sí, mi querido amigo respondió esta vez Ullman con seriedad -Es cierto que el pueblo sigue adorándole y es difícil imaginar cómo hacerle comprender que sus planes de un futuro mejor no incluyen a todos, y sí a una selecta parte de ellos a los que Fleetwood cree los más capaces. Esa es su filosofía para el futuro que les aguarda, donde los débiles serán exterminados sin piedad.

Mientras departían, la puerta de la biblioteca del consejero Ullman se abrió y entró uno de los agentes de seguridad que custodiaban la casa.

-Camarada dijo cuadrándose -Un grupo de combate de la Policía de La Tierra ha tomado posiciones rodeando la casa

Ullman y Jung se miraron con rostros de preocupación, interviniendo el segundo.

-Fleetwood mueve ficha antes de lo esperado. Y esta demostración de fuerza seguro que se ha repetido con mi domicilio, que ahora confirmaré dijo Jung preocupado.

-La situación toma un cariz peligroso y debemos actuar ahora con suma cautela y esperar acontecimientos -respondió Ullman-

-Aun así continuó hablando -estimo que Fleetwood sólo hace demostración de fuerza, tal vez un amago de autoridad pavoneándose de que controla los grupos de combate y nos envía su recado en forma de amenaza, sitiando nuestras casas para intimidarnos

-Es hora camarada de enseñarle los dientesrespondió nervioso Jung.

-Las prisas son malas consejeras, querido amigo. Hay margen de maniobra y la cautela es nuestra mejor arma. Dejémosle creer que podrá aplastarnos en cualquier momento. Mostrémonos a la defensiva y agazapados hasta que nuestro momento llegue

CAPÍTULO XIX

*-Camarada dijo en voz alta el piloto -localizada la nave procedente de la Base Lunar
-Bien, descendamos con precaución ordenó el comandante de la nave de rastreo enviada por Fleetwood.*

Con suavidad se posó y de su interior salieron en tropel los integrantes del grupo de combate rodeando aquel artefacto. Tras ellos, el comandante Brent y sus dos oficiales se acercaron para comprobar cómo permanecía abierta y su interior vacío.

-Sí que es una contrariedad, camaradas dijo el comandante Parece ser que quieren hacernos sudar el uniforme. Está bien, organicen un equipo de rastreo de inmediato y localicemos esos envases.

Cinco minutos después, el grupo desplegado comenzó a peinar aquellas lomas palmo a palmo, no encontrando durante un par de horas rastros que pudieran ponerles en la pista. Sin embargo, cuando la desesperación cundía, un olor característico les llegó cercano.

El jefe del grupo de combate ordenó una aproximación silenciosa, hasta que alcanzaron un promontorio donde comprobaron la hoguera que delató la posición de sus perseguidos.

El comandante Brent observó junto a sus oficiales que el grupo era numeroso y que disponían de armas rudimentarias, pero sabía también de la fuerza de aquellos subhumanos y había oído de su furia en el combate. Comprobó que el cargamento no estaba a la vista y eso era algo que le preocupaba y mucho. Por lo que no era cuestión de ordenar una lluvia de fuego, que convirtiera en cenizas a esos subhumanos harapientos y hediondos. Antes era prioritario conocer el paradero de los envases.

Por todo ello, ordenó a sus hombres permanecer en sus puestos y llamó a su primer oficial.

-Nada de freír a esas bestias ¿Entendido? -le ordenó taxativo Quiero que hagamos una maniobra sorpresiva y los quiero vivos y desarmados

-A sus órdenes, comandante respondió aquel joven oficial que de inmediato mandó rodear el improvisado campamento de subhumanos para, después de lanzar una carga de aturdimiento, lanzarse cuesta abajo hasta encañonarles uno a uno.

La maniobra había sido un éxito y el comandante bajó hasta colocarse frente al subhumano, al que había observado tener el mando sobre los otros. Un individuo que aún sentado imponía, el cual desprendía un hedor que casi le tumbaba.

-Camarada comandante se le acercó el primer oficial del grupo de combate -Esta gente no sabe hablar, es inútil cualquier interrogatorio

-Ni por un momento pensé que pudiéramos hacerlo, joven respondió el comandante altivo -Vamos a emplear un método infalible y aunque pasado de moda para nosotros, tendrá éxito con estos engendros malolientes

El comandante Brent extrajo de su guerrera un pequeño artefacto de brillante metal, que los demás miembros del grupo identificaron como una antigualla sacada del baúl de los recuerdos. Era un rastreador neuronal, muy de moda hacía cientos de años, que se convirtió en el juguete preferido del pueblo. Aunque sus riesgos para su portador, al revelar cuanto se almacenaba en el cerebro, hicieron que pronto proliferaran sus oponentes los inhibidores; creados para dejar que fueran efectivos.

Al final éstos últimos se hicieron con la partida y cayeron los primeros en desuso. Sin embargo, ahora era rescatado para averiguar el paradero del cargamento que, de no localizarlo, Brent estimó que Fleetwood no sólo le degradaría a simple soldado, sino que tal vez ordenara su aniquilación en un momento de ira desbocada. Y no estaba dispuesto a permitirlo.

Brent se acercó al cabecilla, después que dos integrantes del equipo de combate le trabaran ambos brazos, no sin dificultad. Después le colocó el rastreador neuronal, que se adhirió a su sien izquierda. Tras esto, colocó su homónimo en su propia sien derecha y ambos se miraron durante un tiempo indeterminado, en el que todos los demás guardaron silencio.

El comandante Brent penetró como un cuchillo en la mantequilla dentro de la mente primitiva de aquel ser repugnante. Asistió con asco a sus instintos animales, revivió sus ansias carnales simiescas, su inhumanidad con propios y, sobre todo, extraños, como aquella bella comandante que persiguió mientras la zaherían a lanzazos. Brent pudo sentir cómo su brazo se alargaba y con su rudimentaria hacha cortaba un tajo de su espalda y sus ojos también pudieron contemplar aquel salto al vacío por el precipicio. Para después volver sobre sus pasos aquella jauría y extraer de la nave los envases de metal, a los que les fue inútil abrir pero sí transportar hasta una cueva cercana. No le fue difícil a Brent darse cuenta que estaba a la espalda de aquel escondrijo y prefirió no indagar más en su rudimentaria mente. Apartó el rastreador de su cabeza e hizo lo mismo con el del subhumano.

-Oficial, una patrulla conmigo. El resto mantengan las posiciones. Si alguno se mueve, fríanlo Ordenó tajante Brent, obedecido al punto, y encabezó el grupo que no tardó en alcanzar el lugar donde, apilados en un hueco, encontraron al fin los ansiados envases.

-Al fin, camaradas. Ha merecido la pena esta caminata. Oficial, comuniqué a la nave la posición en la que nos encontramos y ordene trasladen de inmediato a ésta el cargamento. También que el piloto informe al centro de mando del éxito de la misión- dijo Brent mientras sonreía relajado ahora.

Una media hora duraron las tareas de colocación de los envases en la nave y Brent recibió el informe de que todo estaba listo para volver a la capital del Régimen.

-Comandante le informó el piloto -Hemos detectado la señal de la baliza personal de la comandante Krupps al norte de nuestra posición a unos minutos de navegación

-¿Baliza? No creo que esté viva, oficial. He visto con mis propios ojos hurgando en la mente de esa bestia cómo la asaeteaban a lanzazos. Llevaba la espalda en carne viva y dudo que la caída hacia el precipicio le permitiera vivir un segundo más de vida. No, camarada, no creo que esa baliza signifique que anda por ahí canturreando y esperando a que la rescatemos.

-Pero, comandante, la baliza indica constantes vitales normales, y eso quiere decir que está ahí

fuera y viva le respondió el piloto con seguridad.

-Está bien, joven. He visto cientos de casos de este tipo y las balizas fallan también ¿Entiende? La caída enorme que sufrió es motivo para que el impacto provoque una función errónea y envía parámetros que nada tienen que ver con la realidad. Y esa, camarada, es que la comandante es ya historia respondió ahora iracundo Brent, deseoso de despegar y retornar a casa.

-Pero, señor, sería conveniente rastrear la señal y comprobar si aún vive intervino el oficial responsable del grupo de combate, atendiendo a la camaradería entre miembros de la Policía de La Tierra.

-Vaya, parece que se une a nuestro pilotole soltó malhumorado Brent.

-Comandante, con todos mis respetos -le respondió el oficial somos un cuerpo que jamás deja atrás a un compañero y por eso le ruego ordene un rastreo antes de regresar

-Parece que se han confabulado contra mí, camaradas gritó Brent *-Pero está bien, haremos un intento, pero sólo uno ¿Entienden? Gritó con más fuerza aún a los presentes, a la vez que gesticulaba con las manos para que iniciaran la maniobra.*

-Comandante, qué hacemos con los subhumanos preguntó el jefe del equipo de combate.

-Mátenlos respondió jovial Brent, mientras se ajustaba el traje.

CAPÍTULO XIX

La luz luchaba aún por presentar batalla a la oscuridad y se hacía fuerte en el horizonte de aquellas aguas ancestrales, hoy muertas en sus entrañas, sin peces asustadizos que viajaran en enormes bancos, dibujando formas de gigantescos depredadores, con sus movimientos haciendo dudar a cuantos quisieran engullirlos de ciento en ciento. De su altanero porte, majestuoso y bravo en la tempestad, ahora no quedaba nada. Tal vez pequeñas olas, tímidas y llenas de barro llegando exhaustas a la orilla.

Por ella, saboreando juntos aquel mágico instante, caminaban Helga y George, ahora conectados por un hilo invisible que hacía compartieran cuando pensasen, cuanto imaginasen, cuanto deseasen, y éste se hizo más fuerte a cada paso, a cada mirada que cruzaban.

George supo, sin que los labios de Helga se movieran, que su alma estaba salva, que su espíritu ahora era dueño de sus actos, que sus palabras habían derribado el muro que en él había erigido el mal, inoculado con saña desde su nacimiento, y ahora era de nuevo libre y sin mácula; arrancada ésta con la fuerza de la palabra justa y verdadera.

En estos pensamientos, llegaron a las proximidades de aquel efímero asentamiento donde ya oían el trasiego de las gentes, afanándose en sus tareas que tenían que ver con el sustento diario. Los niños, acostumbrados ya, se acercaron al ver llegar a ambos jóvenes y, en especial, a Helga para quien sus piernas fueron hogar para sus pequeños brazos, impidiéndole dar un paso más, entre risas y juegos.

Helga se emocionó al ver aquellas muestras de cariño, y las miradas de afecto plenas de inocencia infantil que le dirigían y no pudo dejar de echar la vista atrás y reconocer sus errores, pero en la seguridad que Él se los había perdonado.

Helga quiso corresponder aquella demostración y se agachó para abrazar con ternura a los pequeños, quienes besaron sus mejillas mientras sus lágrimas las recorrían de nuevo. La emoción le embargó y su mirada se cruzó con la de George, quien permanecía en silencio observando henchido de felicidad cómo el mensaje salido de su corazón había salvado un alma lastrada por el odio, la violencia y la muerte; quienes eran sus valedores hasta hacía unas horas.

Sin embargo, aquella escena idílica, tal vez soñada por George y, por qué no, por Helga, se esfumó en una sola fracción de segundo. Una explosión envió a ambos a varios metros y los niños despedidos mucho más allá. Helga, aún aturdida, comprobó cómo George permanecía caído en el suelo sin saber si aún conservaba la vida o, por el contrario, su espíritu había abandonado su cuerpo y volaba ya libre hacia la luz eterna. No fue capaz de levantarse para auxiliarlo y una tristeza profunda le embargó, que se acrecentó cuando contempló a los pequeños como marionetas rotas más allá, al pie de una roca donde aquel día que comenzó jubiloso encontraron su triste final.

-Camarada, camarada, está aquí gritó uno de los agentes al Comandante Brent.

Helga notó cómo la ayudaban a levantarse y, aunque sus oídos aún estaban presos del fuerte sonido de la explosión, escuchó las palabras del comandante que se esforzaba por disculparse.

-Comandante Krupps comenzó Brent -Pero querida, tiene que disculparnos y en especial a estos inútiles. El rastreador nos había comunicado que no se encontraba en este nido de subhumanos y he ordenado limpiarlo. Yvaya, la encontramos por fin...

*-Comandante, limpieza completada informó a sus espaldas el jefe del grupo de combate.
-Buen trabajo. Ordena el repliegue a la nave y ahora ayuden a la comandante Krupps ordenó Brent.*

-Pero bueno, esto hay que celebrarlo ¿Verdad muchachos? decía ahora con buen humor Brent dirigiéndose a todo el grupo de combate.

*-Por La Tierra gritó uno.
-Por La Tierra gritaron todos con fuerza.*

Helga escuchó aquello mientras sus ojos no se apartaban del rostro, sereno aún en esa circunstancia, de George, al que con saña arrebataron la cruz del pecho y la pisotearon. Sabía que cualquier demostración de afecto por él sería letal para ella y no había otra opción que fingir cuanto pudiera.

La melancolía le inundó, pero se consoló a sí misma pensando que sobrevivir al cobarde ataque tenía un sentido, y reinó en las palabras de George, que resonaban en sus oídos aún, acallando cuanto le circundaba en esos difíciles momentos: “*Él te ha elegido*”, “*Él te ha llamado*”.

Se preguntaba si esos momentos de turbación y melancolía eran parte de un todo, al que su mente no podía abarcar, y una misión le aguardaba para dar sentido al sacrificio de aquellas pobres gentes. Tal vez había llegado el momento para ella de dar testimonio de la fe que había abrazado; de convertir en tangibles todas aquellas enseñanzas recibidas; de materializar un sueño que le empujaba a deshacer todo cuanto su vida había sido; para abjurar de su pasado y ahora, como triunfante heraldo del Cielo, llevar esa buena nueva a todos los rincones del planeta; de barrer el odio de los corazones de las gentes; de hablarles de un mensaje de solidaridad, de bondad extrema; de lograr el destierro del mal, al que arrinconaría con el arma más poderosa que jamás hubiera empuñado, y que no era sino el amor infinito; el amor eterno.

Mientras Helga permanecía absorta en sus pensamientos, llenos de nostalgia, la nave regresaba rauda a la capital del Régimen Planetario, que mil años dure, habiendo dejado atrás la abandonada zona prohibida, en otro tiempo llena de vida y hoy yerma; en otra época feraz y hoy convertida en gigantesco páramo donde sólo se aventuraban marginados, los miembros de los proscritos, los las razas inferiores,

subhumanos y demás odiosa ralea, tal como comentó el comandante Brent dirigiendo unas palabras a sus acompañantes en aquella venturosa misión, que cumplía sus objetivos con notable éxito.

-Sí, camaradas continuó en tono relajado -Hoy seremos admirados por nuestra lealtad, por nuestra entrega. Ninguno dejará de recibir su premio por esta campaña, ninguno será olvidado en el momento de la recompensa y que no será poca

-Comandante, cinco minutos para el aterrizaje en la base comentó el piloto.

-Muy bien, muchachos, ya han oído. Ahora a sus puestos, recojan sus pertrechos y a la llegada quiere un despliegue ejemplar ¿Entendido? gritó esta vez enérgico

Los integrantes del grupo de combate se emplearon a fondo en tenerlo todo listo en segundos y rodearon el cargamento, con el que les iba la vida. Al poco escucharon la señal acústica, que advertía del éxito en la maniobra de aterrizaje en la plataforma de la base y las puertas comenzaron su apertura.

Pero apenas tuvieron tiempo de reaccionar y preparar sus armas. Una lluvia de proyectiles, precedida de una carga aturdidora, les convirtió en carne triturada en pocos segundos. El grupo atacante penetró en la nave y avanzó hasta la cabina donde quedaban aún varios elementos que abatir.

Brent, sus dos oficiales y tres agentes sólo pudieron disparar algunos proyectiles, antes de que los que se dirigían a ellos les machacaran hasta convertirlos en una masa informe, donde quedaron curiosamente indemnes sus insignias como testigos mudos de su trágico final.

El grupo atacante, especialista en estos tipos de asaltos, ocupó cada rincón de la nave y unos segundos más tarde llegaban al habitáculo que ocupaba Helga Krupps, aún aturdida y sin saber qué ocurría. Cuando fue a darse cuenta, vio como le apuntaban aquellos hombres que tenían orden de no dejar a nadie con vida. Helga creyó de verdad era su final y agachó la cabeza para tener un último recuerdo para George y su promesa de que le esperaba una nueva vida...

-Quietos dijo una voz tras aquellos fornidos atacantes dispuestos a hacerle picadillo.

-Es la comandante Krupps y es alguien de confianza de Fleetwood. Puede sernos útil y su vida valer la nuestra

Helga levantó la cabeza y observó cómo se apartaban sus atacantes y aparecía el piloto, que al fin se descubría como integrante de la conspiración en marcha. Comprendió que aquello había sido una nueva prórroga para el fin que le esperaba, tras alguna escaramuza entre aquellas facciones enfrentadas ya a sangre y fuego.

CAPÍTULO XX

Fleetwood agarró la delicada figura de cerámica, que se encontraba a la derecha de su mesa de despacho, y la estampó contra el suelo con todas sus fuerzas. No contento con aquella demostración furibunda, tomó uno de los antiguos cuadros de la pared y lo lanzó contra las ventanas blindadas; que lo despidieron cuarteado hasta sembrar el suelo con cientos de astillas.

Fleetwood estaba fuera de sí, y nada ni nadie podría aplacarle. Ni siquiera la presencia de Bradomer y Falomer, sus fieles perros de presa que en ese momento prefirieron apartarse hasta que pasase la tormenta.

-Sucios traidores, cobardes sediciosos gritaba Fleetwood hasta quedarse sin voz con la garganta al límite.

-Un batallón...un batallón...pero cómo se nos ha podido pasar... farfullaba ahora Fleetwood haciendo memoria *-¿Es posible que se nos haya escapado vigilar a estos malnacidos que se han hecho con la nave?*

-Está bien, está bien pareció más relajado Bradomer, Falomer, *es hora de pasar a la acción. Marcharéis ahora mismo a los domicilios de Jung y Ullman...¿Pero qué ocurre?...He dicho que no se me molestará...* gritaba ahora a su secretaria Fleetwood, cuando ésta le anunciaba una importante llamada de un consejero.

-Bueno, pásame la comunicación y acabemos de una vez con esta pantomima dijo Fleetwood, y al momento el proyector de su mesa hizo que el rostro de Günther Ullman apareciera como si estuviera allí mismo.

-Mi querido camarada dijo el anciano con templanza estudiada *-Permíteme molestarte para pedirte que retires, si no te es molestia claro está, los destacamentos que rodean tanto esta casa como la del consejero Jung. Te agradecemos tu interés* -añadió con sorna *para que nada malo nos ocurra, pero como sabes somos ya mayorcitos para cuidarnos nosotros mismos.*

-Ullman, déjese de ironías, y devuélvame el cargamento que sus compinches en esta miserable conjura me han arrebatado le respondió Fleetwood.

-Camarada, camarada, por favor guardemos las formas. No se altere porque tendrá su cargamento en cuanto retire sus hombres y, con ellos, sus amenazas hacia nosotros respondió rezumando tranquilidad el viejo consejero.

-De acuerdo. Daré orden inmediata de retirada de sus respectivos domicilios y ustedes llevarán mi cargamento a la base naval donde lo robaron ¿Entendido? dijo aún enfurecido Fleetwood.

-Me parece un trato justo, camarada. Creo que nos vamos entendiendo. A propósito, tenemos también disfrutando de nuestra compañía a su colaboradora la comandante Krupps, a quien tal vez eche de menos añadió Ullman con rostro y voz llena de segundas intenciones.

Fleetwood pareció arder, pero se contuvo lo suficiente para no hacer comentario alguno.

-Tal vez quiera negociar más tarde por ella, camarada le dijo finamente Ullman, guardándose aquel as que sabía quería contar para su mano el irascible dictador, y ahora fiero adversario.

La comunicación se cortó y Fleetwood se levantó con una titánica fuerza y se dirigió a Bradomer y Falomer, quienes tamborileaban impacientes con sus dedos en la mesa.

-Camaradas, preparad a Lucy

Una sonrisa cómplice apareció en el rostro de aquellos dos esbirros de Fleetwood, y en especial el de Bradomer que se palpó la guerrera sintiendo ya la esfera traviesa, impaciente para hacer de las suyas.

CAPÍTULO XXI

Helga observaba la decoración de aquella mansión, propiedad del anciano Ullman, y recapacitó sobre algo que hasta hacía unos días no se había planteado. Y era la opulencia de algunos y la pobreza de otros. Comprendía ahora que aquel Régimen de terror se cimentaba en la desigualdad: la riqueza de unos pocos aprisionaba la vida de la gran mayoría, para los que cada día amanecía una carrera por encontrar algo que llevarse a la boca.

Helga recapacitó sobre la decadencia de aquella estancia y las cosas inútiles que parecían aprisionarle, no dejando sitio sin algún trasto hecho por manos humildes por un simple bocado tras una jornada encerrado de sol a sol.

Tal vez niños indefensos, o mujeres con ancianos a su cargo, buscando con qué alimentarles y cuidarles. Legiones de hombres saliendo de covachas cada mañana sin rumbo fijo, con el estómago quejándose, arrugándose de hambre, ofreciendo sus brazos, su espalda, por un plato de comida, tal vez en mal estado, desechos de casas gigantescas con un grupo selecto de gente cavilando en acaparar más y más riquezas a costa de la miseria de aquellos que ya desbordaban las ciudades, como una marea lenta y fina que ya no podía soportar más su vida miserable.

Helga se sorprendía al sentirse despertada a la vida, cuando en realidad sus ojos habían estado cerrados a la injusticia, siendo cómplice con sus actos de la prolongación del sufrimiento de aquellas gentes ya sin rumbo.

Helga sintió cómo esa medicina cruzó su garganta y alcanzó sus entrañas y le mostró la realidad, cortando la maleza de esa selva que no le dejaba ver el claro donde la esclavitud de la pobreza atenaza a las gentes, a los marginados, en un círculo vicioso que proveía riqueza a unos pocos y miseria y enfermedad a muchos.

Las meditaciones de Helga se vieron interrumpidas de repente al escuchar el zumbido de la puerta y, al retraerse, aparecer el piloto.

-Comandante, los consejeros le reclaman. Tenga la bondad de seguirme

Helga obedeció sumisa y atravesaron un laberinto de pasillos y escaleras, que aumentaron la sensación de opulencia que había tenido momentos antes hasta llegar a una espaciosa biblioteca, donde sentados en sendas butacas permanecían observándole los consejeros Ullman y Jung, viejos conocidos para ella puesto que sus apariciones en los holoproyectores del Régimen era diaria, y no digamos en sus tiempos en la instrucción como agente de la Policía de La Tierra.

-Tome asiento, comandantele invitó amable Ullman, gesticulando gentil a la vez con la mano.

-Siento que una circunstancia tan adversa y desagradable sea el motivo inductor para que nos conozcamos. Aunque ya teníamos noticias de usted y sus hazañas; una auténtica heroína del pueblo, que representa la integridad de nuestro Régimen Planetario, que mil años dure. Pero querida, debo disculparme en nombre también del consejero Jung por estas incomodidades que está padeciendo, a causa de una pequeña discusión, podíamos llamarle, que estamos

manteniendo con el consejero Fleetwood, quien es su valedor en estos momentos si no me equivoco. Pero no tenga cuidado, querida, está en buenas manos y dentro de muy poco podrá volver a sus quehaceres en su batallón y seguir siendo un ejemplo para nuestros esforzados hombres de armas y alguien en quien mirarse para el pueblo que le adora por su integridad, por su lealtad. Lástima que estas circunstancias sean tan alejadas de nuestro ánimo para darle el recibimiento que se merece. Pero ya sabe, y no hace falta que me extienda en más argumentos. Las intenciones del camarada Fleetwood difieren un tanto de las nuestras. Bien, es inútil andarme por las ramas con usted que está al tanto de la operación que trae entre manos, con nuestro voto por supuesto aunque obtenido con amenazas a las que hemos tenido que oponernos con esta escisión en el gobierno de estos últimos días. Pero no se alarme, todo quedará en agua de borrajas y después miel sobre hojuelas, querida. No obstante, no quería dejar de señalarle que esa operación que le he mencionado, donde usted ha sido ya protagonista, creemos que esconde intereses espurios y por tanto no nos fiamos del criterio del camarada. No es que nuestro criterio frente a los subhumanos y demás razas inferiores difieran de la de Fleetwood, pero no de su drástico exterminio. Nos parece un tanto cruel hacerlo de ese modo y, además, encendiendo el ánimo de nuestro pueblo con sucias argucias, como las que sus esbirros provocaron hace días haciéndose pasar por subhumanos asesinos en pleno centro de la ciudad. No, no, camarada, no es ese el camino, porque basta el control de estos pobres diablos para que mantengamos el status de raza elegida y eterna; un par de ataques de vez en cuando para mermar su número, un par de campañas anuales de abortos en los suburbios, alguna que otra ejecución sumaria para calmar los instintos más bajos de nuestro pueblo, y nada más camarada. Es suficiente para que todo siga igual, sin tener que recurrir a ese tipo de medidas que pueda esconder algún oculto y peligroso juego de exterminio que Fleetwood quiere extender éste a más de uno y, en especial querida amiga, a nosotros. Pero no se preocupe, comandante, este asunto lo arreglaremos en muy poco tiempo y todo volverá a ser como antes, los subhumanos en su sitio y nosotros en el nuestro, y el progreso para nuestro pueblo continuará sin merma y todos tan contentos ¿No cree, querida amiga? concluyó un irónico Ullman, siempre con una sonrisa en sus labios.

-Queridos camaradas comenzó Helga -Antes de nada no quisiera parecer maleducada y no agradecerles de corazón las hospitalidad que me han mostrado, la amabilidad con la que me han acogido en su casa, y las atenciones recibidas, que les honran. Siempre pensé, mientras ofrecía mi vida por ustedes en aquellas lejanas tierras frías del norte, que así serían mis consejeros, mis líderes. No me han defraudado y por eso quiero decirles lo que siento. Sin embargo, y dicho esto, no quiero mentir y abrir mi corazón y mis palabras para dar testimonio de lo que, tras mi estancia en la zona prohibida y los avatares padecidos, he aprendido y, al mismo tiempo, opino de nuestro Régimen. Durante toda mi vida he sido una fiel a esta causa, ofreciendo mi pecho desnudo para que fuera abierto en canal en aras del Régimen y su grandeza. Hoy, ese pecho lo ofrecería porque esta patria se convirtiese en fraternidad, en hermandad; lo ofrecería porque la unión de todos los que pueblan este bendito planeta fuese una realidad. Ofrecería mis venas también por la reconciliación de los enemigos, por la amistad entre los pueblos, porque los que tienen diesen lo mucho que les sobre a los que no tienen, porque nadie sufriese persecución, porque las armas callasen, porque el odio se rindiese vencido a la bondad, porque la bondad reinase entre todos, porque las madres no perdieran a sus hijos, porque los hijos no perdiesen a sus madres, porque los ancianos no sufriesen, porque los marginados dejasen de serlo, porque los perseguidos no lo fuesen, porque todos fuésemos hermanos, porque desterrásemos la guerra y acogiésemos el amor, porque

perdonásemos a nuestros enemigos, porque nuestros enemigos nos perdonasen, porque comenzásemos de nuevo y nadie pidiese cuentas a nadie. Por todo ello, camaradas, estoy presta a ofrecer mi cuerpo, hasta el último átomo que lo forma. Permitidme hablar así ante vosotros y dar testimonio de esta forma, sin pensar en las consecuencias que pudiera tener para mi futuro. Pero quisiera deciros que esas gentes que vagan sonámbulos por nuestras ciudades, esas gentes a la que despreciamos, esas gentes a las que no escuchamos, no son subhumanos, no son razas inferiores camaradas; sólo son pobres. Sí, mis ancianos consejeros, pobres de todo, no sólo porque no cuentan con nada, sino que también son pobres de afecto y conmiseración de todos nosotros. Son pobres de educación, porque nadie les ha educado, son pobres en su comportamiento, porque han sido abandonados a su suerte, a su ignorancia que les ha hecho hundirse en una regresión no sólo física sino psíquica también que les hace comportarse cada generación con menos humanidad que la anterior. Y es por su sufrimiento, por su opresión desde que nacen hasta que mueren abatidos por nuestro fuego, por nuestras espadas, ahorcados en plazas, fusilados en mercados, pisoteados después por turbamultas, humillados ante sus hijos. Esa inhumanidad también nos llega a nosotros, haciéndonos más crueles cada día con ellos, hasta que el odio se adueña de nuestro corazón. Y ese odio es inculcado desde la cuna, desde la escuela, porque son diferentes, porque son pobres, camaradas, pobres y abandonados. Por eso les ruego con humildad hagan algo, paren este mundo, abanderen una nueva era y den una oportunidad tanto a estos pobres diablos como a su pueblo; a unos, levantando ese pie que les oprime y dándole los medios para que vivan con dignidad; a los otros haciéndoles ver el odio acumulado en sus corazones, enseñándoles que no se puede construir una sociedad sobre el lamento y el padecimiento de una parte de ésta. Por todos ellos, por todos nosotros, camaradas, han de parar ese diabólico plan que el consejero Fleetwood ultima en estos momentos, puesto que dispone de las armas que pueden llevar al exterminio total concluyó Helga con lágrimas en los ojos.

-Es una sorpresa para nosotros le respondió con cara de extrañeza el consejero Ullman Sí, querida amiga, una gran sorpresa haber escuchado de sus labios esas palabras. En correspondencia a su sinceridad, le confesaré comandante que si estas palabras las hubiera escuchado el día que entré a formar parte del Consejo del Régimen, no hubiera dudado un instante en empuñar yo mismo un arma y descerrajarle un certero disparo. Tampoco miento si le confío que si las hubiera escuchado cuando cumplí mis treinta años como miembro también del consejo, sin dudar hubiera ordenado arrestarla y someterla a juicio sumarísimo por alta traición a la patria. Sin embargo, comandante, ahora que llevo sesenta años y presido el consejo apenas he puesto una cara un tanto extrañada. Pero le diré que mi reacción no significa que esté de acuerdo con sus palabras, sino más bien por curiosidad del cambio producido en su forma de ser, camarada. Tiene que haber sido algo intenso lo que ha provocado que brotaran de esa forma sus palabras, dictadas por la emoción y no por la razón. Le aprecio en gran medida, camarada, tanto más porque como usted soy un hijo de la probeta. No se asombre, era ya algo habitual hace tantos años como tengo. Y por experiencia sé que nos falta algo. Ese algo es el cariño de una madre, de un padre, de unos hermanos, de una familia. Achaco este arrebato suyo a los momentos difíciles vividos en la zona prohibida y su contacto indebido con otras razas ajenas a nuestro Régimen, que han podido turbar su mente. Por eso le comprendo y le perdono sus palabras, por otra parte ofensivas para nuestra patria, fundamentada como sabe en la superioridad de nuestra raza sobre las demás. Pero no quiero recriminarle más tal vez porque, aunque sus palabras no las comparto, por supuesto he comprendido que sus intenciones son pacíficas y no violentas, y eso me alegra, camarada. Y

ahora permítame asegurarle para su tranquilidad que el camarada Fleetwood está en un equívoco y que tanto el consejero Jung como yo mismo hacemos esfuerzos improbables para lograr su vuelta al redil, que por otra parte estamos seguros que será muy pronto a tenor de los acontecimientos. Como verá, nuestro cerco ya ha terminado y las puertas están abiertas para salir de la casa. Usted, camarada, como invitada puede estar hasta cuando guste, pero le aconsejo acuda cuanto antes a presencia de Fleetwood, porque la considera muy valiosa. He de confesarle que le hice un poco rabiar con que no la dejaría marchar así como así, pero escuchando sus palabras creo oportuno hacerlo con tal de que crea que mantiene su lealtad a su causa demente. De todas formas, querida amiga, le recomiendo guarde un prudente silencio de todo cuanto aquí ha pronunciado y límitese a decir monosílabos y así Fleetwood no tomará represalias contra usted. Y verá como todo sale bien y pronto volverá a sus emboscadas en las lejanas tierras del norte, con el cariño de todo nuestro pueblo.

Helga se quedó con la palabra en la boca para replicar lo dicho por el consejero Ullman, cuando se oyeron gritos a las afueras de la estancia. La puerta que daba al pasillo se abrió y entraron tanto el piloto que la había conducido hasta allí, como dos agentes del batallón escindido y que se habían declarado afines a los consejeros Ullman y Jung. Detrás de ellos, aparecieron Bradomer y Falomer armados con fusiles de asalto y no muy buenas intenciones.

-Consejeros Ullman y Jung inició el diálogo como siempre Bradomer -Traemos un recado del consejero Fleetwood y dice "adiós"

Todo ocurrió en un instante. Pero Helga no perdió ni sólo uno. Observó cómo Falomer abría su mano y sobre ella ascendía una pequeña esfera de color anaranjado que poco a poco tornó a rojo intenso. Recordó en una millonésima de segundo qué era aquel artefacto y supo que representaba la muerte para todos ellos.

Se trataba de un arma desarrollada para las redadas en lugares sinuosos y su peligrosidad había movido a los gerifaltes de la Policía de La Tierra a su desestimación como arma de combate, por la cantidad de incidencias que provocaba su letal comportamiento. Tanto es así que cualquier imponderable provocaba tantas bajas en el enemigo como propias.

En lo que ocurrió a continuación Helga reconoció que fue su instinto quien actuó, sin que ella misma pudiese hacer nada para impedirlo. Y esto fue que aquel artefacto atravesó sin que lo advirtieran a los desdichados agentes y al propio piloto, quienes cayeron de inmediato fulminados, para después volver en la fracción de un segundo a la mano de Falomer, quien la cerró de momento para dirigirla hasta donde se hallaban los consejeros.

Con una sonrisa siniestra, volvió el esbirro a abrir la mano, la esfera se elevó un palmo y al instante Helga se interpuso en su camino hacia las cabezas de los consejeros, que hubieran quedado horadadas si no es gracias a su poderoso brazo biónico, que logró atraparla. Helga la colocó en el suelo con suavidad y después con su pierna de acero la aplastó como si se tratara de una cucaracha. Apenas unas chispas salieron de ella y se convirtió en un informe cúmulo de cables y aluminio.

Bradomer y Falomer quedaron sobrecogidos ante la maniobra y prefirieron no presentar batalla, teniendo en cuenta la fuerza que generaba aquel cuerpo modificado de la comandante, por otra

parte bien conocido por ellos y también temido. Con cobardía salieron corriendo de allí para perderse entre los pasillos.

-Querida amiga, no sabe en qué lío se ha metido acertó a decir el viejo consejero Ullman, aún con la sangre detraída de su rostro por la cercanía de su final a manos de aquellos esbirros.

-Me temo que esta apuesta por nosotros enfurezca a Fleetwood y ordene su captura y asesinato, querida comandante también apuntó Jung.

-Le agradecemos este gesto en cualquier caso, Helga, pero ahora debe desaparecer de la escena o su vida estará en peligro; aún más que las nuestras. Y, al menos, hasta mañana que celebraremos el día de la victoria Insistió Ullman.

-Camaradas, agradezco vuestros consejos pero debo intentar convencer al camarada Fleetwood. Sin violencia, sin armas, sólo con la palabra

De esta forma y dando las gracias a ambos consejeros, Helga salió de aquella estancia rumbo a su destino; tal vez a su última y definitiva misión, tal como ella misma la denominó en su mente.

-Es extraña esta mujer camarada dijo Jung.

-Sí, mi querido amigo. Extraña pero con una fuerza interior que jamás he visto poseer a nadie respondió Ullman, mientras seguía con la mirada sus decididos pasos.

CAPÍTULO XXII

Era aquél el día esperado por todos. Millones de ciudadanos de la capital y las demás ciudades cercanas festejaban la gran victoria, que hacía quinientos años lograron en la Gran Guerra de los Hemisferios y que dio pie al mayor imperio visto sobre la sagrada Tierra.

Un imperio que subyugó a los vencidos y convirtió sus tierras en polvo y sus aguas en ponzoñosas, que abatió con sus armas a sus guerreros y sus ciudades fueron reducidas a cenizas. Un imperio que había dado el poder y la gloria a la raza más poderosa, elegida y eterna, reducido al bestialismo a todas las demás, rendidas ante su descomunal fuerza.

La gran avenida aparecía engalanada para la ocasión y los holoproyectores del promontorio del Consejo ofrecían imágenes gloriosas de aquel día de la victoria más grande jamás conseguida. El orgullo de la raza hacía hervir las masas y sus cánticos acallaban con su fuerza la música de los miles de altavoces atronadores.

Fleetwood observaba aquel magno espectáculo desde su ventanal, disfrutando como nunca. Aunque el día anterior las noticias de Bradomer y Falomer no fueron lo satisfactorias que esperaba, por fin contaba con la solución final y, además, lista para aplicarla al rescatar con éxito los viales que contenían el antídoto que blindaría a todos los elegidos. Y éstos ya lo disponían aquel glorioso día, con instrucciones para ser usados en el momento oportuno.

Bradomer y Falomer entraron en el despacho y Fleetwood se volvió ansioso por conocer su informe.

-Camaradacomenzó Bradomer -el antídoto ha sido distribuido conforme a sus instrucciones. Diez batallones leales de la Policía de la Tierra y otros tantos del glorioso Cuerpo de la Pureza de Sangre. Han sido convenientemente excluidos los traidores que han jurado lealtad a Ullman y Jung

-De igual forma, camaradasiguó Falomer -ha sido distribuido a todos nuestros compatriotas de la ciudad, así como todos aquellos de nuestra raza que hoy se han acercado a glorificar este día

-Finalmente, camarada y siguiendo sus instrucciones habló de nuevo Bradomer -se han detenido, y en este momento son transportados al centro de la Avenida de la Gran Guerra de los Hemisferios, a cien mil subhumanos de los suburbios

-Buen trabajo, queridos amigos. Vuestro esfuerzo me hace olvidar el borrón que tuvisteis ayer en casa de Ullman. Pero eso ya es pasado y debemos mirar al futuro. Si ayer se libraron gracias a una traidora de su final, hoy no podrán hacer nada cuando la solución final exterminará a cuantos no tengan el antídoto, y eso incluirá a nuestros queridos ancianitos y también a la que pasaba por ser adalid de nuestra patria y ahora aliada de esos paniaguados conniventes con las razas inferiores; sediciosos seres que serán exterminados dentro de unos minutos

*-Bradomer continuó Fleetwood -infórmame cuándo llegará la nave con la solución final
-Estará aquí justo cuando su discurso alcance el final y suene el himno glorioso de nuestra patria, mientras los holoproyectores emitirán la deflagración de la carga y tras ésta, y según tengo entendido, segundos después comenzará el exterminio de los subhumanos y, por supuesto, todos aquellos del promontorio que no hayan sido proveídos del antídoto, que incluye al resto del Consejo*

*-Camarada dijo cuadrándose Falomer -Es la hora de acudir al promontorio
-Sí, mis queridos amigos, es el momento de la gloria, del comienzo del Nuevo Orden, pero también del fuego y la venganza* respondió Fleetwood, mientras sus ojos se inyectaban en sangre, sus dientes se cerraban pronunciado las últimas palabras y sus manos se cerraban con fuerza y las elevaba hacia su cara encendida por la ira.

CAPÍTULO XXIII

Helga no había dormido y sí deambulado toda la noche sin dar con la forma de hacer entrar en razón a Fleetwood; extremo que se le antojaba harto difícil conforme se acercaba el momento crucial aquella mañana.

Pero debía intentarlo por encima de cualquier cosa y, aunque sabía la animadversión que tendría hacia ella, había decidido afrontar el peligro sin pararse a meditar las consecuencias; por otra parte nada halagüeñas.

Mientras pensaba esto, avanzaba con rumbo fijo por la gran avenida, sorteando gentes aquí y allá enfervorizadas, llevadas por un entusiasmo encendido por el odio, por el sentimiento de pertenencia a una raza superior a todas, por la negación del que no era igual que ellos, y sus cánticos resonaban en sus oídos mientras era empujada de un lado a otro.

Tras un rato, en el que se vio movida sin querer por los empujones de aquel mar de cuerpos ya sudorosos, llegó a la zona en la que -con estrategia estudiada- habían colocado a los miles de pobres diablos para sacrificarlos en un acto de tanta crueldad como eficacia; tal como Fleetwood acostumbraba a planificar los crímenes masivos a los que era tan aficionado y, además, esta vez a la vista de todo su pueblo elegido.

Helga observó cómo les rodeaban, insultaban, e intentaban destruir las cercas de metal que les impedían salir de aquel círculo, pronto de muerte anunciada. Sintió una tristeza profunda al ver a esos que antes ella también llamaba subhumanos, abrazados unos a otros, temblando de miedo ante la masa informe de gente amenazante, mientras los sollozos infantiles resonaban en sus oídos, y que no ablandaban las intenciones asesinas de todos los que esperaban verles morir en un terrible y doloroso holocausto.

Helga también comprobó cómo todos los vociferantes asistentes a tan deprimente espectáculo llevaban colgando de sus cuellos aquel recipiente metálico, que sabía contenía el antídoto que les libraría de acabar como aquella pobre gente desamparada, golpeada con saña por los agentes de la Policía de La Tierra, para regocijo de la cruel masa que pedía sangre.

Y ésta no tardó en llegar cuando apartaron a tres hombres, sin que hubieran provocado a los agentes, y a golpes le abrieron las cabezas entregando su cuerpo a los ciudadanos que en segundos ya exhibían como trofeos sus cuerpos desmembrados, mientras los gritos de las mujeres y los niños se recrudecían. Era una forma sutil de calmar algunos minutos aquel instinto salvaje de la masa, que aguardaba contemplar el sacrificio gigantesco y después marchar a casa y disfrutar de una tarde placentera solazándose.

Helga vomitó al ver aquella demostración de sadismo gratuito de sus, hasta hace poco, compañeros de cuerpo y la forma inhumana de celebrarlo de los ciudadanos de un Régimen que le asqueó. Abandonó aquel lugar para, a empujones, lograr acercarse al promontorio del Consejo, lo que cada vez era más difícil y sólo se ayudaba de las insignias que lucía en su uniforme.

No sin antes ser pisoteada varias veces y empujada con violencia, alcanzó al fin la primera fila custodiada por agentes cada dos o tres metros. Helga no lo pensó y avanzó superando la barrera de seguridad y dos agentes se abalanzaron sobre ella, apuntándole con cara de pocos amigos.

-Camaradas, camaradas dijo levantando las manos Helga - Soy la comandante Krupps y estoy invitada al promontorio del Consejo por el propio Erik Fleetwood, así que apartad esas armas y volved a vuestro trabajo

Ambos agentes se miraron y, tras unos segundos, uno de ellos ya apartando las armas habló.

-Disculpe, comandante, será un placer escoltarla hasta el acceso al promontorio

-No esperaba menos de vosotros, camaradas respondió Helga.

El ardid dio resultado y a los pocos minutos, liberada de aquella improvisada escolta, se encontró en la sala de invitados del Consejo, aledaña al promontorio y en la que ya permanecían expectantes los propios consejeros y, entre éstos, pudo acercarse a Ullman y Jung.

-Comandante Krupps le dijo Ullman -Parece ser que no siguió mi consejo y ha preferido optar por el camino más tortuoso

-Consejero Ullman, no por ello dejo de agradecersele y me conmueve que se preocupe por mí. Pero ya sabe que debo cumplir la misión y esa no es otra que impedir este holocausto

-Me temo, querida Helga, que su voluntad no será suficiente para frenar esta desgracia, este desatino de un loco de atar que quiere llevarnos al precipicio. Porque hoy es esta matanza y mañana...tal vez se le antoje aniquilar a los que sean bajos o tal vez altos, feos o guapos, pero sobre todo a los que no piensen como él

-Debo intentarlo, camarada, es mi misión... respondió segura Krupps.

-Suerte, camarada- le respondió lacónico Ullman.

Aquella estancia, ya a rebosar de miembros de las altas jerarquías, pasó de la algarabía al silencio más tenso cuando se abrió la puerta principal y apareció el séquito de Erik Fleetwood, encabezado por seis agentes de la Policía de La Tierra, otros seis del grupo de la Pureza de Sangre y, tras éstos, Bradomer y Falomer con su característica pose chulesca y su risa de hiena. Por fin, y luciendo el mismo uniforme negro de sus esbirros entró el mismísimo líder, el mandatario supremo, el gran conductor de la patria, al que todo el pueblo adoraba, al que todos aclamaban como su salvador.

Fleetwood lució su mejor semblante, que cambiaba conforme se encontraba con los rostros de todos aquellos que pronto iba a eliminar, a quienes no había distribuido el antídoto que, sin embargo, colgaba de sus cuellos en todos los elegidos.

La procesión, en la que él era el centro, avanzó lenta hasta que alcanzó donde se encontraba Helga junto a sus encarnizados enemigos, a los que dirigió una mirada de desdén. Pero al verla a ella, se paró y los demás le imitaron.

-Mi querida comandante Krupps. Qué sorpresa verla aquí y ahora. ¿Tal vez ha meditado que su cambio de bando no era el idóneo? ¿Ha flaqueado su decisión, tan noble según sus ancianos amigos? ¿Tal vez quiera sumarse al carro de los triunfadores y contemplar la caída fulminante de mis oponentes, rendidos ante mí?

Pero, comandante, estimo que es demasiado tarde para desandar el camino y me temo que tendrá que acompañar a estos simpáticos viejecitos en su último viaje. Adiós, querida.

Un gesto obsceno acompañó aquellas irónicas palabras, que escondían su venganza, para ordenar seguir hacia la tribuna del promontorio.

-Te perdono le respondió Helga antes de que iniciara la marcha. Fleetwood se volvió y la miró a los ojos sin pestañear.

-¿Qué has dicho, querida? ¿Que me perdonas? Nunca te he visto tan sumisa. Nunca te he visto con esa expresión de deseo de que el verdugo haga con eficacia su trabajo. Y no dudes que lo hará, camarada. ¿Qué se esconde en esa actitud? ¿Qué tramas, sola o, tal vez, acompañada? ¿Qué es lo que me quieres decir, Helga?

-Te perdono lo que vas a hacerme— respondió con rostro desprovisto de ira Helga- te perdono lo que me has hecho. Te perdono todo lo que vas a hacer con esa pobre gente, con todos aquellos que ahora esperan su final cuando ordenes su exterminio, los que han compartido contigo tu vida y ahora quieres apartarlos en nombre de un ideal vacío, camarada. Te perdono que odies con todas tus fuerzas a quien no es como tú, al que no tiene tu apariencia, al que consideras extranjero, al que crees no tiene derecho a pisar lo que pisas, a beber lo que bebes, a comer lo que comes, a contemplar este lugar, nuestra casa, nuestra Tierra, nuestro planeta, nuestro mundo, a disfrutarlo sin importar de donde vengan, a donde vayan, como sean, como piensen, al que niegas el pan y la sal, al que ordenas matar en nombre de tu raza, a todas aquellas que ordenas arranquen con vileza la vida de sus entrañas, a los que ordenas esclavizar, a los que mandas sacrificar para que sus órganos prolonguen tu vida, a los que ofendes con tus insultos, a los que humillas en público, a los que aplastas con saña para divertir a una masa que sólo vive para odiar. Te perdono, camarada, todo eso y cuanto puedas hacer, cuanto puedas imaginar, te perdono y te perdonaré siempre, hasta que entiendas que no hay nadie superior a nadie, que todos somos iguales, que nos necesitamos unos a otros, que no puedes construir nada sobre la sangre de tus semejantes. Camarada, vuelve a tu niñez, bucea en los primeros días de tu existencia, deja que tus recuerdos afloren, siente tu inocencia, despojada de consignas, vuelve a jugar y a soñar, déjate llevar por tu felicidad infantil, hurga en tus recuerdos y encuentra la sonrisa de tus amigos, renueva tu espíritu permitiendo que esa fuerza te domine, esa que te llevaba a la bondad, al cariño, al amor por quienes te rodeaban, siente de nuevo los besos de tus padres, sus tiernas caricias, los abrazos sinceros de tus hermanos, el orgullo de tus mayores, deja fluir esa energía poderosa y eléctrica que inflame tus músculos, que te haga sentirte liviano, que nada te preocupe, que nada te turbe, que tu mundo vuelva a ser mágico, que la ilusión reverdezca en tu corazón, para que ese influjo inocente arranque tu ira. Y tu espíritu será salvo. Pero ante todo, yo te perdono, camarada

El silencio se adueñó de aquella sala, repleta de gente estafalaria, de modales cursis y vestimentas decadentes, ataviados con largas capas repletas de joyas relucientes, símbolo de su opulencia, y sus rostros mostraron desprecio por cuanto habían oído. Pero no tanto como el propio Fleetwood quien, en postura desafiante, comenzó a reírse hasta que lanzó una estridente y maleducada carcajada. Le siguieron en el gesto, como no podía ser menos, sus esbirros y, tras éstos, todos los demás con la excepción de Ullman y Jung, que flanqueaban a Helga.

-Pero, Helga querida, ¿Pero qué has tomado? ¿Por qué ese afán por perdonar mis actos?— respondió aún con la carcajada saliéndole presurosa Fleetwood *Hace bien poco te parecían excelsos y compartías su grandeza, según tus propias palabras. Eras mi heraldo, mi fiel soldado dispuesto a dejar su vida por los ideales. Y ahora te veo en este estado lamentable, arrastrándote hasta aquí para hablar con palabras que no logro entender cómo salieron de tus labios. Ya sé que quieres perdonarme, pero yo no a ti. Y ahora quiero que me acompañes, con tal de ver cómo la vida se te va poco a poco y escupiré sobre tu cadáver y lo pisotearé y mandaré quemarlo junto a los de esos gusanos que esperan su sacrificio*

-Y yo te perdonaré le respondió Helga. Ullman, observó su gesto, su fuerza, su decisión en lo que hacía y quedó conmovido. No entendía ni compartía aquella actitud, pero le emocionaba. Cruzó una mirada con Jung, y ambos se hablaron sin mover los labios. Y ambos guardaron silencio y se unieron a la comitiva que les llevaba a la tribuna del promontorio, donde aguardaba ya el destino.

CAPÍTULO XXIV

El día era sencillamente para enmarcarlo, pensó henchido de felicidad e inspiración poética Fleetwood, cuando entre las fanfarrias y las guirnaldas mecidas por la brisa apareció en la tribuna. Observó el aspecto de la gran avenida repleta a rebosar de compatriotas borrachos de orgullo por su Régimen, por él mismo, sintiéndose querido y admirado por todos.

También contempló a los sucios subhumanos y se regocijó en su pronto exterminio a la vista de todos. Para Fleetwood era el apoteosis de su vida, la cumbre de su existencia, cuando abatiría a sus enemigos y gobernaría con mano de hierro, castigando con crueldad a quien se opusiera a sus dictados, a quien se relajara en la lucha por prevalecer su raza sobre todo y sobre todos. No cejaría hasta que el último subhumano fuera borrado de la bendita Tierra. Y el día en que comenzaba ese Nuevo Orden, tantas veces soñado, había llegado. Y observó a sus enemigos, allí sentados según había mandado, y también aquella falsa heroína que decía extrañas palabras.

Qué gran satisfacción, pensó Fleetwood, verles derrumbarse asfixiados por el aire tóxico que dentro de unos instantes respirarían. Qué placer observar desde allí a miles de aquellos subhumanos consumidos por el aire letal, e imaginó los vítores que aquel espectáculo haría gritar al pueblo allí congregado. Se acercó a la tribuna de oradores y un colosal aplauso, seguido de su nombre aclamado hizo vibrar todo cuanto había en aquella avenida. Fleetwood aparecía emocionado y así inició su discurso.

-Camaradas comenzó mientras los vítores apenas le dejaban pronunciar más palabras -Os agradezco este recibimiento, y también vuestra unánime decisión de apoyarme para dirigir como máximo mandatario a nuestro Régimen Planetario, que mil años dure, en este día glorioso de nuestra gran victoria

-Que mil años dure, camarada respondieron más un millón de gargantas, haciendo que Fleetwood creyera estar ya en el paraíso.

-Pero hay sombras, mis queridos amigos, que se ciernen amenazantes sobre nosotros. Y una muestra de éstas las tenéis ahí, junto a vosotros. Sí, camaradas, cien mil subhumanos os he traído para que veáis qué les espera a todos cuantos medran en nuestro planeta bendito, herido de muerte por su purulenta presencia. Pero ha llegado el momento. Ha llegado la hora de borrar sus sucias costumbres, de aniquilar sus descendencias, de librarnos de esta plaga inmunda que nos amenaza. Os invito, camaradas, a contemplar la solución final, y para ello os ruego toméis el envase que cuelga de vuestro cuello e, imitándome, bebedlo para saborear el triunfo de nuestra raza, elegida y eterna. Todo por La Tierra, camaradas

-Todo por La Tierra gritó el enorme gentío mientras bebían aquel mágico líquido.

Fleetwood tragó el suyo y observó cómo lo hacían todos sus invitados y, con una sonrisa llena de odio, se acercó a sus dos enemigos y a Helga.

-Adiós, camaradas, y ya sé que me perdonas, Helga dijo Fleetwood mientras sus carcajadas

contagiaban a sus esbirros.

Todos los congregados en aquel mastodónico lugar, contemplaron cómo una nave se acercaba y, al llegar a la mitad de la gran avenida, lanzó un artefacto que quedó suspendido sobre ellos. Un zumbido les alertó de que se movía sobre sí mismo hasta que el sonido fue insoportable, una vez su movimiento fue tan vertiginoso que apenas se veía una silueta recortada donde antes apareció.

De pronto, la brisa de aquel día mutó primero en vendaval y, tras un minuto, en un huracán violento que levantaba a las gentes del suelo. Pero sólo duró unos segundos, cuando aquel artefacto ascendió y desapareció hasta introducirse de nuevo en la nave de la que procedía.

Fleetwood sonrió, en la seguridad de que conocía qué iba a suceder. Pronto vería caer abatidos a todos sus enemigos, a los subhumanos, a todos los que no querían plegarse a su mando. En cambio, preocupado miró a sus esbirros al comprobar cómo no ocurría nada.

-Camarada, mire abajogritó Bradomer con cara de turbación.

Fleetwood creyó estar en una pesadilla. Sus ojos vieron cómo los subhumanos permanecía en pie, mientras sus compatriotas iban cayendo abatidos uno detrás de otro, después los batallones de Policías de La Tierra y, finalmente, los de la Pureza de Sangre.

Fleetwood miró a la tribuna y observó los rostros de Ullman y Jung. Comprendió que algo no iba bien y su sensación se agravó cuando también sus invitados y amigos iban desmoronándose y hasta Bradomer y Falomer cayeron desplomados junto a él.

-Canallas, qué habéis... fueron las últimas palabras del todopoderoso máximo mandatario, el hombre que había anunciado un nuevo orden, y ahora apenas un guiñapo en el suelo de la tribuna a merced de sus enemigos.

Helga Krupps apenas reaccionó y sólo alcanzó a ver cómo aquellas pobres gentes, víctimas propiciatorias hacía unos minutos, tildados de subhumanos, de carnaza, lograban romper las vallas y sorteando los cuerpos en el suelo de sus verdugos, huyeron despavoridos sin mirar atrás, sabiéndose libres.

Helga se acercó a Fleetwood y observó sus facciones que aún mantenían el rictus del odio, la venganza y la crueldad más pertinaz. Después volvió junto a Ullman y Jung, quienes permanecían tranquilos sentados en sus asientos observándole.

-Mi querida Helga comenzó a decirle Ullman -Le debemos una disculpa por no haberle desvelado cómo sería el último acto de esta pantomima, a la que nos ha obligado asistir la mente obtusa del consejero Fleetwood; o tal vez sería más correcto llamarle exconsejero

Helga observó cómo varios batallones de fieles a los ancianos consejeros tomaban posiciones en la gran avenida y un grupo de combate les rodeaba en la propia tribuna para su protección.

-No se alarme, Helga le dijo Jung -Son amigos y estaban esperando que bajara el telón para aparecer

-Pero no sólo debemos pedirle con humildad disculpas, sino también darle una explicación lógica. De esta forma, querida amiga, lo que acaba de ver es el resultado del sacrificio de un joven científico que entregó su vida para que hoy nosotros, y todos los que no pensábamos

como Fleetwood, pudiéramos ver cómo caía víctima de su propio ardid. Así es, Helga, porque a nuestro camarada le dio suficiente tiempo para, no sólo realizar el sabotaje que al fin fue una simple operación de entretenimiento para los planes de Fleetwood, sino que además logró destruir el tóxico ideado por el profesor Heidelberg, de triste memoria por su villanía. El final ya lo ha comprobado, puesto que también modificó el contenido de los envases conteniendo los antidotos con un producto, cuyo resultado es patente viendo por los suelos a ese loco homicida y sus esbirros

Helga quiso abrir los labios y hacer un comentario, pero Ullman, viejo zorro, se le adelantó.

-Sí, querida amiga, sé lo que iba a decir. No es que lo haya intuido, sino que lo he leído en sus ojos. Porque ya comienzo a comprender el alcance de sus palabras y de su actitud con Fleetwood. Pero no crea que me haya convencido, aunque al menos me ha hecho meditar; y eso es ya un gran avance. Y ahora tranquilícese, vuelva su mirada a la avenida y comprenderá qué le digo

Helga siguió su consejo y al volverse contempló cómo aquellas miles de gentes, abatidas en el suelo, comenzaban a moverse y a levantarse aturridos poco a poco. A su lado, también observó cómo Fleetwood, Bradomer, Falomer y todos los demás secuaces, allegados e invitados de aquél recobraban la vida. Helga, volvió su mirada a Ullman y un silencio cómplice se cruzó entre ambos durante un instante.

-Ya ve que nuestro amigo hizo un gran trabajo, y lo que puso en los envases apenas les ha hecho dormir unos minutos. Aunque algunos les ha parecido una pesadilla dijo socarrón Ullman.

-No construiremos nada sobre cadáveres, amiga Helga. Seguiremos su consejo. Aunque algunos sí se merecen algunos azotes comentó con sorna Jung a Helga, mientras veía como se llevaban con gesto altivo a Fleetwood y sus adláteres, mientras no dejaban de lanzar improperios.

-A partir de hoy comienza una nueva era para nuestro Régimen y en él hace falta gente como usted, Helga dijo con tono afable Ullman, aunque ya conocía la respuesta.

-Camaradas, amigos míos respondió Helga *-También me siento honrada de vuestro ofrecimiento, feliz de vuestras intenciones, pero mi misión continua ahora, porque estas palabras que habéis escuchado debo llevarlas a todos los rincones de nuestro planeta y, con ellas, también mi esfuerzo por ayudar a esas gentes, que no subhumanos, camaradas, ni razas inferiores; sólo son pobres* concluyó Helga, regalándoles una mirada fraterna mientras abandonaba aquel promontorio del Consejo y, para siempre, aquella enloquecida babel moderna.

EPÍLOGO

La lluvia, acompañada de vientos furiosos, arreciaba y Helga apenas podía guarecerse bajo unas rocas. Echaba de menos, y más en aquel instante, su magnífico traje inteligente que le aislaba de cualquier agente externo y mantenía su cuerpo a la temperatura exacta. Pero sólo fue un momento de debilidad el que tuvo, y bendijo las ropas que llevaba, no muy lejanas ya a los simples harapos; bien empapadas y que le hacían dar tiritones de vez en cuando.

Al menos no tenía que seguir el largo camino que había iniciado aquella mañana, y sus pies, desprovistos del calzado militar, ahora con unas simples sandalias, se quejaban de los esfuerzos a los que cada día eran sometidos.

Pero merecía la pena, se repetía Helga, porque era tanta la dicha que sentía yendo de poblado en poblado ayudando a aquella pobre gente, y ellos le devolvían su cariño, que era diez veces lo que ella podía ofrecerles.

Al fin y al cabo, algunas palabras, un poco de ánimo, una pizca de educación, otra de cultura y mucha de alegría por estar entre ellos. Les curaba, les enseñaba, repartía con ellos lo poco que tenía y, de vez en cuando, compartía también el hambre.

El cansancio hacía mella y ni siquiera el frío o la lluvia impedían que Helga cayera rendida. Pero fue un duermevela, asaltado por los ruidos de la tormenta, por los relámpagos cayendo en derredor, y las sombras que de vez en cuando le parecían acechantes.

En aquellos momentos pensaba en él. Calculaba los kilómetros que había andado desde aquella ya lejana gran ciudad, hasta la zona prohibida adonde ahora llegaba hasta sus confines, y convino que serían tantos que ya no importaba ni tampoco los meses que le llevó cubrir aquella colosal distancia, ayudada sólo por sus pies.

Pero su recuerdo siempre le acompañaba. Cerraba los ojos y veía su rostro, recortado por aquel humilde paño, sus ojos penetrantes y sinceros, donde el cielo parecía brillar en sus ojos, pero sobre todo su voz, acariciándole, sintiéndola en su piel.

A veces, cerraba sus ojos y le parecía escuchar cómo le llamaba a su lado. Algunas noches despertaba y creía verle, sentado delante de ella ofreciéndole su mano y su sonrisa. Pero era duro comprobar que no estaba allí, que se había ido para siempre y que su recuerdo sólo era su única compañía. Sin embargo, le seguía buscando.

La tempestad amainó y dejó una noche serena. El viento encrespado ahora era una brisa que le animó a reanudar el camino, y hasta sus pies dejaron de quejarse. Anduvo una hora más con la esperanza de encontrar un poblado, pero fue inútil. Siguió otro rato más hasta que un olor característico le llegó como una señal de ventura.

Helga recordaba aquel singular aroma del cercano mar antiguo, y la luna llena al pasar una loma le dejó admirarlo con claridad con sus aguas ahora en calma. Un estallido de emoción en su interior le hizo correr y mojar sus pies en la orilla. El contacto con el agua tibia le recordaba a él,

y fantaseó con el hecho de que esa misma arena fuera la que sus pies pisaron aquel cálido mediodía, donde la mar quiso enmarcar ese momento de su nacimiento a la fe, a la vida, cuando sus labios besaron la cruz y sus lágrimas se fundieron con sus aguas a modo de alianza eterna.

Helga sintió cómo su corazón latía con fuerza a lomos de la emoción del recuerdo, a la vez que le embargaba la melancolía y le entristecía la nostalgia de su ausencia. Su rostro parecía reflejarse en aquellas aguas quietas, donde una vez Jesús anduvo.

El camino esperaba y continuó ribera abajo bordeando aquel mar bendito, pisando la tierna orilla, dejando que sus pies penetraran en ella. El cansancio de nuevo hizo que se detuviera y buscara refugio, subiendo a una loma cercana y eligiendo un saliente, bañado por entero por la luna reinando ahora en la noche clara.

Una bolsa rústica, remendada con cuidado donde portaba sus humildes y escasas pertenencias, le sirvió de almohada para no poner su cabeza sobre la arena aún húmeda. En un minuto sus ojos se cerraron para rendirse al sueño reparador.

-Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos

Se oyeron aquellas palabras en la inmensidad de la noche.

-Bienaventurados los mansos, porque ellos poseerán en herencia la tierra

Helga, entre sueños, oyó aquella voz. Hizo esfuerzos por no despertar, por oírla por siempre, por sentir su melodía, dejar que le acariciara de nuevo.

-Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados

Sus ojos jamás se abrirían y permanecerían cerrados para volcar sus sentidos en aquel sueño donde él hablaba, y sus palabras eran sólo para ella.

-Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados

Su cuerpo permanecería allí, abandonado, entregado de nuevo a la tierra, y ella moraría siempre entre aquel arrullo que llegaba cercano, dulce y armónico, llevándole su voz cadenciosa y sublime, aterciopelada y firme a la vez.

-Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia

Pero Helga, la oyó nítida y ahora cercana, reverberando en las rocas, cruzando las cañadas, ascendiendo los riscos, venciendo al viento, montada sobre la brisa, saltando entre la dura piedra, como mudos testigos de su poder para traspasarlas.

-Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios

Helga reunió todas las fuerzas de las que disponía y ordenó a su mente abandonar aquel mundo onírico, que ahora se mostraba celoso de su huida hacia el mundo de lo real y cotidiano.

-Bienaventurados los que buscan la paz, porque ellos serán llamados hijos de Dios

Y opuso toda su fuerza, y sus ojos se abrieron de nuevo a la noche, a la realidad donde ahora

comprobaba no era sólo un sueño y sí su voz. Su corazón latió vertiginoso, sus músculos en tensión, sus brazos, sus piernas, cada trozo de sí salió despedido.

-Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el Reino de los cielos

Helga, aún despistada, sin saber dónde acudir en la noche ahora cerrada, percibió un ligero resplandor tras uno de los riscos que le separaban del valle contiguo. Las palabras llegaban cada vez más altas y claras y su gozo se hacía cada vez mayor, y sus formidables brazos, sus piernas hicieron parecer montículos a los riscos más altos, que salvó en segundos.

-Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y digan con mentira toda clase de mal contra vosotros por mi causa

Helga llegó a la cima y, mientras no podía detener las lágrimas, allí abajo, de espaldas a la fogata, rodeado como siempre de aquellas gentes que necesitaban su palabra, estaba él.

Pudo ver sus manos, cómo acompañaban sus palabras. Pudo ver los rostros de los que le oían, escuchándole sin pestañear, hipnotizados por el influjo de su verbo, por la mirada transparente de sus ojos.

En silencio, Helga contempló cómo se volvía y caminaba hacia ella. Pudo ver su rostro por fin, levemente iluminado por las luces que el generoso fuego regalaba a la noche. Pero no hubo palabras entre ellos dos, no hubo gestos, no hubo más que emoción, no hubo más que miradas, no hubo más que lágrimas tibias que llevaban dentro un mensaje de alegría, de esperanza, de amor; derramadas juntas y caídas sobre la arena, fundidas para la eternidad.